

LAS MUJERES CUENTAN

LAS MUJERES CUENTAN

VIII CONCURS LITERARI DE NARRATIVA PER A DONES



GENERALITAT VALENCIANA
CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL





CONSELLERIA DE BENESAR SOCIAL

Hble. Sr. D. Juan G. Cotino Ferrer
Vicepresidente Tercero del Consell y
Conseller de Bienestar Social

Diseño de portada y maquetación:
Devicienti Servicios Gráficos

Impresión
CENTRO ESPECIAL DE EMPLEO IVADIS

Primera edición: abril, 2008
© de los textos: las autoras
© de la presente edición: Generalitat 2008

ISBN: 978 - 84 - 482 - 4915 - 1
Depósito Legal: V-1810-2008

SUMARI

Pròlegs.....	9
<i>Fronteras movedizas: escrituras misóginas o la capacidad liberadora del humor.</i>	
Arantxa Bea.....	15
1r premi	
<i>Paula se despierta.</i> Eva M. Albiol González.....	29
Accèssit Associacions	
<i>Si yo fuera un hombre (una reflexión).</i> Vanessa Gloria Pérez de Baños.....	39
Accèssit lliure	
<i>Viatges.</i> Teresa Gomis Baixauli.....	49
Finalistes	
<i>Billete de ida y vuelta.</i> Ester Antón García.....	57
<i>Confesión a una madre.</i> Esperanza Ayala Corma.....	67
<i>Escojo...</i> Raquel Ballester Font.....	77
<i>Renacer.</i> Rebeca Bretones Garro.....	85
<i>Una habitación sin vistas.</i> Andrea Gallardo Domingo.....	97
<i>La profesora de tai-chi.</i> Ángela Izquierdo Zaragoza.....	105
<i>La indecisó.</i> Josefina Jordán Esteban.....	117
<i>Estrella del Mediterráneo.</i> M. Isabel Lozano Martínez....	127
<i>El secreto de la felicidad.</i> Rocío Macho Ronco.....	133
<i>El sabotaje interno.</i> Cristina Martínez Alarcón.....	137
<i>Inocentes.</i> Purificación Martorell Ortells.....	145

<i>En vida ajena.</i> M. José Miguel Quilis.....	153
<i>Invisible.</i> Laura Monllor Sánchez.....	167
<i>Un secreto entre ella y yo.</i> Verónica Palomares Langa.....	183
<i>Ebelia.</i> Magdalena Pecino Menéndez.....	195
<i>El tren de la maternidad.</i> Julia M. Pérez Villegas.....	213
<i>Un extraño paquete.</i> Rosario Real Salcedo.....	219
<i>Nuestro secreto.</i> M. Isabel Romero Soler.....	225
<i>La Ciudad de los Césares.</i> M. Ángeles Salas Moneo.....	237
<i>Whatever will be, will be.</i> Eva M. Vázquez Mora.....	249

*E*ste nuevo volumen de la serie Las Mujeres Cuentan es una recopilación de los mejores relatos presentados a la octava edición del Concurso Literario de Narrativa para Mujeres residentes en la Comunitat Valenciana.

La finalidad de este certamen, que anualmente convoca la Conselleria de Bienestar Social a través de la Dirección General de la Mujer y por la Igualdad, es dar un cauce de expresión a la creatividad literaria de las mujeres de nuestra Comunitat que escriben, en la mayoría de los casos, de manera no profesional.

Con el pretendidamente ambiguo título de Las Mujeres Cuentan, esta recopilación prueba tanto la extraordinaria capacidad femenina para contar historias, como la consideración de la mujer como elemento imprescindible de la sociedad. Asimismo, constituye una iniciativa única en nuestro país, ya que ningún otro concurso similar edita regularmente una representación tan amplia de obras presentadas.

Estamos ante una muestra más de la extensa labor del Govern Valencià por la promoción de la mujer y el logro de la plena igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres. En este sentido, la Generalitat ha asumido el compromiso de aplicar la perspectiva de género en la totalidad de sus políticas, y ello se pone de manifiesto en un ambicioso Programa de Prioridades Sociales, que recoge más de 400 medidas en las que están implicadas doce consellerias, y que tienen entre sus objetivos comunes la efectiva igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos de la Comunitat Valenciana.

Por último, quiero transmitir mi más sincera enhorabuena a las autoras de los relatos incluidos en esta obra, y animar a las mujeres de la Comunitat a plasmar su capacidad creativa a través de la literatura y participar en las próximas ediciones del Concurso de Narrativa para Mujeres que convoca la Generalitat.

Juan G. Cotino Ferrer
*Vicepresidente Tercero del Consell
y Conseller de Bienestar Social*

*T*rabajar por y para las mujeres constituye una experiencia única y muy satisfactoria.

A pesar de que la igualdad legal está consagrada en la Constitución de 1978, la consecución de la verdadera y definitiva igualdad entre mujeres y hombres supone, para la Generalitat Valenciana uno de sus principales objetivos y retos ya que, existen, todavía, ámbitos en los que esta igualdad aún no es efectiva.

Uno de los campos en los que más se ha avanzado es, sin duda, el de la cultura. Las mujeres han pasado de tener prohibido el acceso a la universidad, hace poco más de un siglo, a ser en la actualidad mayoría en la casi totalidad de los campus universitarios. Este salto gigantesco no sólo se ha producido en las jóvenes sino que ha alcanzado a mujeres de todas las edades y condiciones, siendo especialmente impresionante en las mujeres de mediana edad e incluso en mujeres mayores.

No son ajenos a este hecho los datos de lectura, ya que en España las mujeres leen en mayor proporción que los hombres, un 56% frente al 51% según, las últimas encuestas. Precisamente, este hecho se ha podido constatar en el importante índice de participación alcanzado, en los años que llevamos convocando el Concurso Literario de Narrativa para Mujeres.

Quiero aprovechar esta oportunidad para recordar que el nacimiento de este concurso estuvo ligado a las propias

lectoras. Ellas, sin lugar a dudas, han sido sus verdaderas inspiradoras, ya que fueron las participantes de los talleres literarios (que desde 1995 organiza la Biblioteca de la Dirección General de la Mujer y por la Igualdad) las que sugirieron que organizáramos un concurso de narrativa, de estas características.

A todas ellas, a todas vosotras, mi más sincero agradecimiento y mi enhorabuena por haber impulsado, con vuestra iniciativa, una oportunidad para la promoción de la mujer en el ámbito cultural de nuestra Comunitat y por contribuir, día a día, en colaboración con la Generalitat Valenciana, a construir una sociedad más justa e igualitaria.

Celia Ortega Ruiz

Directora General de la Mujer y por la Igualdad

Al patrocinar este volumen, que recoge las mejores narraciones breves elegidas entre las presentadas a la octava convocatoria del Concurso Literario de Narrativa para Mujeres, promovido por la Conselleria de Bienestar Social de la Generalitat Valenciana, a través de su Dirección General de la Mujer y por la Igualdad, Bancaja quiere mostrar su apoyo más completo a una iniciativa que merece toda nuestra colaboración.

Entre los múltiples objetivos que, como entidad inspirada por un profundo sentido social tiene Bancaja, se encuentra el de trabajar por la plena igualdad de la mujer a todos los niveles y en todos los ámbitos, no ya desde las declaraciones de derechos, sino desde la práctica real y cotidiana.

En ese sentido consideramos que este certamen constituye una magnífica tribuna para que un conjunto de mujeres, sin duda de ideas, trayectoria vital y formación muy distintas, puedan dar a conocer una parte de su labor en el campo de la creación literaria, dentro de la prosa narrativa.

Se trata de promover la literatura de calidad, pero teniendo muy en cuenta desde qué perspectiva está escrita y asimismo el hecho de que, con frecuencia, muchas mujeres no encuentran el lugar apropiado para dar a conocer sus textos, avalados por la opinión de un jurado independiente y de la máxima solvencia técnica.

Hay que considerar, además, que la continuidad que ha alcanzado ya este certamen, plenamente consolidado en

la actualidad sobre la base de una importante experiencia anterior, es una buena prueba de la vitalidad que anima a la actividad literaria en la Comunidad Valenciana, una tierra que históricamente ha tenido y tiene en la cultura, y especialmente en las letras, una de sus expresiones más auténticas y características.

También este es un buen motivo para que Bancaja coopere con las instituciones organizadoras del Premio en la tarea de dar a los trabajos galardonados la máxima difusión, al mismo tiempo que yo, en nombre de la primera entidad financiera valenciana, expreso públicamente mis felicitaciones a las autoras cuyos trabajos se contienen en estas páginas.

José Luis Olivas Martínez
Presidente de Bancaja



Fronteras movedizas: escrituras misóginas o la capacidad liberadora del humor

Arantxa Bea

Antes de empezar con estas extrañas «fronteras movedizas», quisiera agradecer a la Direcció General de la Dona de la Conselleria de Benestar Social y especialmente a Elisa Sanchis la gentileza que ha tenido al invitarme a participar en este acto.

Supongo que muchas de ustedes, ganadoras, finalistas y concursantes de este certamen de relatos, aspiran de una manera más o menos concreta, más o menos difusa, a ser escritoras. Escribir es, ciertamente, una de las actividades más gratificantes que pueden realizarse en solitario; otra, tanto o más placentera, es leer. De hecho, es de la lectura y, en particular, de algunos de sus efectos, de lo que querría hablarles. Por supuesto, lectura y escritura están intrínsecamente ligadas, de modo que plantear, por ejemplo, la corrección —digamos de manera vaga y poco precisa— «moral» de un texto literario y la posible ofensa del lector, implica abordar tam-

bién la libertad creadora y la responsabilidad del autor para concebirlo, redactarlo y publicarlo.

Como ven intento avanzar, aunque con dificultades porque es un sendero resbaladizo y espinoso, hacia esas «Fronteras movedizas» del epígrafe de esta charla. De entre todas las posibilidades de ofensa que puede causar un escrito, pensando en el acto en el que nos encontramos, trataré, como sugiere la segunda parte del título, de aquellos enunciados que pueden molestar por su carácter misógino, más o menos explícito.

Nos adentramos en la franja inestable, en la «frontera movediza» entre libertad de expresión y «representaciones moralmente repugnantes», como las califica el escritor sudafricano J. M. Coetzee en su libro *Contra la censura. Ensayos sobre la pasión por silenciar*, recientemente traducido al español. Sobre censura y libertad de expresión se ha escrito mucho y, con toda probabilidad, se seguirá haciendo, porque lo «moralmente repugnante» por continuar con la expresión del Nobel de Literatura, o lo «detestable», por suavizar el término, no es algo estricto ni absoluto y depende de las épocas, las culturas e incluso —o quizá sobre todo— de los gustos y preferencias individuales: aunque en algunos casos es fácil que los humanos alcancemos acuerdos respecto a qué se considera «moralmente detestable», en muchos otros resulta casi imposible. El tema es muy amplio y no pretendo realizar un análisis exhaustivo ni nada semejante. Únicamente me gustaría plantear, desde un punto de vista personal y recurriendo a algunas lecturas, un aspecto concreto, el que se refiere, como decía, a textos susceptibles de ser calificados como misóginos; sobre todo a algunos fragmentos que he encontrado en grandes obras de autores que admiro; y también, aquellos

otros enunciados que no está claro que sean misóginos, en los que no existe consenso respecto a si denigran o ridiculizan a las mujeres o si, por el contrario, se recurre a la caricatura y al humor para reírnos de nosotras mismas.

Hace unos años me sentí dolida ante algunos párrafos de *A la caza del viento*, la autobiografía de la poeta, novelista y periodista alemana Claire Goll; la escritora decía textualmente: «Detesto a las mujeres. Son superficiales, diletantes»; «La mujer es un cero a la izquierda, nada más que un montón de ovarios, y me incluyo en el lote»; «Somos criaturas inferiores que sólo servimos para parir». Sin embargo, tales declaraciones —con evidente intención provocadora— se contradecían con la existencia de la propia Claire Goll, promiscua, osada y aventurera, y con la admiración expresa que sentía hacia «mujeres de talla excepcional» como Sonia Delaunay, Helena Rubinstein o Gala Dalí; e, incluso, contradecían otras afirmaciones de la misma autora que reivindicaban la independencia de todos los seres humanos, incluidas las mujeres: «Antifeminista y sometida al macho, tengo por principio no depender de nadie. Puesto que el hombre no está a cargo de su mujer, ¿por qué debería vivir ella mantenida por un marido o un amante? Desde este punto de vista, estoy a favor de la igualdad. Todo ser humano debe ser independiente».

Algunas palabras de Claire Goll me molestaban, me dolía que una mujer culta, creativa e independiente como ella tuviera, sin embargo, ese concepto de las propias mujeres. En mi interior intentaba, digamos, «excusarla» de tales declaraciones, alegando que las construcciones filosóficas románticas que proclamaban la inferioridad de las mujeres todavía se mantenían con fuerza en las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, Claire Goll conocía el movimiento sufragista

y a muchas «mujeres de talla excepcional». Quizá el poco aprecio que sintiera por su género —me decía a mí misma— fuera una reacción a la relación atormentada que mantuvo con su madre. A saber. El caso es que me incomodaba su misoginia confesa y esta molestia, si no me impedía disfrutar totalmente de la excelente autobiografía que estaba leyendo, sí dificultaba el goce de la lectura. Supongo que no lograba el fortalecimiento del yo —uno de los efectos más placenteros de leer—, al contrario, precisamente se me cuestionaba.

El libro de Claire Goll es, por supuesto, muchas cosas más que unas cuantas afirmaciones misóginas, aporta una visión particular de la Europa de la primera mitad de siglo XX y retrata a los grandes artistas y escritores que la autora conoció. En el París de los años veinte, Claire Goll se codeó con Picasso, Breton, Gide, Valéry, Anatole France, Eric Satie, y muchos otros. En sus páginas, vemos a Rilke como un esteta, un gourmet, alguien que sentía una aversión fisiológica al deporte: en toda su vida no se dio un baño en el mar. Y James Joyce aparece como un tipo que «no tenía la más mínima intención de dejarse perturbar por acontecimientos tan insignificantes como una guerra mundial o algunos millones de muertos».

Poco a poco he aprendido a valorar el libro de Claire Goll. Entre otras cosas, creo que he aprendido a apreciar otros valores en la lectura, distintos de la identificación que decía, se ha desvanecido la inútil pretensión de coincidir en todo o casi todo con los autores y sus obras. Además me ha proporcionado una coraza muy práctica contra los escritos misóginos. Leer, como dice el crítico Harold Bloom, «es el placer con más capacidad de curar».

Tiempo después, cuando iba a empezar el diario del escritor francés Jules Renard (1864-1910), un amigo me advirtió de que estuviera preparada para las invectivas que el autor de *Pelo de zanahoria* lanza contra las mujeres, aunque añadió que quizá Gombrowicz ya me hubiera inmunizado. Pero no había sido Gombrowicz, sino Claire Goll, la que había logrado endurecerme la piel. Las lecciones que aprendí de leer a Claire Goll han sido muy útiles. Los buenos libros pueden y suelen estar llenos de cosas que no nos gustan o de ideas y opiniones que no compartimos. Pero eso no es lo importante. Lo importante es todo lo que se aprende. El placer de aprender leyendo, la capacidad de gozar de esta actividad solitaria: la felicidad de la lectura, de muchas maneras, nos hace independientes, nos hace un poco más libres.

«La literatura sería no sirve para hacernos la vida más fácil, sino para complicárnosla». Lo escribió Gombrowicz (1904-1969) en sus diarios; eso y las mejores nociones, las más claras y precisas que he leído sobre existencialismo y marxismo, y sobre literatura polaca del siglo XX. Gombrowicz me contagió un agudo, profundo sentido de la libertad del individuo, el «sé tú mismo» tan repetido, tan difícil de realizar y tan importante para emprender el oficio de escritor. El mismo Gombrowicz que suelta una larga diatriba sobre el mal que hacen las mujeres a la belleza y a la juventud: «la facilidad con que el gusto y la intuición de la mujer se equivocan en la elección de hombre dan la impresión de una ceguera incomprensible y de estupidez; ella se enamorará de un hombre porque es distinguido, o porque es muy “fino”; los valores sociales y mundanos de segundo orden significarán más para ella que el cuerpo y el espíritu apolíneos, sí, ella ama el calcetín y no la pantorrilla, el bigotito y no la cara, el

corte de la americana y no el torso. La embriagará el sucio lirismo de un grafómano, la embelesará el barato patetismo de un imbécil, la seducirá la elegancia de un petimetre; la mujer no sabe desenmascarar, se deja engañar porque ella misma engaña. (...) ¡Mujer, eres la antipoesía en persona!».

¡Cuántas barbaridades escribió el aristocrático e insolente Gombrowicz!, pero no sólo de las mujeres, también de los polacos, de los críticos literarios, de los poetas, de los argentinos... Gombrowicz despotrica contra casi todo y casi todos, pero ni su vanidad desmedida, ni su egocentrismo ni siquiera sus improperios (algunos muy divertidos) consiguen que renunciemos a su agudo y osado análisis de la literatura, del arte, la política o las relaciones humanas.

Lo que intento mostrar, con estos ejemplos, es el cambio que afortunadamente fui experimentando: el sentimiento primero de ofensa al leer las invectivas de Claire Goll contra las mujeres se fue diluyendo (o eso creo); digamos que he aprendido a no esperar que nada coincida exactamente con mi visión de las cosas: ni una persona, por muy allegada y querida que sea, ni una asociación, ni un partido político, ni por supuesto un texto literario; ya no busco leer lo que quiero oír sobre determinado tema, no aspiro a compartir todas y cada una de las ideas que transmite un texto —o que yo interpreto que transmite—, le pido que me cuente una buena historia si es una novela o un relato, o que retrate con profundidad un personaje y una época en el caso de una biografía o unas memorias.

Cuando por fin abrí el diario de Jules Renard y leí una primera anotación de 1887, inmediatamente me sedujo: «El talento es cuestión de cantidad. El talento no se demuestra escribiendo una página, sino escribiendo trescientas. No hay

novela que una inteligencia mediana no pueda concebir, ni frase tan hermosa que no la pueda construir un principiante. Pero hay que empuñar la pluma, preparar el papel, ir llenándolo pacientemente. Los fuertes no dudan. Se sientan a la mesa, dispuestos a sudar. Llegarán al final. Acabarán la tinta, gastarán el papel. Esta es la única diferencia entre los hombres de talento y los cobardes que nunca empezarán. En literatura, sólo existen los bueyes. Los genios son los más gordos, los que penan dieciocho horas al día de forma infatigable. La gloria es un esfuerzo constante».

Qué cerca me sentí de monsieur Renard. Entonces continué y leí en la siguiente línea: «La mujer, con sus piernas abiertas como tijeras, corta la gavilla de nuestros deseos». Fue como una bofetada. Pero había aprendido la lección, así que respiré y seguí leyendo. Jules Renard tuvo una madre que le hacía la vida imposible. Su padre se suicidó de un tiro y fue el escritor quien encontró el cadáver. Su hermano murió tempranamente de un ataque cardíaco. La existencia de Jules Renard no fue precisamente un camino de rosas. Se enfrentaba a la vida con una sinceridad absoluta y un humor indispensable para sobrevivir. Se casó con una mujer que lo quería, y de la cual afirma: «Amo, amo, ciertamente amo, y creo amar profundamente a mi mujer, pero de todo lo que dicen los grandes amantes —Don Juan, Rodrigo, Ruy Blas—, no hay una sola palabra que pudiera decirle a mi mujer sin echarme a reír». Y más adelante, en 1904 —hace más de un siglo— escribe una frase, como casi todas las suyas, extraordinariamente concisa, sutil y moderna: «El feminismo es no contar con el príncipe azul».

Quizá la cuestión estribe, como casi siempre, en la calidad, en el valor literario de la obra en la que aparecen los

vituperios contra las mujeres. ¿Recuerdan la última novela de Gabriel García Márquez, *Memoria de mis putas tristes*?; cuando se publicó, hace tres años, se alzó cierta polémica porque trata sobre un viejo de noventa años que tiene el capricho de acostarse con una virgen, una joven de catorce. La novela, dicen algunos, trata sobre la vejez y la decadencia hacia el final de la vida. Hacía tiempo que 100 páginas no se me indigestaban de esta manera. El relato es un santo tostón que molesta más por la escasa calidad que por el protagonista, pedófilo y putero.

Tampoco quisiera, con esta charla, negar que todavía hoy las mujeres son a menudo objeto de escarnio por el hecho de ser mujeres (en otras sociedades, las mujeres son objeto de cosas mucho peores por el hecho de ser mujeres). Como dice André Glucksmann, «el odio más largo de la historia, más milenarismo aún y más planetario que el del judío, es el odio a las mujeres». De regreso a Occidente, a nuestro entorno, no hace falta más que echar una ojeada a la *Breve historia de la misoginia* que publicó el año pasado Anna Caballé para darse cuenta de las barbaridades que todavía se predicaban de las mujeres. La profesora de literatura de la Universitat de Barcelona recopila y selecciona fragmentos de escritos misóginos de las letras hispánicas desde la Baja Edad Media hasta la actualidad. En su recorrido, Caballé incluye textos literarios y no literarios, extraídos de periódicos, libros de texto, discursos, etc. Dejando a un lado que pueda criticársele precisamente que sitúe en el mismo nivel escritos de procedencias muy diversas, una ojeada a los textos de los años noventa en adelante, recuerda que la denigración y omisión de las mujeres y sus creaciones, aunque cada vez menor, todavía existe.

No quisiera entrar en escritos claramente misóginos, concebidos con toda la intención de ofender, que los hay. No me interesa la caverna, aunque todavía permanezca demasiado poblada. Me interesa especialmente, como decía al principio, esa otra franja, esa frontera en la que cabe la duda entre el vilipendio y la parodia. Quizá recuerden la discusión que mantuvieron esta autora, Anna Caballé, y la escritora Elvira Lindo: Anna Caballé incluyó en la mencionada antología un fragmento de una columna de Elvira Lindo que dice así: «Sé sincera contigo misma, me digo rascándome la frente en un gesto de fuerte concentración: si fueras más guapa, más delgada, más joven, ¿estarías dándole vueltas a Umberto Eco? No. Se me enciende la bombilla: ¿por qué no me opero? Me hago la pregunta que desde hace tiempo me ronda la cabeza: ¿cuántas operaciones me hacen falta para acabar siendo como Jennifer Aniston? Todavía estás a tiempo, me animo. Umberto, en cambio, lo tendría más difícil. Además, se vería obligado a cambiar de sexo. Corre. Al fin y al cabo, hay tantas presentadoras de televisión, tantas actrices, que aprovechan el verano para pegarse un estironcito...». («Eco en el campo», en la serie «Tinto de verano», *El País*, agosto de 2001).

Caballé se queja de un exceso de mordacidad y de «una clase de ligereza que, por más que quiera camuflarse bajo el sentido del humor y de la ironía —en su opinión— encubre una servidumbre ideológica, un temible discurso descalificador que [le] resulta inquietante».

A estos comentarios, Elvira Lindo respondió: «por fortuna son muchas las mujeres que leen las bromas como bromas y se ríen como yo me río de mí misma (mis artículos tratan fundamentalmente de eso); le explicaría yo a la profe-

sora Caballé la cantidad de fuerza moral que una mujer ha de tener para escribir en España una crónica humorística. [...] el hecho de hacer bromas con las mujeres, señora mía, no me convierte en misógina. Me hace libre».

Aún hubo réplica de Anna Caballé: «hablar de la importancia de la misoginia en nuestra cultura no es ninguna tontería [...]. Para mí, autora del libro, es útil porque ayuda a comprender de qué tradición literaria venimos las mujeres, y los hombres. Y de las dificultades para sobreponernos a unos estereotipos. Ahí entra usted con sus mujeres en estado permanentemente depilatorio, mientras “su santo” lee libros del mayor interés cultural. Usted defiende el valor de su autocrítica, y yo, mi libertad para señalar que ese tipo de mujer con el que juega en sus columnas reproduce un determinado esquema histórico».

Algo similar sucedió con un fragmento de una columna de la escritora Empar Moliner: para Anna Caballé, el decálogo de la mujer separada de Moliner, «manifiesta una mirada tan empequeñecedora de la mujer, tan insultante, que consigue reducirla a un ser ridículo, minúsculo, un harapo de ser». Juzguen ustedes el texto de Moliner:

«La separada que fue sustituida por otra mujer más joven pero tonta, adelgaza. La que fue sustituida por otra mujer más vieja pero inteligente o por un hombre es aún peor: pretende cultivar su personalidad.

La recién separada recién teñida (RSRT) se queja de que a partir de una edad las mujeres se vuelven invisibles para los hombres. Cuando a algún hombre se le ocurre rescatarla de su invisibilidad con un piropo, ella lo abofetea por machista («*Cómo tratar a las separadas*», *El País*, 18 de julio de 2004).

La propia Caballé enuncia en un momento dado la disyuntiva entre libertad de expresión y representación moralmente detestable de la que hablábamos al principio: «Plantear una ética literaria choca frontalmente con las corrientes y las voces que insisten en mantener alejada la obra de arte de la conciencia personal: es la posición repetidamente defendida por Vargas Llosa, por ejemplo. La idea de que el arte se sostiene al margen de cualquier significación, al margen de una perspectiva histórica o moral es mayoritaria y diría que un rasgo que ayuda a explicar la naturaleza del arte contemporáneo». En un intento de superar el dilema, se pregunta: «¿Es posible que todos tengamos razón y que ambos planteamientos sean indispensables, aun siendo recíprocamente incompatibles? Es verdad que no podemos pensar y defender las dos cosas al mismo tiempo, pero sí es posible tal vez que ambas actitudes ante la obra de arte se requieran mutuamente como garantía de su libertad creadora, pero también como advertencia a sus excesos».

Evidentemente y quizá incluso afortunadamente no existen fórmulas mágicas para discernir que sea un «exceso». Como hemos visto, lo que parece «excesivo» a Anna Caballé, resulta humorístico a Elvira Lindo o Empar Moliner. Yo, desde luego, no tengo la respuesta verdadera. Por si sirve de algo, diré que, en general, en literatura y en arte, me decanto por las libertades antes que por restricciones, sobre todo por que éstas, aun concediéndoles que se conciban con «buena intención», es muy probable que tengan efectos perversos muy peligrosos. Creo que es imprescindible diferenciar las actitudes y declaraciones misóginas de individuos reales, de las de personajes de ficción. Me inclino por ser conscientes y valorar la libertad creadora de la que disponemos (que, des-

graciadamente, no es universal, ni mucho menos). Me inclino porque ustedes, presentes y futuras escritoras, hagan con sus creaciones literarias lo que consideren oportuno: pueden inventar, por ejemplo, una mujer que, llegada la víspera de su noventa cumpleaños, sienta el capricho de acostarse con un jovencito de catorce (en este caso, incluso prescindiremos de la exigencia de virginidad). También pueden convertir esta nonagenaria y libidinosa mujer en madre superiora, si lo desean, o en islamista. Por supuesto, quienes se sientan ofendidos tienen derecho a manifestar su indignación en los medios de comunicación, pero en ningún caso tienen derecho a censurarlas ni a amenazarlas ni a nada parecido. Creen, inventen, escriban lo que verdaderamente les plazca, con total libertad y con autoexigencia. Y no olviden, como decía Jules Renard, que el talento es un esfuerzo de bueyes.

1r PREMI

PAULA SE DESPIERTA

Eva M. Albiol González

Paula se despierta a las diez por cuarta o quinta vez. Nunca consigue dormir de un tirón. A las siete se ha levantado obediente para prepararle el desayuno a Rodrigo. Una tortilla de las que a él no le gustan, un zumo demasiado frío, un café demasiado cargado, el pan demasiado sentado. Siempre está todo demasiado algo, demasiado lo que sea. La camisa demasiado arrugada, los calzoncillos demasiado viejos, y Paula no acierta nunca. En la escalera Rodrigo le ha dado un beso encogido y soso que no sabía a nada. Le da un beso cada vez que coincide con Matilde, la del tercero B, que seguramente bajará con Rodrigo hasta el garaje y comentará en su oficina el «hasta luego, amor» invariable de sus vecinos de rellano. Qué envidia, dirá Matilde, que es viuda y joven.

Luego Paula regresa al sofá, se quita la bata y el camión rosa, regalo de boda de su cuñada Irene, e intenta dormirse de nuevo. A las ocho llamará Rodrigo porque se habrá

dejado la cartera. Paula se arrebujaba entre los cuadros ajedrez de la manta e intenta no oír los mil ruidos terribles que le evitan el sueño. Le parece que llaman a la puerta, le parece que entran por la ventana, ellos, los malos sin rostro, le parece que llegan a su cama; una pesadilla más que el timbre del teléfono viene a desvanecer. Rodrigo le gruñe sin piedad que por qué no le preparó la cartera, las llaves, el reloj, cualquier cosa. Lo que en realidad le disgusta a Rodrigo es que duerma mucho; la volverá a llamar a las ocho y media, y ella volverá a fingir que estaba ya limpiando el baño, por ejemplo, y por eso ha tardado en contestar. Porque a Rodrigo le irrita también que tarde en responder más de tres timbrados, sonoros e insistentes.

Finalmente llega a dormir más o menos una hora, pero es poco. Cuando era pequeña quería crecer, decía, para poder dormir todo el tiempo del mundo. Sonríe al recordarlo. Es muy raro ver una sonrisa espontánea de Paula. Inmediatamente se ducha, se viste, se peina. Canturrea un poco. Le gusta estar sola aunque le dé miedo. Rodrigo se ríe de esos miedos pueriles. Quién va venir a verte a ti, le dice, bromeando. Paula no está muy segura de que sea una broma, porque Rodrigo sí que viene a verla. Casi todas las noches, antes; ahora menos, porque ya no está tan buena, claro. Es lo que él les dice a sus amigos. A Paula no acaba de sonar mal porque es cierto que no es tan guapa como cuando se conocieron. Entonces era joven e incluso virgen. Rodrigo la ridiculizó por eso. Hasta después de la boda lo fue, porque aquella noche Rodrigo estaba tan borracho que ni la miró. Ella no se lo contó ni a sus amigas, de pura vergüenza. Y la luna de miel ya fue un suplicio, con el oso Rodrigo encima diciéndole palabras obscenas, mi virgencita. Se enfadó cuando ella se atrevió a

confesar que no había sentido nada. Las mujeres decentes no sienten nada. A Paula todo eso le parecía un poco del siglo pasado, pero Rodrigo era tan moderno para otras cosas que no volvió a mencionarlo. Rodrigo le daba un poco de miedo; por menos de eso se ponía violento, y total, qué más daba; lo que leía en las revistas eran tonterías. Pero ahora ya nunca se compra revistas. Tiene razón su marido: son sólo ganas de perder el tiempo, para señoritingas desocupadas. A él le gusta más que lea novelas de amor, de las que le trae del quiosco, y ahora le resultan mucho más entretenidas, a pesar de ser solamente historietas adolescentes, chicas de que se enamoran de sus salvadores, con largas melenas que caen en cascadas sobre los hombros morenos. De vez en cuando va a la librería y revisa las novedades. A Rodrigo no le merece respeto ningún libro que tenga menos de doscientos años, aunque lo cierto es que no lee casi nunca; en consecuencia, ella se ha empapado, anacrónicamente, de Calderón y cosas así, que es lo que abunda en casa. A veces piensa que todos esos libros están ahí para hacer juego con la tapicería del tresillo. Antes Paula leía muchísimo, y estaba al día de todo. Participaba incluso en una tertulia literaria, que ahora consideraría tan ingenua. Sonríe una vez más al pensar que allí hubiera sido imposible conocer a Rodrigo. Pero aquel otro chico de pelo largo, ¿cómo se llamaba? Bueno, hace ya mil años de todo eso, fue al empezar en la facultad. Ahora ya no puede abandonarse a tales placeres, con todo lo de la casa, y acompañar a Rodrigo a las cenas, a las que cada vez acuden menos.

Justo hoy es viernes; quizá hayan quedado —pero Paula no lo sabrá hasta última hora—, y deberá darse prisa para llegar a tiempo a la peluquería. Rodrigo le insiste en que vaya al menos una vez a la semana, y le deja religiosamente

veinticinco euros encima del aparador. Siempre le deja los billetes justos. Pero antes debería ordenar la casa, por si se le hace tarde. Desde luego, la tarea sería mucho más sencilla si Rodrigo colaborase en algo; no dice ella que limpie la cocina u ordene los armarios, claro, tiene tanto trabajo, el pobre, sólo faltaría. Podría, eso sí, recoger la ropa después del baño, o vaciar los ceniceros, ya que es el único que fuma. Es que Rodrigo es un despistado; nunca se acuerda de dónde deja las cosas, y luego siempre le reprocha a ella que se las cambie de sitio. Paula se esmera en dejarlo todo tal como él espera encontrarlo; tiene unas cuantas manías, lo normal: las zapatillas simétricamente colocadas debajo de la cama, las sábanas cuadrículadas, el odio al color amarillo y a las arrugas... Paula se lo ha ido aprendiendo con el tiempo, como una alumna aplicada y sumisa después de un montón de tachones rojos en el cuaderno. Al principio le costó. Rodrigo no quería que hubiese asistenta en la casa porque eso es de mujeres holgazanas. Paula estaba de acuerdo. Total, ella no tiene mucho que hacer, con los dos solos en casa. Pero al final contrató a la misma que tiene su jefe, una joven colombiana que no parece hacerle mucho caso a Paula. Menos mal que sólo viene cuatro horas a la semana, y se las pasa limpiando los cristales de la terraza concienzudamente, y saludando a las otras sudamericanas del bloque. Luego van las dos a comprar, pero Lidia es mucho más experta, y Paula se deja aconsejar. Es curioso que Rodrigo, que nunca se fija en nada, cuando la chica viene a cobrar una cantidad que Paula ignora, suele alabar lo bien que ha quedado la cristalera. Le ha caído bien la chica a Rodrigo, al menos. Paula pensaba que la contrató sólo por complacer al jefe, que es el tipo de cosas que a Rodrigo se le dan bien.

Ya casi a las doce, baja a la peluquería. Va siempre a la misma, al lado de casa. No acaba de ser su estilo, pero dice Rodrigo —y en eso tiene razón— que, total, para qué va a ir más lejos, si todas son unas ladronas cotillas. Al menos a éstas las conoce. Bueno, en realidad las conoce él, porque son amigas de su otra cuñada, la que tiene la tienda de bolsos. A él no le gusta nada que trabaje la cuñada, y siempre le pregunta a su hermano si no será un calzonazos que no gana bastante dinero para mantener a su familia. Es el comentario y el tema de discusión típico en la comida de Navidad, en casa de los padres de Rodrigo. Claro, Rodrigo debe ganar mucho más dinero en la consultoría esa. Paula nunca recuerda el nombre de la empresa. La verdad es que no sabría decir a qué se dedica su marido exactamente, si se lo preguntasen. Pero no corre ese riesgo: a Paula nunca nadie le pregunta nada que no se pueda contestar con un monosílabo educado. Excepto delante del pavo navideño, cuando su suegra le dice que a ver cuando la hace abuela. Y sabe Paula que podría ser un inocente comentario, pero no es el caso, y no puede evitar la bola reseca en la garganta, que no bajará hasta año nuevo, probablemente, como cada vez. Su cuñada Irene, la del camión, tiene dos niños; la otra, Rosa, tres. Todos van vestidos de azul marino formalito, y no abren la boca durante la comida; parecen niños nacidos con la corbata puesta, que resisten estoicamente que los Reyes Magos dejen de existir a los cinco años, y aceptan incluso con una sonrisa el pijama rayado que, invariablemente, les compra su abuela. Debe mandar a la criada a comprarlos con instrucciones detalladas. Porque esa señora no tiene asistentas o señoras de la limpieza, sino criadas, a la antigua usanza. Después de lo de los niños, que

da mucho juego, pasan a comentar cómo está el servicio, y entonces, si Rodrigo interviene es para decir la suerte que han tenido ellos con la chica sudaca. Su hermano mayor se ríe irónico. Paula llama a Lidia por su nombre, cosa que no soporta la madre de Rodrigo. De todas formas, Paula nunca le ha entusiasmado, y tampoco se ha esforzado por disimularlo. Rodrigo le insiste a Paula en que es ella la que tiene que caer bien; al fin y al cabo, es la recién llegada. Y seguirá siéndolo toda la vida, porque nunca se acostumbrará a los manteles de organdí y los cubiertos de alpaca, a no hablar con las criadas y a no hablar, en general, cuando hablan ellos. A última hora siempre duda a la hora de empezar a comer, espera que alguien comience antes; Paula cree que los demás lo advierten y se intercambian miradas cómplices.

Cuando sale de la peluquería es la hora de comer. Bueno, nunca se sabe a qué hora llegará Rodrigo, si es que piensa llegar, y a él no le gusta nada comer solo. No puede estar pendiente de la hora, con sus reuniones y sus historias. A veces se queda por algún restaurante del centro, donde tiene la oficina, tampoco se sabe con quién. A las tres, Paula recalienta la comida y la saborea a gusto en la terraza. Rodrigo prefiere comer dentro, los tres: ellos y la tele, que le da pie a despotricar contra el mundo en general. Pero no se emociona mucho. Si acaso, con el fútbol. La terraza es preciosa. Paula riega las plantas cada día. Se pregunta por qué quiso Rodrigo un ático, si nunca está en él.

Después dormita un poco en la terraza, a la luz del té. El médico le ha prohibido tomar té, porque se ve que no casa con el muestrario de pastillas que le recetó. El médico es amigo de Rodrigo, cómo no. Es que su marido es un som-

brero de mago para estas cosas: tiene un amigo psiquiatra, un amigo abogado, un amigo arquitecto... Pero a Paula hoy se le ha olvidado tomarlas. Ahora, con los ojos cerrados bajo el sol, titubea todavía un instante. Pero apura primero el té, y sin recoger la taza, va hasta el baño reluciente y tira las cajas a la basura. Sin más. Paula ha decidido no volver a ingerirlas. Y lo ha decidido de repente, en un momento tan pequeño que cabe en una gota de té prohibido y, por eso, delicioso. No sabe todavía por qué motivo; sin embargo se toma otro té para celebrarlo, después de recogerse en una coleta su peinado de veinticinco euros. Intuye que hay algo que celebrar.

Vestida de primavera, recuerda cuando su madre le ponía manga corta por primera vez, y ahí empezaba otra vez la vida, con la perspectiva de acabar pronto el curso y perder de vista a las monjas durante dos meses. Ha tenido que rebuscar en el armario para encontrar algo que no sea de color pastel. A Paula nunca le ha interesado demasiado ir a la moda, a pesar de todos sus conjuntos de jersey y rebequita a juego, y bufandas de Burberry. Hoy se siente cómoda dentro de los vaqueros y la camiseta verde, contenta con su despeinado. La portera la ha mirado extrañada. Paula, al salir, ha mirado también confundida el portal de mármol rosa, como si ya no fuese su casa, o como si nunca lo hubiese sido. Ni siquiera ha cogido un paraguas, porque le resulta imposible pensar que pueda llover. Y no ha dejado una nota.

Seguro que Rodrigo se asombrará al no encontrarla en casa, piensa. Pero a Paula le da igual por primera vez, mientras marca el teléfono de Lucía, sacado también de las arcas de la memoria. Lucía Cabezaloca se sorprende más todavía; después de tantos años, imagínate, casi desde la boda,

con lo bien que lo pasábamos, me acuerdo de aquel día en El Zurdo, qué tajada pillamos, madre mía; pero me alegro de que me llames, Paula, de verdad, oye, ¿y qué es de tu vida?

—No lo sé, Lucía, no tengo ni idea. ¿Puedo dormir esta noche en tu casa?

ACCÈSSIT
ASSOCIACIONS

SI YO FUERA UN HOMBRE (una reflexión)

Vanessa Gloria Pérez de Baños

No sé cómo empezar. Para que te hagas a la idea te confesaré que tengo un problema. Es serio. Puede que no te parezca lo suficientemente serio. Pero si estuvieras en mi piel lo verías tan claro como yo. Podría darle vueltas, pero se puede resumir en una frase: que no estoy de moda. Y eso en los tiempos que corren es tener un verdadero problema. Sé que te puedo parecer una frívola. Ojalá fuera tan fácil. No estoy de moda y eso me atormenta. En primer lugar, soy una mujer. Y eso ya dice mucho. Pero no sólo eso. Soy mujer y no estoy buena. ¡Eso sí que es un problema!

Encima fumo, y fumo mucho. Es más, fumo compulsivamente. Por eso me siento diferente al resto, una especie de termita social. ¿A quién se le ocurre fumar hoy en día? Es malo para la salud, molesta a los demás, puede matarme a mí y a los que me rodean. Y lo peor: no es «chic». Pero yo no puedo evitarlo. Ahora está mal visto fumar en cualquier

parte, en cualquier circunstancia. Y yo lo hago y de forma compulsiva.

Otro de mis problemas que no me deja ser feliz es que no utilizo una cientodiez, ni siquiera una cien. Lo reconozco: tengo una ochenta y cinco y además, lo que es peor y lo que aleja de todas las tendencias es que no me planteo pasar por el quirófano para que me aumenten las autoestimas.

No tengo novio. *Glups*. Pero tengo amigas. Ellas no son exuberantes, son normalitas. Tienen trabajos normales y vidas corrientes. Algunas tienen hijos, otras no. A las que tienen hijos les critican por tenerlos, a las que no los tienen les critican por no tenerlos. No son auditoras, ni diseñadoras de interiores y ni siquiera son modelos. Son economistas, psicólogas o amas de casa. Uf.

No vivo en un adosado, tampoco tengo una casa en el campo. No tengo perro que pasear, ni gato al que acariciar. El único animal que tengo es un conejito de peluche, con el que a veces mantengo conversaciones. No sé coser un dobladillo, ni hacer un potaje de garbanzos. No me hago *peelings*, ni masajes *shiatsu*, ni voy a un *spa* (a un balneario, para que me entiendas).

Los sábados salgo un ratito a bailar. Los domingos voy al cine y a misa. Te lo he advertido: no estoy de moda. Además, lo reconozco, no me gusta el sushi, no encuentro gangas en los mercadillos de barrio y tampoco vivo en un ático. No veo *Sexo en Nueva York* ni escucho a Sabina. No leo a Saramago, ni a Pérez Reverte. Se me hace difícil añadir esto, pero soy una de las pocas personas que no se leyó *El código Da Vinci* y tampoco tengo en mi casa un cuadro con la cara de Marilyn a colorines. Conclusión: estoy acabada. O pasada de moda. Para el caso, es lo mismo.

Pero sé silbar y lo hago muy bien. No sé si esto compensará todo lo anterior, pero silbo con mucho arte. Mi abuela me riñe porque dice que silbar es de hombres. Delante de ella no silbo, claro. Mi abuela también dice que no coma pan, que engorda mucho. Tampoco le hago caso. Mi abuela me recomienda que me ponga pendientes más pequeños, pero los grandes son mi debilidad. Mi abuela me anima a trabajar doce horas, dice que así soy una mujer de provecho. Y yo me pregunto, ¿soy una mujer de provecho?

Trabajo mucho, eso sí. Pero no me pagan demasiado. A fin de mes me cuesta llegar, me imagino que como a todos. Así que me dispongo a afrontar una nueva etapa de mi vida. Darle un giro, dar el paso, como dicen los anuncios. Y lo voy a dar. A partir de ahora voy a ser como un hombre, porque me he dado cuenta de que tengo habilidades de hombre. Pero en un cuerpo de mujer. Eso es lo malo. Noooooooo, no tengo ninguna duda sobre mi tendencia sexual, sólo que soy mejor en lo que tradicionalmente han sido «cosas de hombres». Terrible situación. Es como lo de silbar, por ejemplo. Mi abuela dice que no está bien visto. Pero yo lo hago bien. Lo hago mejor que los chicos. Y pienso... «si fuera hombre», nadie me diría que no silbara». Al revés, dirían «qué bien silbas, da gusto». Pero como la boca que se pone en forma de U es femenina, ya no queda tan bien. Por eso reivindico el poder silbar y el que quede bien.

Pero no sólo eso. Hay más. Me encanta ganar al Trivial. No lo puedo evitar. No jugar, sino ganar. Tampoco está bien visto, si juegas contra chicos. El truco es hacer como que no sabes la respuesta. «¡Ay, no sé!»- tengo que decir. Aunque lo sepa. Hacermé la tonta, vamos. Pero es que ¡yo sé la respuesta! La sé, incluso, cuando el quesito es naranja. Horror.

¡De fútbol, la sé! Sé lo que es un fuera de juego... Otro punto negativo. Si eres chico y ganas al Trivial, eres un crack. Si eres chica, has tenido suerte, nena. ¿Ves a lo que me refiero?. Y claro, a mí se me pone un nudo en la garganta y me dan ganas de escupir la respuesta con un grito y encima hacer un baile de celebración como los futbolistas... pero no puedo. Porque soy chica... ya te lo he dicho.

Además, hay otra cosa, y es que me encantan las películas de acción en las que pegan tiros y hay criminales por ahí sueltos, campando a sus anchas por Nueva York o Sicilia. Nada femenino, por otra parte. Y qué le voy a hacer... No pude acabar de ver *Sentido y sensibilidad* y me horrorizó *Leyendas de Pasión*, pero disfruté con *El Padrino* (uno, dos y tres) y también con *Seven*. Sufro mucho por esta masculinidad a la hora de alquilar películas. El chico del video club me mira mal. Lo noto. Y me mira peor cuando, además, le pido unas latas de cerveza. Me gusta la cerveza y también tirarme eructos. Eso supone un menos cuatro en mi escala de feminidad. A veces también digo grandes palabrotas. Para qué quieren más. Algunos conocidos me recriminan que siendo así nunca voy a encontrar un buen marido. ¡Me cago en...!

Y ahora viene lo peor. Me gusta conducir. Y además conducir muy rápido. Disfruto yendo por la carretera y, en ciudad, adoro cambiarme de carril todo el rato. Soy impaciente al volante, cambio de marchas constantemente y llevo la música a tope. ¡Y encima aparco a la primera! Está claro: lo mío es patológico. Un amigo mío me comentó un día que conduzco como un hombre. Yo no supe cómo tomármelo. Él, estaba sonriente, creo que me lo dijo como un piropo...

Sigo profundizando en mi grave problema, que en este punto se agudiza. A ver: yo me siento súper femenina,

pero no en plan cursi ni ñoña, sino femenina de verdad. Muy mujer, que dirían los ancianos. Pues eso. Muy mujer. Pero por dentro y por fuera. No os vayáis a creer. Por eso mismo reivindico mi papel de mujer-con-conocimientos-de-hombre y mujer-con-capacidad-masculina que esto es lo que, al fin y al cabo, vende. No sé si me explico: creo que no. Vuelvo a intentarlo. Si yo fuera hombre, me dejarían silbar tranquilamente por la calle. Si yo fuera hombre, podría ganar al Trivial y celebrarlo sin límites. Si yo fuera hombre podría alquilar, muy feliz, películas de acción. Si yo fuera hombre me dejarían beber miles y miles de cervezas y expulsar los gases cómo y cuándo me viniera en gana. Si yo fuera hombre dejaría a la peña boquiabierta con mis cambios de carril y mi música a tope. Si yo fuera hombre... Y así me acuerdo de otra gran incomprensida como yo, que se llamaba Escarlata. No sé si te suena. Todo el rato decía eso de «si yo fuera hombre» y todo el rato era mucho rato, porque la *pelí* era muy larga.

Y encima de que tengo aficiones, gustos y capacidades masculinas, nadie me toma en serio por mi cuerpo de mujer. Eso es lo más grave del asunto. Yo curro como un tío, pero cobro como una tía. Porque... a ver, ¿cómo le explico yo al de recursos humanos que, a pesar de mis curvas, de mi voz y de mi pelo largo, tengo capacidades masculinas y trabajo como uno de ellos? Por tanto, me pagan como a una chica, injustamente, porque, repito, mi labor la desarrollo como un verdadero hombre. No se hable más.

Esto es una verdadera lata. Porque ahí voy yo, con mi cuerpo de mujer y nadie me da un trabajo digno. Y yo digo: ¡pero si puedo hacerlo como vosotros! Y ellos miran mis tacones y huelen mi perfume y se acabó mi promoción profesional. Como te lo cuento. Y de nada sirve mi licenciatura,

mi máster, mi experiencia, mis tres idiomas y mis doscientas pulsaciones por minuto.

Una vez se me ocurrió una brillante idea. Fui a una entrevista de trabajo con traje masculino: chaqueta, pantalón, zapato plano, moño y la cara lavada. Pensé que si parecía un hombre, me darían el trabajo. Todo se fue al traste cuando pasé por debajo de una obra y los albañiles me silbaron... Se acabó, pensé. Me vuelvo a mi casa.

Al día siguiente pensé en volver a «disfrazarme», y como debí de pillar a los operarios en las horas del almuerzo, nadie frustró mi experimento. La verdad es que la prueba del trabajo me salió bien y la entrevista también. A la hora de pactar el sueldo, recordé a mi entrevistador que yo debía cobrar un sueldo de hombre, puesto que yo trabajaba como un hombre. Se rió, a carcajada limpia. «¡Pero claramente eres chica!», me espetó. «Ya lo sé», le respondí, «pero en el tema laboral soy un hombre, porque trabajo como vosotros». Y me echó del despacho. O lo que es lo mismo: me invitó a irme. Fin de mi aspiración masculina salarial.

Y con eso, como en todo. No hay forma, te lo digo de verdad, de que me den un trabajo digno, con un sueldo igual de bueno que el de mis compañeros y que encima me reconozcan que no me lo dan por mi apariencia física. Porque eso no te lo reconoce nadie. Siempre me ponen excusas tipo «no puedo ofrecerte más», «ahora mismo no hay más dinero», «este puesto de trabajo en realidad es un trampolín»... Y mil excusas más. Y digo yo: si trabajo «tan bien» como un hombre, ¿por qué no me toman en serio? ¿por mi cuerpo? ¿mi voz? ¿mi olor? ¿mis pestañas pintadas? ¿no te suena un poco frívolo? Pero eso es lo que hay. Y mientras los maridos de mis amigas cobran «súper» bien, ellas se conforman con

lo que les echen. Así que, llegados a este punto, mi paranoia no es tan superficial...

Y, sí, que me parece estupendo que haya discriminación positiva. Pero yo no quiero eso. Simplemente quiero que los tíos que trabajan en recursos humanos se den cuenta de una obviedad: que la capacidad laboral, el buen hacer en el trabajo y la profesionalidad no va unido a un cuerpo, sino a una mente. Y que la mía está al nivel. Y que no se dejen llevar por mi aspecto femenino. Y que estar dentro de un cuerpo de mujer no debe condicionar un sueldo o limitar una promoción laboral. ¿O acaso pongo en duda la cocina de Arguiñano porque sea un hombre?

ACCÈSSIT
LLIURE

V IATGES

Teresa Gomis Baixauli

Cada divendres, el matí començava amb una carta del pare; del pare viatger, del pare estimat, del pare absent.

La mare buscava a la bola del món aquell lloc on deia la carta que ell es trobava. Amb una mà assenyalava aquell lloc llunyà, amb l'altra aquest lloc proper on nosaltres sempre, divendres rere divendres, estavem.

I el pare ens transmetia impressions i emocions noves. Descobria per a nosaltres paisatges fantàstics, amb les seues postes de sol, les seues aromes i els seus colors. Descobria també per a nosaltres gent nova, diverses formes de viure, tan diferents a la nostra.

Al principi, esperava anhelant la nova carta. Nerviosa. Després vaig aprendre a esperar d'una altra manera. Esperava tranquil·la, pausada, estudiosa. Buscava i estudiava tot allò que el pare ens havia anomenat en la carta del divendres ante-

rior. Si ell estava a Istambul, allí corria jo a través de contes, d'il·lustracions, de llibres i de volums d'enciclopèdia. Quan, a través de les lectures, em trobava amb les petjades del pare, una alegria immensa em venia de sobte i es quedava amb mi durant un parell d'hores.

Allà on el pare anava ocorria sempre alguna cosa d'interés: ell corria aventures estranyes i coneixia persones extraordinàries, reis i prínceps comptaven entre les seues amistats estrangeres.

- Jo vull ser viatgera, com el pare-, sentenciava jo en cada dinar familiar del diumenge.

I ell m'escribia sobre Kinderdijk, on désset enormes molins de vent rodaven les seues aspes al compas del vent. Allí el pare va vore com arribava una bandada d'aus negres, que tenien assajat un ball i el posaren en escena allí mateix, davant el pare. Giraven i giraven en un ordre perfecte. Les primeres rodaven i anaven a posar-se sobre les aspes d'un molí, i tot aquell allau d'aus ballarines feien el mateix que les primeres. I abans que la última es posara sobre l'aspa, ja havien mamprés el vol les primeres i havien anat a girar de nou i a seguir ballant i ballant sense parar.

La mare també esperava amb ànsia aquelles cartes i era ella la que les recollia sempre de la bústia. A ella també li agradava saber d'aquells llocs llunyans. Va ser la mare qui m'ensenyà a anar a la biblioteca per regirar entre els volums i trobar-hi dades, estudis i explicacions sobre els pobles que buscavem.

Una i altra vegada recordàvem cada indret, mirant, buscant i observant la bola del món, i jo repassava mentalment els fets i els costums que més m'havien cridat l'atenció d'aquell lloc. Recordes que a Bulgària quan diuen que no fan

que sí amb el cap i al revés?, li preguntava a la mare mentre ella cosia prop de la finestra i jo mirava la bola del món. I totes dues reiem per aquells costums tan curiosos i sobre els quals buscavem l'explicació interrogant-nos una i altra vegada i buscant als llibres de casa i de la biblioteca. Així estàvem més prop del pare i el recordàvem cada segon.

Quan pensava en ell, els meus records el situaven sempre enmig de boscos frondosos o desserts inexplorats, junts a aborígens australians o amb feres salvatges. I eren records que m'enviava ell al meu cap o potser recollia jo en els meus viatges. Mont-Tremblant, Calafate, Ullapool. Anava i tornava. Viatges llunyans en una setmana.

- Jo vull ser viatgera, com el pare- . Deia durant els dinars de diumenge

Si ho deia a classe, em preguntaven com era que el pare no venia mai a veure'm – No t'extranya molt?

Les meues aventures imaginàries sovint transcorrien en eixes selves on ell habitava. Si jo em posava en algun embolic o caminava a la vora d'un precipici, allí arribava el pare per a salvar-me. I sempre ho aconseguia.

Quan va estar al Congo, em va explicar tantes coses dels pigmeus que no les puc contar totes. Ell va estar a un lliurament de regals que feia un nuvi a la família de la núvia: un arc nou, dues-centes fletxes, dos potets amb verí per a les fletxes, un ganivet, dos teles de corfa i dos braçalets de ferro. Jo fantasiejava amb un nuvi pigmeu i què pensaria la meua família de tot allò.

Totes aquelles històries, juntament amb les meues investigacions als llibres, feien que el món s'obriera davant meu com una pintura multícolor i interessantíssima, on sempre hi havia llocs per descobrir, costums per comparar, aventures

per viure i gent per conèixer. La mare em deia que també jo era ja viatgera, si més no físicament, perquè quasi mai eixia del poble, sí que ho feia sovint amb la meua ment, què és segons ella allò que corre més ràpid. Potser coneixia més món que persones majors que havien eixit més. Em deia, per això, que jo era ja una ciutadana del món, corredora de primera.

Quan el pare va estar a Polinèsia em va contar, i açò ho recorde molt bé perquè em va agradar molt, que allí les persones no compren mai res ni venen res, ni tan sols es canvien res. És a dir, no necessiten comprar perquè els arbres que tenen a prop de casa tenen sempre fruits i els rius sempre tenen peixos, de manera que en lloc d'anar a comprar, simplement van a agafar allò que necessiten per a fer el dinar o el sopar. No tenen necessitat de guardar coses o de tindre molt per a vendre, ja que tots tenen allò que necessiten. Si algun dia has agafat més platanos dels que vas a menjar, simplement li'ls pots donar a un veí.

Em va agradar tantíssim esta vida explicada a la carta i completada per la meua imaginació, que vaig estar decidida durant dues o tres setmanes a anar a viure allà quan fos gran.

Jo vull ser viatgera, com el pare. Deia els diumenges mentre dinàvem a ca l'àvia

A ca l'àvia anàvem els diumenges. La casa gran estava sempre plena. A l'hivern, ens sentàvem tots al voltant del foc i la iaia contava històries. Era molt bona contant contes. També jo contava moltes de les històries que aprenia de les cartes del pare i de les meues investigacions sobre natura i costums estrangers. Deien que havia heretat l'art de la iaia. Si és així, deia ella, l'herència s'ha botat una generació.

Si a l'hivern m'agradava que ens asseguèrem tots junts a la vora del foc, m'agradava encara més que fera bon

oratge i poder eixir a jugar amb els cosins al corral. Allí, un dia era Barba Roja, i a la setmana següent era Philleas Fogg. Quan no travessava el mar amb un vaixell, flotava entre els núvols en un enorme globus de colors.

La primera vegada que el pare va pujar en globus va ser a la serralada dels Carpats. Mentre el globus pujava ell anava veient el paisatge, anava separant-se de la terra i tot allò que veia cada vegada es feia més menut. Fins que va estar ben alt i des d'allí divisava tot allò important: les muntanyes, els arbres grans,... però no veia res de les coses xicotetes, com les persones o els cotxes. Tot això m'ho va contar en una carta.

Va ser el diumenge que arribarem abans que ningú a ca la iaia quan jo em vaig trobar amb tot allò. En l'antiga habitació de la mare, on no ens deixaven entrar per haver-hi coses molt valuoses guardades, coses del dot de la iaia i tot això, va ser en aquella habitació on, rebuscant envoltada del misteri que envolta les coses que no has de fer, vaig trobar uns quants llibres polsosos i engroguits. Eren llibres de geografia: Geografia Universal. Encuriosida, vaig fullejar el seu contingut. No sé si m'havera parat més si no havera sigut pel subratllat d'alguns dels textos. Hi havien paràgrafs sencers marcats amb subratllador fosforescent, del què encara utilitzem a l'escola.

La primera idea fou: per què la mare no m'ha ensenyat mai estos llibres?; després, quan vaig començar a llegir anava reconeixent molts dels textos; paraula per paraula anava jo per endavant. Els meus ulls llegien els llibres de la mare, les cartes que el pare escrivia des de l'estranger, els textos subratllats de ca la iaia i les cartes que la mare i jo llegiem els divendres.

En eixe moment, el vaixell amb què jo viatjava va virar, el punt de vista sobre la meua vida i també sobre totes les coses va canviar de sobte. El viatge prenia un rumb diferent i jo em vaig sentir terriblement desorientada. Però, no sé d'on, va arribar la mare. I va ser ella la que em va salvar esta vegada.

- Jo vull ser viatgera, com la mare - Vaig dir jo aquell diumenge.

FINALISTES

BILLETE DE IDA Y VUELTA

Ester Antón García

Cuando la luna cambiaba su traje de noche por el pijama que la hiciera transparente a la mañana y los rayos del sol empezaban a despertar al cielo con una fiesta de cálidos colores, Berta ya estaba de pie, en la parada del tranvía. En una mano una maleta. En la otra un billete de ida y vuelta.

A través de la ventana se podía ver cómo la luz del sol se colaba entre los huecos de las nubes blancas que ocultan, a ratitos, lo azul del cielo en esos días que preceden a la primavera. Cada haz de luz llegaba a tocar la superficie de la tierra, como si fuesen unos dedos gigantescos que dejaban una huella de oro impresa en las laderas de las montañas. Más a la izquierda, los bloques de algodón se tornaban gasa espesa y gris capaz de esconder entre sus oscuros vapores, colinas más negras que ellas.

Berta no apartaba la vista del paisaje. El murmullo de los pasajeros no era distracción suficiente para extraerla

de su embeleso, ni siquiera en los espacios de tiempo en que el sol le daba de lleno en la cara. La lástima era perderse los olores y el aire fresco que bajaban directamente de allá arriba anunciando que la nieve estaba cada vez más cerca; el cristal de la ventana detenía el paso de los dos.

Por un momento la imagen se perdió tras la figura de una avanzada área industrial. Cuando los ojos de Berta volvieron a descubrir los colores y las formas del cielo, los montes aparentaban mayor opulencia. Era como si aquellos terrenos que se alzaban y se desplegaban al paso del tren sobre las vías supieran que estaban siendo vigilados. El refugio era el cielo, que nunca llegaban a alcanzar. La niebla era un antifaz, que puesto como un velo, hacía variar su fuerte y bella apariencia, hacia una belleza frágil y asustadiza.

Berta había podido sentirse como una de esas montañas enveladas. Resultó ser más fuerte de lo que ella, y los que creían conocerla, jamás imaginaron que sería. La mayor parte del viaje la pasó perdiéndose entre mil ideas cargadas de imágenes y entre cientos de imágenes cargadas de mil ideas. Se representaban y se reunían en el archivo de su memoria. Todas ellas venían acompañadas de un sentimiento, y en una fracción de segundos, ese sentimiento le recordaba al cerebro, que solo se trataba de recuerdos vacíos y dolorosos.

Les dijo a los que nunca le dijeron que la querían que se marchaba un par de semanas, aprovechando de una vez sus merecidas vacaciones. Pero Berta soñaba con el momento de romper el vidrio de la pecera en la que vivía y salir volando. Perderse entre gasas y algodones, quizá para no volver.

Sus piernas estaban dormidas en reposo sobre el asiento. La espalda comenzaba a resentirse, los pies necesita-

ban volver a sentirse útiles. El viaje, sin duda, iba adoptando las incomodidades propias de los viajes largos.

Aparecían las primeras casas, los primeros postes de luz, los primeros pinchazos en el pecho.

El tren no relajaba su marcha, y el corazón de Berta se iba acelerando. Cada golpe que recibía el cuerpo del tren por el hecho de pasar tan cerca de los postes, azotaba el alma de Berta, en un ritmo progresivo y ascendente, provocando una palpitación mayor por cada poste sobrepasado a gran velocidad. Las sombras proyectadas breve y repetidamente sobre la cabeza de Berta, le relataban en el lenguaje de un cuento siniestro, que la vida pasaba más rápido que lo que lo hacían las sombras alargadas ante sus ojos y que el destino llegaría tarde o temprano vestido de una u otra forma. El destino más próximo que ella conocería era la postal de un pequeño pueblo cubierto con un manto de nieve. El repentino descenso de la temperatura le adivinó que faltaba menos para llegar.

Los fantasmas que la perseguían se hacían patentes en los miedos de Berta. El fantasma más fuerte, el que la obligó a viajar sola, podía tener un nombre: desesperación.

Berta había trabajado durante toda su vida por los suyos: por sus padres, por su esposo. Y por la que más se dejó el alma era Lucía, su hija. Tuvo una vida como para haber aprendido todo lo que se puede de ella y de los golpes que ésta te regala cuando se le antoja. Un timbre replicó que el tren había llegado a su última parada. Cuando Berta puso un pie en el nuevo suelo respiró profundamente, como queriendo abarcar un todo, como queriendo ver todo el pueblo en un solo golpe de vista. El fantasma se hizo, entonces, un poquito más pequeño.

De camino a la pensión, el nuevo escenario urbano la recibía con indiferencia. Arrastraba los pies como si estuviesen hechos de plomo y no tuviera fuerza suficiente para elevarlos, si quiera, un centímetro del asfalto. La pesadez la acompañó todo el camino. La nostalgia de tiempos mejores también.

Las suelas de sus zapatos iban desgastándose a gran velocidad y se preocupó, al venirle de pronto a la mente, la posibilidad de quedarse sin ellos antes de llegar a una cama en la que poder descansar esa noche. Los colores iban perdiendo intensidad conforme el sol se volvía más grande y más bajo. Por fin se hallaba delante de la puerta de la pensión. Ahora debía tocar el timbre y esperar respuesta. Fue un hombre el que abrió y la invitó amablemente a entrar. Era una noche fría.

Como una señal, lo primero que vio al entrar en el edificio fue un reclamo para trabajar allí. Berta se apresuró a coger la llave de su habitación nada más encontrarla sobre el mostrador y la guardó en su bolsillo junto al número de teléfono que copió del cartel, con mucho disimulo, como evitando que alguien descubriera sus intenciones demasiado pronto. La estancia olía a humedad y a polvo. Tras desprenderse de sus maletas, se dirigió a la ventana y la abrió de par en par. La corriente de aire frío fue más bien un regalo que una molestia, pues para Berta eso era lo único que podía demostrarle que no era uno de sus sueños, sino que por fin estaba lejos de casa. Aquel frío era real.

Posó el extremo de un cigarrillo entre las rejas de sus labios, últimamente acostumbrados a estar cerrados. Con una cerilla prendió el extremo opuesto y en el lapso de tiempo que contiene dos caladas, se echó sobre la cama.

El techo era de un color blanco sucio; del color blanco de una sucia escayola.

Las formas se repetían sobre su cabeza, simulando un mosaico que a veces encajaba y a veces confundía. Durante un tiempo jugó a ver las formas circulares de las figuras, alternándolas con las estrellas que los relieves creaban en otro plano de la imagen. Formas negativas y positivas, figuras y fondos que se diferenciaban, se solapaban unos con otros y más tarde se fundían en la continuidad del techo. De un modo similar a como jugaba mirando aquel mosaico de formas, jugaba con los recuerdos y con su conciencia. Recuerdos que se repetían, que se solapaban entre ellos y creaban otros muy parecidos. Uno tras otro, terminaban encajando para relatar la misma historia. Éstos también se hundían sin dejar demasiado rastro en la inmensidad de su conciencia, maltratada de tanto jugar. A sus años, era ya un tablero de ajedrez desgastado.

Tuvo que ser la colilla la que quemara su boca y la despertara de aquella hipnosis. Volvió a la realidad. Berta permanecía boca arriba, y quedó mirando un punto en el techo, sin mover lo más mínimo sus pupilas empañadas. Así inventó otro juego. En este tenía que explicar porque huyó. Tenía que convencer al punto que miraba que no era una mala persona, que no quería haber abandonado a nadie aquella mañana en la que salió de casa. Que lo que quería era encontrar la felicidad que perdió en algún recodo del camino, sabiendo que era tarea suya, y solo suya, pues en todo su tiempo de amarga soledad ninguno de los que figuraban en su vida prestaron su ayuda para este fin. Todos ellos se ocupaban de sí mismos, y aunque Berta siempre se desvivió por ellos no recibió ni la ayuda ni las gracias que hubiesen sido vitaminas y alimento.

Se hartó de la situación, pero no podía evitar sentirse mal; sentirse una bruja egoísta.

En su cabeza escribió una carta de despedida, una en la que le contaba al que una vez fué su amor, que le tuvo que odiar. Le tuvo que odiar para apartarlo de su lado; le tuvo que odiar porque no se merecía otra cosa. Después de tantas decepciones, de tantas noches durmiendo en una habitación vacía de amor y repleta de un perfume de mujer que no era el suyo; después de tantas mentiras, de tantas oportunidades, de tanto tiempo perdido ... después de ver su alma tirada en el suelo, pisada, arrastrada y arrojada al cubo de la basura como un papel arrugado, no le quedó más opción que el odio, para hacerse fuerte y no sufrir con la última despedida. Era preciso, si quería que la última fuera, además, la definitiva.

Lo que más le dolía a Berta era su hija. Lucía había sido una niña preciosa, de rizos dorados. Pecas adornando sus mejillas y su menuda nariz, al igual que lo hacen las estrellas en el rostro de la noche. La recordaba subida a su triciclo rosa, viajando a tres pisos de altura por el pasillo de la terraza. La recordaba sonriendo con la cara llena de chocolate en los días en que la princesita se convertía en reina delante de una tarta de cumpleaños que su mamá le había hecho solo para ella. Podía recordar el olor que desprendía su blanca piel, las noches en que llenaba la cama y echaba a un lado el vacío que su padre le regalaba a mamá tan a menudo. Era capaz de volver a ver, de volver incluso a tocar los tejidos y los alegres estampados de todos los vestiditos que Berta le cosía a su pequeña para ir al cole. Por lo menos así, la alegría pasaba corroteando de vez en cuando ante los ojos de Berta. Una lágrima comenzó a rodar cara a bajo. Acariciaba como un filo

de cristal, todo lo que encontraba a su paso, desde la retina hasta la garganta. Alguno llegó hasta el ombligo.

Todo empezó a cambiar a peor, conforme Lucía se hacia grande. La niña quiso crecer demasiado rápido y en esa labor perdió algo más que la salud. Su mirada ahora estaba llena de un veneno muy tóxico, casi mortal. La piel de rosa que la bañaba años atrás ahora estaba seca y mate. El cuerpecito que daba calor a su madre y al que su madre colmaba de cariño y de besos cuando la sentaba en su regazo, desapareció en otros brazos, cambiándolo por unos pocos gramos de sustancias que no se pueden llamar amor. Cuando esta costumbre se tornó tradición en aquel cuerpo, se quedó tan vacío de inocencia que Berta tenía que mirar dos veces a su hija cuando aparecía por la puerta de casa en mitad de la noche para lograr reconocerla. Sin hermanas, sin padres y con un compañero que faltaba en los momentos más importantes y difíciles, Berta tenía que afrontar sola lo que se le venía encima.

Se abrazó a las sábanas mugrientas de la que empezaba a ser su cama, y siguió paseando en los laberintos de su memoria. Una época feliz llegó a su mente como un puñal que se clava directamente en el pecho. Consiguió unos meses de tranquilidad, donde Lucía parecía ser consciente de la amargura a la que sometía a su pobre madre y prometía salir del mundo que las estaba haciendo enloquecer. Pero las discusiones no se hicieron esperar. Volvieron las guerras entre las dos, por ver quién era la culpable de que volvieran a desaparecer los ahorros que Berta iba recogiendo con la esperanza de que las cosas mejoraran; por ver a dónde fueron a parar las dos pulseras que Berta tenía para sentirse una mujer hermosa y elegante como las demás, en los días en que se

sentía con algo de fuerza para intentarlo; el desvelo constante en que se ocupaba pensando dónde podría encontrarse su hija a altas horas de la madrugada de un lunes. De un martes. De un miércoles... No dormía por las noches, y así no podía vivir por el día. Lucía iba muriéndose con las drogas y con ello, iba matando a su madre. El padre de Lucía estaba demasiado ocupado como para hacer nada por ellas. Si a caso, les mandaba algo de dinero en épocas señaladas para ayudar de alguna forma que no implicara perder su tiempo.

Berta metió la mano en su bolsillo y sacó el papel en que anotó el número de teléfono del cartel de recepción. Se levantó a cerrar la ventana y se volvió a tumbar sobre el colchón. Esta vez se quedaría dormida, pensando en las veces que quiso escapar de la cárcel, de la tortura que le había tocado vivir, de tantos esfuerzos, de tanto sudor, de tanto llanto que no había servido para nada más que para quitarle la juventud y darle, por otro lado la fuerza y las alas necesarias para escapar de esa locura. Esa mañana ya no tenía aliento ni para despedirse. Esa mañana en que salió de casa y de su ciudad quién le iba a decir ... quién podría haber adivinado...

Afuera las calles estaban tranquilas. Solamente se oía algún coche pasar de vez en cuando. En la mesita de noche, Berta descubrió el billete de ida y vuelta que compró con unas semanas de antelación y le había llevado hasta aquel lugar. Nadie le preguntó a dónde se iba y ella aprendió del silencio. En sus manos tenía una oportunidad de empezar de nuevo, en un sitio tranquilo. De ver colores tan bonitos como los del cielo en sus apagados ojos. Guardó la nota debajo de la almohada y apoyando la cabeza se sintió orgullosa de sí misma. Había conseguido escapar. Por un momento así lo sintió. Pero le quedaba lo más importante: mantener firme su

decisión. Mientras cogía el billete, se preguntó si sería capaz de seguir viviendo después de haber huido. Nunca había huido de nada, y entonces volvía a comprobar la fecha y la hora de salida que marcaba el billete de tren. Berta se sintió sola, pero no más que se pudo haber sentido en su casa los últimos años, esperando resultar visible y querida, aunque fuera por un momento, un instante que durase lo mismo que un beso o una sonrisa. Como alguna de las tantas que Berta dedicó. Las rodillas se flexionaron y su cuerpo adoptó la forma de una sirena dormida. Su mano perdió fuerza al cerrársele los ojos, y el billete que sostenía cayó al suelo en un remolino de amor olvidado.

La mujer que dormía con la cara mojada en agua y sal podría ser una mala mujer, una mala madre que no hizo lo suficiente para que las cosas fueran bien. La responsable de los errores que Lucía y su padre cometieron, y responsable absoluta de los que pudo cometer ella. O una tonta que se equivocó en algún momento que ya no recordaba al planear como sería su vida. Podría tratarse de una mujer que llora en silencio porque no se atreve a confesar que esa mañana abandonó lo que más había querido en toda su vida.

O era una mujer que por primera vez en mucho tiempo tenía la posibilidad de dormir tranquila, de ser la única dueña de su voluntad. Podría ser una mujer que descansara alejando la inquietud que la costumbre le dio con el paso de tiempo. Aún le parecía que el sueño iba a ser interrumpido en mitad de la noche con un portazo que alguien daba al entrar en casa sin saber muy bien lo que hacía. Podría ser una mujer que agotó toda su energía en lo que más amaba y solamente alejó por un tiempo para recargar las ganas de vivir ... Podría

haber huido como una cobarde o como una guerrera a punto de morir asesinada por el verdugo de la desesperación.

Los ríos salados de cortante cristal ya se están secando y Berta sigue acostada en la cama. Bajo su cabeza, protegido por la almohada, guarda un destino vestido con una cifra de nueve dígitos. En el suelo descansa un billete al que solamente le queda por ofrecer la vuelta a casa. Puede que sea la mujer cobarde, o la mujer guerrera ... o todas ellas a la vez. Pero sin duda, el cuerpo que se ve acostado es el de una mujer intentando apaciguar a un fantasma que compartía vida con ella. Puede que ahora esté pensando en regresar, o quizá piense en seguir su camino aún más lejos. Lo único cierto es que ahora es un poco más libre para averiguarlo ella sola.

C

ONFESIÓN A UNA MADRE

Esperanza Ayala Corma

*H*ola madre, acabo de llegar hace unos segundos. No te he traído flores porque creo que es absurdo. Te las llevaba anteriormente cuando las podías oler y me decías, que eran muy bonitas y olían muy bien.

Marcos me ha abierto la verja. Es un buen hombre y estoy orgullosa de que él cuide de ti. Sé que nadie te robará porque vela por tu nuevo hogar y tu persona. El pobre hombre no se encuentra bien desde hace algunos días sin embargo, siempre está al pie del cañón velando por tu descanso. Hace frío esta tarde, por eso llevo puesta la chaqueta de algodón. ¿Sabes? Tus nietos, Silvestre y Eduardo, han abierto una empresa y llevan personas a su cargo con gran maestría y respeto. Su trabajo consiste en hacer videojuegos por ordenador. Se han labrado una reputación admirable entre sus superiores. Tienen que viajar de vez en cuando a Madrid, pero eso hace que la remuneración sea elevada. Se sienten orgullosos

de sus vidas aunque trabajen duro. Tu otro nieto, Gerardo, es peluquero ya titulado. Su profesora le ha abierto una peluquería llevándola sólo él. Pero bien es verdad que ya está acostumbrado. En la academia, ya llevaba toda la clientela cuando Susana, su profe, pasaba semanas sin aparecer por el local. Eso le enseñó al chico a tener experiencia en la materia. Todas las mujeres quieren ser peinadas por él. Pero bien se ganó el cariño y respeto de las damas por su simpatía y educación. Sé que te sientes orgullosa de ellos. Vengo todo lo que puedo hacerte compañía porque te echo mucho de menos, necesito contarte todo lo que ocurre en mi entorno como hacíamos en tiempos lejanos. ¿Recuerdas cuando de chica, caí en los higos chumbos y me clavé las espinas en el trasero? Tu carácter era devastador y te pusiste como una fiera conmigo. Me quitaste las espinas una a una. Tardé días en poder sentarme en una silla. Reconozco que era muy intranquila y traviesa y siempre tenía mi cabeza atrapada en algún barrote, si no era en un sillón sucedía en el balcón. Siempre necesitando tu ayuda. Recuerdo cuando me decías que algún día me quedaría sin cabeza. O cuando jugaba al burro va, con Aurora, siempre solía subirse a mi espalda. Te enojabas por ello y cuando llegaba a casa, sacudías con tu mano abierta con fuerza golpeando mis nalgas. No te comprendía entonces, madre, sobre todo cuando veías mis lágrimas derramadas por las mejillas, me abrazabas diciendo, “¿no te das cuenta de que puede hacerte daño en la espalda?” terminabas besándome aunque yo me apartara. Hay cosas que nunca fui capaz de decirte, ¿sabes qué era? Que te quería, te quería tanto que no lo advertía. Estaba tan acostumbrada a tenerte cerca y como tenías ese carácter tan abrumador, a veces pensaba que ojalá desaparecieras de mi visión. Sí, madre, así es como sentía entonces,

no me lo tengas en cuenta. Espero que no llueva esta tarde, el cielo está raso pero los nubarrones del este se acercan deprisa arrastrados por el viento que sopla con fuerza. ¡Qué olor a naranjos desprenden los huertos! Apetece comer naranjas recién cogidas de sus ramas. Hace algunos años, cuando podábamos los árboles del huerto de papá, hacíamos las paellas con leña, pero nunca te dije que ponía algunos troncos finos de carrasca porque me gustaba más el sabor del arroz con estos leños. Una pastilla de caldo de pollo y listo. Solías relamerte los bordes y la comisura de los labios. O cuando encendíamos la chimenea, cuando conseguía tener buena brasa con la leña seca de los naranjos, ponía buenos troncos de algarrobo, de este modo duraban más el fuego y las brasas.

No recordarás cuando te mandé a aquella residencia de reposo en Castellón, han pasado ya cuatro años desde entonces. Sin embargo, todavía sigue latente en mi memoria y necesito sacar de mi interior todo lo que me abrasa el corazón. Pasaron quince días desde tu ingreso y te llamaba a diario por teléfono, porque al dejarte en el centro, tu rostro entristecido me colmó de desesperación. Pero al escuchar tu voz marchita por el auricular, me quitaba la vida. Pedí a mi esposo que por favor me acercara para recogerte, un nudo de emociones me bloqueaba la garganta continuamente. Nos hicieron esperar en una pequeña y oscura sala. Allí estuvimos varios minutos, sentados en sillas de anea. La desesperación me abrumaba por tanta espera. Por fin vislumbré tu envejecido cuerpo, caminabas arrastrando las piernas demostrando tu abatimiento. Después observé tus arrugados labios sonrientes empapados de lágrimas que goteaban en tu pecho. Cuando estabas cerca de nosotros me amarraste con fuerza y las dos lloramos sin consuelo. Siempre necesitabas tenerme en la línea de tu vi-

sión, necesitabas tenerme siempre cerca. Toda la trayectoria la pasamos cogidas de la mano, tu cabeza reposaba en mis cansados hombros mientras gemías sin control. Susurrabas de vez en cuando, «te quiero, hija mía». Sentada en el gran sofá del salón de nuestro hogar, vomitaste el sufrimiento acumulado de aquellos días tan amargos. Pasé la noche sentada en el sillón de terciopelo verde, el que se hallaba al lado de tu cama. Recorría con la mirada tu cuerpo estirado en el lecho mientras acariciaba con ternura tu desvelo. Tus ojos se abrían de vez en cuando y al verme a tu lado, dormías placidamente. Fue en el alba cuando ya estabas rendida, tu sueño se hizo insondable regresando yo a mi cuarto. Sólo dos horas fueron suficientes para recuperar mi desasosiego y recuperarme del cansancio. En la mañana, cuando los destellos del sol se filtraron en la habitación te ayudé a levantarte y a vestirti. Te pregunté cómo te encontrabas y respondiste que bien, comprendí que no te acordabas de lo anteriormente vivido y pasé página intentando hacerte feliz para los restos de tu existencia.

Hace tan sólo dos semanas me han nombrado vicepresidente de la Asociación de Discapacitados. Tengo más trabajo, pero es reconfortante ayudar a los demás. Sí, ya sé, debo cuidarme, tampoco yo estoy del todo bien, ya lo sé. Pero esto me llena la vida. Como escribir, madre. ¡Escribo todo cuanto sale de mi conciencia! Todo cuanto me rodea me inspira, lo bueno y lo malo también.

Si pudiera dar marcha atrás en la vida, cuántas cosas cambiaría. En primer lugar, nunca volvería a enfadarme contigo, ¡nunca!, porque eres lo que más quiero. No te dejaría sola en ninguna circunstancia aunque en ello me fuera la vida.

Madre, estoy algo madura, los años pasan deprisa y mi pelo pinta gris y unos pliegues cruzan mi rostro y mis mejillas. Quizás, sean las preocupaciones y ellas vayan ajando prematuramente mi vida. Pero sonrío porque no me importa envejecer, como dice el refrán “para no llegar a viejo qué remedio me darás, muriéndote siendo joven, a viejo no llegarás”. Yo deseo llegar a tu edad.

Tus otros hijos están bien, bueno, sólo veo de vez en cuando a dos de ellos, los otros no sé cómo estarán. Supongo que vivirán bien.

Finas gotas de cristal van cayendo por mi cabeza, empanan mi vestido mojándome hasta el alma y siento mucho frío por ello. El viento sopla con más fuerza debiendo abrazarme a mi misma para soportar este frío glacial que cala entre mis cansados huesos. Tirito y resoplo pero deseo aguantar un poco más. La luz mortecina de la tarde se filtra por mi cuerpo y deja en mí una gran desolación, pero no deseo preocuparte madre, soy feliz a pesar de las adversidades de la vida. Sé que saber esto te conforta.

¿Recuerdas cuando te hacía tantas preguntas y observaciones? Siempre terminabas diciéndome «ver no es lo mismo que mirar, y al mirar, no todas las personas ven lo mismo. Como escuchar no es lo mismo que entender. Hay quien no sabe escuchar, y quien, aún sabiendo, no entiende una palabra de lo que escucha». Con el paso de los años comprendí por qué decías esto.

Termina de llegar Marcos y me hace un gesto con la mano para que no tarde mucho en marcharme. Se hace la hora y tiene que cerrar. Le he pedido que me dé diez minutos a lo sumo para hacerte un poco más de compañía en este lugar tan ancestral. Ha asentido con la cabeza y ha enfilado hacia otra

calle. Su cojera demuestra la gravedad de su enfermedad sin embargo, no protesta, no desea dejar de velar por ti, madre. Eres una Diosa para mí y tú lo sabes. Todo está adornado de flores por aquí. La verdad es que el crepúsculo avanza deprisa mostrando el atardecer marchito. Las gotas de agua cada vez son más gruesas y tengo que guarecerme un poco entre el alero de la última hornacina.

Tu yerno es dulce como el algodón de azúcar. Es tierno como el pan y bondadoso como un ángel bendito. Él también te recuerda y te nombra rememorando situaciones a tu lado.

Todos los días el odioso sonido agudo del despertador irrumpe en el silencio de mi oscura habitación. Me despierta para hacerme saber que es la hora del trabajo. Me despierto dándome una ducha, me cepillo los dientes y me coloco lo primero que encuentro en el armario algo desordenado, desciendo después las escaleras para preparar los desayunos. Luego de ingerir los alimentos, arreglo la casa y salgo a la calle para solucionar problemas cotidianos. Hago la comida y termino, enciendo el ordenador y tecleo todo cuánto me surge al instante. También suelo llevar libreta y papel por si me hallo lejos de mi computadora, anotar todo aquello que me dictan mis musas. Así llama mi profesora a la conciencia. Madre, tengo una profesora estupenda y tengo buenas compañeras. Intercambiamos nuestros escritos para dar nuestras críticas. Estoy aprendiendo mucho, más de lo que nunca hubiera podido imaginar. Me llena la vida que llevo ahora. He escrito varios libros, pero los dos primeros están sin corregir y aún así se han vendido cientos. En el tercero, hablo de ti. Cuento mi vida y tú siempre has estado en ella. Digo lo malo y bueno también. No te enojés, tú sabes que eres mi deidad,

mi Reina. Tengo mis momentos en los cuales sabes que me hundo. Lloro en silencio y tú lo ves. Te necesito y no te tengo. Beso tu imagen en mis sueños. Recorro palmo a palmo tu cuerpo en mis recuerdos. Aún saboreo cada detalle recordando cuando me contabas que plantaste semillas de amor que alimentaste con el dulzor de tu triste corazón, porque te casaron con mi padre sin estar enamorada. En tu regazo acunaste y tejiste el candor y una inmensa ternura mientras observabas las finas gotas de cristal caídas por la abertura de la fina cortina envejecida. Era otoño y mecías a tus niñas. Susurrabas cánticos celestiales mientras tendías tu intrépida mano por el arduo camino de la vida. De aquellas semillas nacieron tus sueños, nos viste crecer entre los matorrales y tempestades de la humanidad. ¡Qué serenidad y sin embargo, qué desdicha sentías! Te asfixiabas, te estremecías, respirabas profundo y atenta mientras nosotros crecíamos. Nuestros problemas fueron tuyos como tuyos nuestros pesares. Ahora recuerdo con amargura y tristeza cuando tu corazón que sufría latía cansado desvaneciendo tu alegría. La vida te pasó fugaz, arrugando tu firme piel que formaban profundos surcos en tus pétalos de amor. Y yo sigo preguntándome, ¿quién pudo dañarte, madre mía? Es bien sabido que el amor de los hijos mata sin asesinar el corazón de aquel que ama sin ser amado por no haber pedido permiso para proclamar la existencia de su vida. Tú permaneciste inerte en la oquedad del abismo. Fui yo quien cuidó de tu dolor. Mas tu mirada quedó fija en las gotas de cristal que descansaban tras la ventana de mis parpados. Tibia la tierra suspiraba en espera de escuchar un nuevo latir en un corazón cansado, que apenas ya respiraba. Yo vislumbré la muerte que acariciaba tu desvelo. Ignorante de la voz de la vida que, sin embargo, me sonrío. Los pájaros apagaron sus

cantos, no quisieron ser cómplices de tu ida. Quedaste muda madre, y habló tu hija, que llora por el lamento silencioso de una madre que dio por sus hijos la vida. Hundió la aurora su daga a la reina flor que susurraba “os quiero hijos míos”. Tu mente no olvidó a ninguno. Sin lamentos, cerraste por fin tus cansados ojos para saborear el descanso eterno. Tu corazón cesó y traspasó el umbral de la nada llevándose contigo la sonrisa y el llanto de tu hija que fue quien más se deleitó en tu compañía. Tu mejor y pequeña flor. Lloro tu hija la ausencia de la aurora. ¿Tu nombre? Para mí es madre. Y suena como lluvia melodiosa aunque la rosa quedó erguida. Mi apenado corazón todavía grita: «¡te amo, madre mía!» Y siempre te amaré por más años que pasen por mi vida. Amor de madre, ¿Cuánto no darías? Sin pedir ni decir esta boca es mía. Cuánto amor regalado sin derroche ni reproches. Cuántas noches en vela en la crianza de tus flores, regándolas, mimándolas, para verlas siempre florecer con la tierna sonrisa que creías que merecíamos. Mas algunos olvidaron que antes que madre fuiste mujer abandonándote y despojándote de sus vidas. Amor de madre, ¿cuánto daría porque se me amara como te amo yo todavía!

Marcos vuelve a decirme que tengo que dejarte, madre. Estoy frente a ti, bueno, frente a la lápida, la acaricio con mis delgados dedos sintiéndola fría como un glacial pero quema como el fuego. Esta piedra con el busto del corazón de Jesús al cual tanta fe tenías guarda tu cuerpo inerte. ¿Sabes, madre? Tengo clavada una daga en mi apenado corazón que atraviesa mi cuerpo de parte a parte. Sigo sufriendo tu ausencia, paladeo tus abrazos y recuerdo tu decir “estate quieta, hija” cuando solía jugar contigo. Todos los recuerdos los tengo guardados en una caja de madera bien tallada. La cierro

con llave y esta llave la coloco en mi corazón, así podré abrirla de vez en cuando para que pueda seguir viviendo la niña de tu amor. Cada vez que abra la caja, saborearé los recuerdos, esos tan amargos como la hiel y con sabor a pimienta. Los otros, los dulces como la miel, perdurarán hasta mi muerte. ¿Sabes sobre mi elegía, madre? Cuando saboreaste el descanso eterno, quedó en mí un sabor destructor que rompió en pedazos mi triste corazón. Voy disfrazando mi pena con ligeras sonrisas. Voy cosiendo a retales mi vida por la desdicha de no tenerte. Digo bien madre mía, porque no sólo te perdí a ti, también perdía a mi hija. Pero te aseguro, que cuando llegue el momento de mi partida, te buscaré por doquier hasta encontrarte, allí, en la oscuridad de una oscuridad marchita. Y cuando lo consiga, quizás podamos estar juntas y abrazarnos para los restos como tú querías. Tengo que marcharme madre, Marcos va a cerrar la puerta del cementerio. Unas gotas de cristal irrumpen en mis tristes ojos de nuevo, pero sin embargo te sonrío. No quiero dejarte en esta soledad tan infinita. Pero sé que Marcos cuida de ti y eso me da la fuerza. Perdona por dejarte, otro día vuelvo para hacerte compañía.

ESCOJO...

Raquel Ballester Font

*E*l sueño nocturno y supuestamente reparador se interrumpe bruscamente, en mitad de visiones cotidianas sobre clientes, proveedores, cuentas, pérdidas, ganancias, reuniones, juego sucio por parte de los rivales o traiciones de los propios compañeros, reprimendas del jefe o parabienes de los superiores...

Encender la luz, sobresaltada, todavía aturdida. Es como no tomar conciencia de, como no ser, siendo, o no sentir, sintiendo.

Sin embargo, es preciso sobreponerse y siendo persona a medias levantarse de la cama. Deambular. ¿Adónde? ¿Qué ocurre? ¿Qué es todo ese escándalo de madrugada, esa confusión?

El niño berrea. Esta vez me toca a mí o eso creo.

El suelo está frío. ¿Dónde estarán las zapatillas? Me agacho y sin pensarlo, a tientas, palpo bajo la cama en busca

de ellas. De niña, me aterrorizaban los espacios no iluminados, se me figuraba que de esa negra inexistencia no volvería a salir si me introducía. Ahora, he actuado de manera refleja, por eso, cuando extraigo el brazo mi mano sujeta las dos zapatillas y no ha sido engullida por la oscuridad.

-Igor está llorando- señala Juan desde su lado de la cama. Su cuerpo enrollado entre sábanas y mantas, atrapado en su cobertura caliente de placenta. -Ya lo se. Ya voy.- replico con un leve tono de fastidio y enfado, tan leve que pasa inadvertido. Farfullo estas palabras somnolientas y sin alzar la voz a causa del cansancio.

Juan abría apenas un ojo y sus palabras eran una constatación de la obviedad producida por lo real. Su comentario no daba la impresión de esperar respuesta así que desconozco si me habrá escuchado. Juan sigue durmiendo o dormido.

Igor desde su cuna persevera en su llamada de atención y ni siquiera cuando lo cojo en brazos disminuye su desconsuelo. ¿Qué penas tan grandes puede tener un niño a tan tierna edad si todavía la vida no le ha castigado o es que acaso ya presiente lo que le augura el provenir? Le ruego que se calle. Le acuno. Le canto. Con él en brazos me dirijo a la cocina atravesando el pasillo largo, oscuro y lúgubre. No se me ocurre encender la luz puesto que el pasillo no es tan largo, ni tan oscuro ni tan lúgubre o puede que a causa de su largura, su oscuridad y su lobreguez mis piernas hayan apresurado el camino.

Escapo del pasillo.

Preparo el biberón como un zombi.

El cansancio es un peso muerto y tira de los párpados hasta los pies y hacia abajo.

Igor no se engancha al pezón de plástico. Una y otra

vez lo rechaza. Por lo que más quieras, Igor, guapo, Igor, bonito, por tu madre...

Reviso el pañal: ahí se localiza el problema. Una mancha marrón de heces se desparrama por la blancura de la tela. Apesta a mierda. El olor trepa hasta mi cara. Una vaharada se introduce por mis orificios nasales, se decodifica en las neuronas y llega al cerebro. Éste ordena una reacción. Desde el estómago parte una arcada de angustia y asco que remonta el esófago, eclosiona en la garganta y me obliga a abrir la boca en un amago de vómito, una simulación, pues no logro expulsar ningún líquido ni jugo. La única secreción son dos lágrimas que se precipitan mejilla abajo como dos goterones de cera.

Envuelvo el pañal y lo aparto de mi cara, de esta manera trato de sortear otro efluvio. Demasiado tarde. Emulando a la primera se repiten las nauseas. Más lágrimas.

Arrojo el pañal sucio a la basura. Coloco el nuevo bajo su culito.

Con unas toallitas de aseo perfumadas de agua de colonia limpio los genitales y el ano de mi hijo. Aplico polvos de talco para que no se le irrite la piel y abrocho el nuevo pañal.

-Ya esta, Igor, guapo, muac, muac, Igor bonito, Igor, ¿quién es el solete de su mami?, mi Igor, sí, sí, sí, muac, muac, me lo como...

El niño ríe demostrando que es un sinvergüenza y un caradura.

Me escuecen los ojos y me caigo de sueño. Mañana he de madrugar. En el momento en que todo puede regresar a la normalidad una nueva anomalía irrumpe: la cocina atufa a mierda. Al principio parecía normal. Me digo: acabo de cam-

biar un pañal y ese olor reciente entra dentro de lo preceptivo. Busco en los cajones un ambientador. Rocío con él toda la estancia. Aguardo unos minutos. “Aroma de pino”. No, no hiede precisamente a pino.

Pasado un tiempo, termino confesando: ¿Qué come este niño? ¿Con qué ingredientes cocinan los potitos, con bombas fétidas?

El ambiente de la cocina es hediondo y comprendo que, debería salir en batín a depositar la bolsa de basura en el contenedor. La ventana de la cocina da a la calle. Reflexiono unos instantes. La calle solitaria, círculos de luz circundan las farolas y más allá lo oscuro inexistente, el espacio que ocupan los gamberros, los violadores, los delincuentes, el espacio del terror. Estoy tan agotada y tengo tanto miedo. Desde la ventana de la cocina no sería difícil lanzar la bolsa y que cayera junto al contenedor. Cualquiera podría y más una ex jugadora de baloncesto en los salesianos. Agarro la bolsa y lanzo sin pensar a canasta como un yugoslavo en la línea de tres sobre la bocina. La arrojo sin fuerza. No va a llegar. Yugoslavia ya no existe. No juego a baloncesto desde los quince años. La bolsa se engancha en un toldo y se raja. Sobre el jardín de la vecina de la planta baja del edificio las latas y conservas llueven en un estruendo musical del aluminio chocando en metálica melodía sobre la piedra. Explotan los potitos de vidrio. Esparcidas por el verde tapiz del jardincito, por las baldosas de piedra del patio o por la fachada mondas de patatas o de naranjas, cáscaras rosáceas de huevo, los grumos espesos de los purés, el tintineo de los potitos de vidrio que milagrosamente no se han quebrado, la bechamel blanca de los canelones, los restos negros y rojos de las lentejas, el pañal...

Igor estalla en llanto por el susto ante el ruido del estropicio.

¡La luz de la vecina se enciende! Le tapo la boca al niño. Cierro la ventana. Igor se asfixia. Juan se ha levantado e irrumpe en la cocina.

-Pero, ¿qué haces? ¿Estás loca?- Le retiro la mano de la boca a mi bebé. Otra vez Igor explota en berridos. Juan me arrebató el bebé bruscamente.- ¿Es que quieres matarlo?

-Estaba manchado- explico con timidez, sin explicar, desolada. Muerta de miedo. El corazón me late a toda velocidad. Cansada. Exhausta. Que no mire por la ventana. Llevarlos hacia otra habitación. Las lágrimas me cubren la cara y esta vez no siento asco ni angustia, sino tristeza. Consigo apartar a Juan de la cocina.

-Ya me quedo yo con él, tú márchate a la cama.- No se da cuenta de que me está gritando.

Sin pensarlo un momento, ni darle oportunidad a que se desdiga retorno a mis pesadillas cotidianas. Abandonando a ambos varones en la mecedora del comedor. Igor más calmado. Juan inquieto y contrariado.

En cuanto toco la almohada el sueño profundo me rodea y me hunde y me embarga.

Al día siguiente, despierto.

Entro en la cocina.

-Buenos días- Cuando voy a darle un beso en los labios, Juan se zafa de mi ósculo y con sus ojos serios, desafiantes, me espeta:

-¿Qué hiciste ayer?- Brazos cruzados, mandíbula ligeramente alzada. Sus reproches me apuntan y su lengua dispara.

Quizá es tarde y se me ha olvidado prepararle el desayuno.

Quizá no he planchado su camisa.

Quizá he confundido los programas de la lavadora, le tengo dicho que no sé cómo demonios funciona.

Inicio al tun tun una disculpa.

- No acierto a entender qué me pasó, siento haberte dejado con el niño, entiendo que me tocaba a mí... He estado intranquila, el proyecto que he de presentar esta semana supone...

- ¿Pero qué niño, ni que proyecto? La vecina de abajo ha subido hecha un basilisco a pedir explicaciones porque dice que hemos arrojado desperdicios en su jardín, que hay basura desparramada por todo el primer piso del edificio. Se lo he negado, por supuesto, Entonces ella ha sacado un pañal y me lo ha puesto a tres centímetros de la cara mientras me gritaba, con toda razón por lo que se ve, que “¡somos la única pareja del edificio con un bebé!”. Qué vergüenza. ¿Se puede saber qué coño hiciste ayer?

No supe responderle. No me lo permitió. Su discurso ya estaba hilvanado. -Ya le he dicho a la vecina que vas a limpiarle el destrozo. Faltaría más. A ver si te centras un poco Mari, joder, que todos trabajamos y tenemos problemas, aunque no considero que seas la más adecuada para lamentarse que yo te ayudo mucho en la casa y con el niño, que no te puedes quejar, vamos, digo yo...¿No dices nada?

-Lo siento.

No percibió cierta ironía oculta. Tal vez no supe mostrarla.

-Bueno, vale. Serénate. Es que esto que has hecho es

muy fuerte. No lo entiendo...

-Lancé la bolsa desde aquí al contenedor...

-Qué locura, cariño, ¿cómo se te ocurrió?...

Bueno ya me lo contarás... (Ahora sí un beso en los labios) Me voy a trabajar. Ya desayunaré en un bar. Dejo yo a Igor con tu madre y lo recoges tú a la tarde. (Agarra al niño por los sobacos y lo introduce en la sillita homologada). Por cierto son las nueve y cuarto y a las diez tenías tu reunión, así que date prisa porque tienes menos de una hora para adecentar el jardín de la vecina, pobre mujer, arreglarte y salir pitando a currar...

Juan se marchó. “Todo es cuestión de escoger prioridades”, me aconseja siempre mi marido.

Las nueve y media. Termino de desayunar sin prisa, apilo los cacharros en la pila. Ni hablar de fregarlos.

“Todo es cuestión de escoger prioridades”, me repite siempre Juan, tan centrado, tan formal. Yo he escogido salir a la calle y ocultarme. He escogido aguardar a que la vecina se dé la vuelta. He escogido entrar en el coche. He escogido introducir la llave en el contacto, arrancar y poner primera en la palanca de cambios con rapidez. He escogido no atender a la carrera de la vecina hacia mi. He escogido, por el contrario, pisar el acelerador, soltar embrague. He escogido no hacer caso a sus gritos, reproches e insultos, qué poca preparación. He escogido observar en el retrovisor como su figura va reduciéndose de manera inversamente proporcional a como su cabreo se expande por el vecindario.

RENACER

Rebeca Bretones Garro

Blanca abrió los ojos antes de que sonara el despertador, sin apenas levantar la cabeza, vio que a fuera aún no había amanecido. Miró al otro lado de la cama y vio a Santiago aún dormido. Él prefería que le llamaran Santi.

En unos minutos tendría que levantarse; pero ya sabía que hoy tampoco tendría fuerzas de hacerlo. Veinte minutos después ya estaba sentada en la cocina tomando café. Santiago bajó, siempre olía tan bien y llevaba puesta la corbata que Blanca le regaló las últimas Navidades.

Un fugaz buenos días y un beso en la frente. Blanca esbozó algo parecido a una sonrisa, hasta sonreír le suponía un esfuerzo.

Observó a Santiago mientras bebía el café. Era un hombre atractivo, siempre bien vestido, los años no le habían hecho perder ni una pizca de encanto, eran muchos y sobre todo muchas las que opinaban que Santiago ganaba con los años.

-¿Qué vas a hacer hoy cariño? – preguntó él sacando a Blanca de su pensamientos.

-Quizá llame a Lourdes, quiero ir a hacer compras y me quedará allí a comer.

Blanca se quedó sola en casa, se sentía cansada, había mentido a Santiago; no tenía ganas de hacer nada, ni de ver a nadie.

No sabía lo que le pasaba desde hacía semanas o tal vez meses. No le encontraba sentido a nada de su vida, lo que al principio le había parecido un ideal de vida ahora le ataba a un mundo en el que no quería seguir.

Llevan casados dos años, aunque se conocen desde la universidad. Blanca estudiaba Turismo y Santiago Empresariales. Se conocieron en una fiesta. A Blanca le pareció el chico más guapo que había visto nunca y en cuanto le oyó hablar, supo que acabaría enamorándose de él.

A los pocos meses ya eran una pareja consolidada. El tiempo pasó rápido, terminaron la carrera y pronto empezaron a pensar en futuro. Después de un par de trabajos esporádicos pronto se estabilizaron; Blanca en una asesoría y Santiago en la empresa de construcción del padre de un amigo.

Blanca vio como sus amigas tomaban caminos diferentes, la mayoría se marcharon fuera de España, Blanca prefirió quedarse junto a Santiago.

Pronto llegó la compra de un pisito, eligieron cada detalle con una gran ilusión y un gran esfuerzo, era su sueño y lo vivían como tal.

Unos meses después la empresa en la que trabajaba Santiago empezó a crecer, se expandió por todo el país y a él le pusieron al cargo de la oficina de Madrid con noventa empleados a su cargo y un volumen de construcción cada vez

mayor. El sueldo se multiplicó por diez.

Blanca y él vivieron esto como la guinda de su felicidad, no importaba tener que dejarlo todo aquí, amigos, trabajo, familia, casa.... Lo que les espera era mucho mejor.

Buscaron casa a toda prisa y Blanca dejó su trabajo casi de un día para otro. El encontrar casa no fue muy complicado, nada más ver la casa en la que ahora viven Blanca supo que sería su nuevo hogar. Otro sueño cumplido.

Se casaron antes de marcharse a Madrid, el mismo día se celebró la boda, el ascenso de Santiago y la despedida de ambos camino de su nuevo hogar.

Los primeros meses en Madrid pasaron para Blanca tan rápido... había mucho que hacer en la nueva casa y Santiago se pasaba el día fuera.

Blanca se sentía feliz, hizo amistad con Lourdes a los pocos días de llegar, era la mujer de un compañero de Santiago. Quedaban muchas veces para comer o ir de compras.

Los sábados Santiago y Blanca iban a cenar a sitios preciosos. También hacían algún viajecito a los pueblos cercanos. Santiago le hablaba durante de la oficina y Blanca de lo que había hecho durante la semana. Su relación estaba en un punto en el que Blanca se sentía cómoda, relajada.

Blanca no recuerda muy bien cuando empezó todo a derrumbarse. Lourdes se quedó embarazada y ya no salían tanto juntas y Blanca empezó a sentirse sola. Santiago pasaba cada vez más horas en la oficina. Aunque esto no tenía porque afectarle tanto, pero... algo había cambiado.

Llevaba más de dos años sin trabajar y quizá era eso. Desde que a Santiago le dieron el ascenso nunca se planteó trabajar, el sueldo de él era demasiado alto para que ella tuviera que hacerlo.

Se acordaba de la universidad, las ganas que tenía de viajar, de vivir en otros países. No había vuelto a acordarse de todo aquello desde que conoció a Santiago y en cambio ahora lo tenía tan presente que se había convertido en un gran lastre que le impedía disfrutar de su “perfecta” vida.

Cuando llegó Santiago por la noche, Blanca tenía ganas de contarle:

- Cariño, me siento un poco triste.

- ¿Te ha ocurrido algo hoy?- preguntó él sin demasiado interés.

- No me ha ocurrido nada, hace tiempo que no me ocurre nada especial. -Blanca no pudo contenerse y empezó a llorar. Últimamente cualquier cosa le hacía venirse abajo.

-A lo mejor te vendría bien ir a Alicante y ver a tus padres.- propuso su marido.

A Blanca la idea de huir llevaba muchos días rondándole la cabeza, cada mañana se quedaba horas en el sofá imaginándose que se iba para siempre ¿Qué le estaba pasando?

Tenía 31 años, una casa, más dinero del que podía gastar, un marido guapo y atento... y en cambio no podía más. Se sentía frustrada, vacía, sin alicientes. Rodeada de gente, pero sola. Sin horarios ni obligaciones, pero atada.

Se lo contó a Lourdes y ésta feliz con su bebé le animó a que ella también tuviera uno. Según su amiga un hijo la ayudaría...

¿Y si se había desenamorado de Santiago? No, no era eso. Le miraba y le seguía pareciendo aquel hombre encantador que conoció en la universidad. El problema no era Santiago, era ella.

A la mañana siguiente volvió a despertarse antes de que sonara el despertador, pero esta vez sí tenía fuerzas. Se

había pasado hasta muy tarde pensando, haciéndole creer a Santiago que dormía mientras él veía la tele. Lo había visto claro, no era feliz y sabía lo que necesitaba para conseguirlo. El darse cuenta le supuso un shock. Pero a la vez un alivio. Ahora venía lo más difícil.

Le dijo a Santiago que esa tarde cogería el tren hacía Alicante, pasaría unos días allí. Santiago se despidió de ella como todos los días.

Blanca se asomó por la ventana, le vio subir al coche y presintió que esa sería la última vez que lo vería en mucho tiempo. “Llámame cuando llegues”, las palabras de Santiago se le estuvieron repitiendo en la mente durante varios minutos.

Le había dicho que esa noche ya no estaría en casa, pero no había avisado a su familia, ni mirado el horario del tren. No pensaba ir a Alicante.

Cogió su maleta y empezó a meter cosas, no sabía qué llevarse pues no sabía donde iba ni para cuánto tiempo. Pero se dio cuenta que esa maleta se le quedaba pequeña y cambió todo a otra más grande. Miró a su alrededor: había cogido ropa, sus cosas del baño, llevaba la cartera, la tarjeta de crédito...

En una hora ya estaba lista. Pidió un taxi y se sentó a esperar. Echó un último vistazo a su alrededor. Vio junto a la tele la foto de la boda, hacía meses que no se fijaba en la foto. Por un momento pensó en anular el taxi, deshacer la maleta y olvidarse de todo. Su sonrisa en la foto, la tenía hipnotizada, hacía tanto tiempo que no sonreía así...

El taxi había llegado. Salió de la casa con miedo, las fuerzas le estaban empezando a fallar. Subió al coche y con voz temblorosa dijo:

- A la estación de Chamartín, por favor.

No miró atrás ni un momento, no quería, no podía. Pero lo que ella no sabía es que a partir de hoy nunca más miraría para atrás.

Tardaría casi una hora en llegar la estación, en Madrid todo está tan lejos. En la radio sonaba una canción de Ricardo Arjona:

“...Si todo era tan bello, dime amor que nos pasa, hoy ya no somos ni amigos, no cabemos en casa, ay amor tan ingrato quítame sólo una duda, si eres tú el que te mueres o soy yo el que te mato...”

Se acordó de Lourdes. No la había avisado. Ya la llamará.

Llegó a la estación, había muchísima gente y no sabía a donde tenía que ir. Se dirigió a la zona de salidas. Efectivamente en dos horas salía un tren a Alicante, también había salidas a Ávila, Valencia y Granada. Y las internacionales a Lisboa y a... PARÍS.

París... Iría a París, no había duda. Desde que tiene uso de razón ha querido visitar esa ciudad. Después de la boda iban a ir pero las prisas de la mudanza se lo impidieron y ahora el destino se lo ponía delante. Porque su destino era París.

Se acercó a la ventanilla y después de unos minutos ya tenía su billete en la mano, aún quedaban varias horas para salir pero no le importaba. Sólo podía pensar que al día siguiente iba a amanecer en otro país, en otra cama... Se sentó a esperar.

Ya podía subir en el tren, buscó su asiento y se sentó, quería que el tren saliera ya. Su mente iba más rápido que cualquier tren. Pensó en Santiago, a esta hora estaría a punto

de llegar a casa, si no le llamaba esta noche se preocuparía y llamaría a sus padres. Le mando un mensaje: “El tren se ha retrasado, he llegado bien, ya te llamó”. Mañana ya vería que hacía.

Cuando el tren entró en la estación de París ya hacía horas que había amanecido. Blanca cogió su maleta y bajó apresuradamente como si alguien la esperara, se paró en el andén frente al cartel que ponía Gare de l’Est y por primera vez en mucho tiempo esbozó una sonrisa igual que la de la foto que se había quedado ya a tantos kilómetros de distancia, junto a la tele del salón.

Tantas horas de viaje y no había pensado que iba a hacer al llegar a París, lo mejor sería buscar un hotel donde dejar las cosas, asearse y organizarse. Cogió un taxi y en pocos minutos estaba en la puerta de un hotel de mediana categoría, tenía buena pinta.

Pidió habitación para cuatro noches, no sabía si al día siguiente seguiría allí pero fue lo primero que se le ocurrió. Lo que pasó los días siguientes a la llegada sería muy largo de contar.

Recorrió la ciudad como una turista más, visitó cada museo, cada catedral, cada calle de París, practicó el francés que hace tantos años estudió y volvió a sentirse libre.

Al segundo día de marcharse, le mandó un mensaje a Santiago diciéndole que no iba a volver y que no la llamara. Si él lo hizo o no, no lo sabe, ya que después de llamar a sus padres, tiró su móvil en la primera papelería que se cruzó.

Se propuso dedicar los próximos días a buscar trabajo y piso. La búsqueda tanto de una cosa como de otra no fue fácil, miró muchos anuncios, fue a muchas entrevistas y vio varios pisos.

Justo al mes de estar en París se instaló en la que a partir de entonces sería su nueva casa. Un pequeño piso cerca del centro. Comparado con su casa de Madrid se podría decir que era un piso muy humilde, pero Blanca no necesitaba más.

Lo del trabajo tardó un poco más, pero también llegó. Una pequeña tienda de souvenirs, el horario era bueno, el sueldo le permitía pagar el alquiler y darse algún capricho y estaría todo el día practicando el idioma con personas de todo el mundo.

El trabajo hacía que las semanas se pasaran volando, sólo tenía un día libre y lo dedicaba a limpiar la casa, dormir hasta más tarde o salir a tomar algo a algunos de los muchos cafés que hay junto a la catedral de Notre-Dame.

Hizo muchos amigos, con los que nunca hablaba de España. Era como si España se hubiera quedado tan lejos... Era como si su vida hubiera empezado el día que llegó a París.

No llamaba muy a menudo a casa, no quería dar explicaciones. Sus padres estaban preocupados. Ellos creían que era mejor que volviese y que lo arreglase “todo”. No les preguntaba sobre Santiago y si ellos sacaban el tema Blanca se despedía rápidamente.

Se acercaba la Navidad y en el trabajo le preguntaron si quería unos días de vacaciones para ir a casa. La verdad es que no lo había pensado ni sabía si quería volver. Era duro decirlo, pero no echaba de menos nada de allí. Aunque se dio cuenta que lo que tenía era un miedo atroz a enfrentarse a lo que había dejado.

Se pasó unos días pensativa, salía a pasear todas las noches por una zona cercana a la tienda. Sus compañeros de

trabajo sabían que lo había dejado todo por irse a París, y aunque no había profundizado mucho en el tema con ninguno de ellos todos conocían su historia. Un día Pierre, su compañero, le dijo:

- Te preocupa lo que te vas a encontrar a la vuelta ¿verdad?

- Me aterroriza- se sinceró ella.

- Hasta que no seas capaz de enfrentarte a ello, no lo habrás superado. Huir es de cobardes, lo fuiste haces seis meses y ahora vuelves a serlo. – dijo Pierre en un francés tan cerrado que a Blanca a veces aún le costaba entender.

¿Huir? Blanca no había sentido que estaba huyendo en ningún momento... hasta ahora. ¿Por qué no le explicó a Santiago lo que le pasaba? ¿Por qué no le pidió el divorcio y se volvió a Alicante? ¿Qué le empujó a HUIR de esa manera? Desde el día en que salió de casa con destino a la estación había sentido una gran valentía. Y en cambio todos pensaban que era una cobarde. ¡Qué contradicción! Avisó a sus padres y organizó su viaje a España.

Según bajaba del avión le temblaban las piernas más que cuando se marchó. Vio a sus padres esperándola en la sala de llegadas y se derrumbó. Le abrazaron con tanta fuerza que sintió que junto a ellos nada malo podría pasarle, y entonces se dio cuenta de lo que les había echado de menos. Al contrario de lo que ella creía no le reprocharon nada, ni le preguntaron. Les contó cosas de su trabajo, de la ciudad, de su pisito....

Era diciembre y hacía sol, eso también lo había echado de menos. Llegó a casa de sus padres y nada más abrir la puerta Blanca lo supuso todo. Sabía que Santiago estaba dentro, le habían avisado. Efectivamente, allí estaba.

Se levantó del sofá, su cara no era su cara. No era él. Había perdido por lo menos diez kilos. Tenía arrugas, había envejecido. Blanca quería decirle algo pero no le salía nada. Él la abrazó y sólo lloraba. No sabe cuanto tiempo duró ese abrazo, a Blanca le pareció eterno. Ella seguía inmóvil sin tocarlo, sin llorar.

-¿Por qué estas tan fría, Blanca? – preguntó él - Te he llamado mil veces, he ido a buscarte ¿Qué has hecho con nuestra vida?

¿Y que hiciste tú con la mía? Pensó Blanca, pero no se atrevió a decirlo. Había sido una mala idea volver, sus padres aun esperaban que se arreglara todo y la habían hecho una encerrona. Siempre pensaron que Santiago era un buen partido para ella, y esta locura de su hija se escapa de su entendimiento.

Santiago volvió a Madrid y Blanca le prometió que iría a hablar con él antes de marcharse. Pasó las navidades deseando que terminaran. El día de Reyes se despidió de sus padres y se fue a Madrid.

Lo primero que hizo fue ir a ver Lourdes. Al principio la encontró fría, no entendía porque no le había contado nada de lo que le pasaba. Blanca vio en su amiga la misma vida de la que ella había huido. Lourdes reconoció que en el fondo le envidiaba la valentía que había tenido yéndose. Ella nunca lo haría, tenía un nivel social y económico más alto del que había soñado nunca, y eso para ella estaba por encima de todo. ¿Quién era la cobarde ahora? – pensó Blanca.

Llegó a su casa. Santiago la estaba esperando. Ya no tenía miedo.

Santiago parecía más débil que nunca, más pequeño que nunca. Todo seguía como cuando ella se marchó. La foto

de la boda, sus libros... Él no había quitado nada. Llevaban meses sin estar a solas.

- ¿Por qué no hablaste conmigo? ¿No me merecía una explicación? ¿Pensaste alguna vez en como me quedaba yo, en lo que estaba sufriendo? – dijo Santiago rompiendo el hielo que había entre ambos.

- No – contestó Blanca sin atreverse a mirarle a la cara

- ¿No? ¡Blanca! ¿Qué te ha pasado? – Santiago se desesperaba cada vez más al ver la frialdad de la mujer que tanto amaba. No la reconocía.

- Santi, me sentía asfixiada. Vacía, sin vida, sin ideales. Adapté mi vida a ti, deje de lado mis sueños sin darme cuenta y ...

- ¿Tus sueños? Creía que tu sueño era tener una buena posición económica, una casa como ésta, un hijo... Esos eran tus sueños.

- Esos eran tus sueños, Santi. No los míos. Dile al abogado que preparé los papeles, te daré una dirección donde mandármelos, yo no quiero nada.

Blanca salió de casa, esta vez ya no le temblaban las piernas, esta vez sí se atrevió a mirar atrás. Quería ver el lugar en el que había vivido presa tanto tiempo, sabiendo que ya nunca volvería. Sabía cuáles eran sus sueños y el camino que tenía seguir para llegar a ellos. No se arrepentía de nada, con Santiago había vivido el amor de una forma muy intensa, pero tenía que pasar esa página de su vida. Tenía que ser la mujer que siempre había querido ser. Quería ser libre, quería ser ella.

Cerró la puerta, oyó como Santiago al otro lado se echaba a llorar. Blanca miró al frente, el sol brillaba con más

fuerza que antes o al menos eso le parecía a ella, sabía que ahora sí lo había logrado.

El taxi llegó. Su destino esta vez: hacia la libertad

UNA HABITACIÓN SIN VISTAS

Andrea Gallardo Domingo

“*Wasat*” significa, el término medio entre dos extremos. Se tiende hacia un equilibrio entre razón y pasión. Pero, esta palabra no existe en nuestra lengua, no se refleja en nuestra civilización, no se enseña a vivir su significado ni en los colegios ni en las familias.

Estaba harta de tanta ñoñería, Capi, Mariví, Mariló, Maripú, Presen, Josema. Ni Vera ni Nadia, o para entenderlo ni Fe ni Esperanza, faltaba Caridad. Estaba ya irritada por diminutivos cursis que se ponen las mujeres que tienen nombres feos y eso abundaba en su mundo. Ella se llamaba María, así de sencillo, ni Myriam, ni Mary, ni Marie. Era española y quedaba claro. Aunque bien pensado si tuviera un nombre camuflado sería quizá beneficioso para como estaban las cosas últimamente en la empresa, ya que había que demostrar a cada momento una especie de “pureza de sangre nacionalista” que exigían paradójicamente los que provenían de otras

comunidades. Parecía mentira que el país entero estuviera inmerso en un proceso de multiculturalidad, con gentes que venían de todos los lugares del globo. La empresa era más chovinista que nunca y se consideraba el ombligo del mundo.

Hizo un gesto con la mano para ahuyentar estos pensamientos y miró el documento para concentrarse en su resolución, ¿qué le había llevado a pensar en los absurdos nombres que pululaban por allí? Ah, sí, todo había comenzado cuando llamó a primera hora para consultar unos datos y la voz al otro lado del teléfono brotó como una furia, -no soy Eugenia, soy María Eugenia-.

Las manos sin anillos, con las uña cortas y pintadas ese día de color blanco, estaban acostumbradas a mil tareas diversas, pintaban paredes, limpiaban, ordenaban, cocinaban, acarreaban cargas, acariciaban las páginas de los libros y la piel del ser amado, tecleaban sin descanso, escogían, curiosaban y denegaban. Eran unas manos vividas pero todavía sin arrugas ni manchas, ávidas de conocimiento. Las manos de María cerraron el expediente, recogieron el abrigo, el bolso y los libros y se alejaron por el corredor en busca de las escaleras, para conducirla hacia un oloroso té que la estaba esperando.

Todos los días que la dejaban tranquila realizaba el mismo ritual. Tomar el té hojeando las páginas de un libro amigo era el mejor placer de la mañana. Esto no era tan sencillo de conseguir, pues en demasiadas ocasiones alguna compañera quejica, como a la que ya llamaba “Doña Angustias” aparecía de pronto y comenzaba con su larga lista de lamentaciones, que siempre eran las mismas ya que no era capaz de buscar soluciones. El café estaba lleno de clientes a esa hora

y con sus conversaciones en alta voz hacían muy complicada la concentración en el libro, pero María conseguía aunque fuera durante un breve minuto crear un oasis de serenidad para afrontar el resto de la jornada. En el otro extremo se sentaban los altos mandos, que nunca se mezclaban con los escalafones inferiores, pero eso a ella no le importaba, prefería este distanciamiento y no tener que escuchar sus historias.

Ese día no era de los deseables. Una compañera con rostro ojeroso la vió y se sentó sin preguntar a su mesa. María dejó las gafas sobre el mármol y el libro en su regazo y esperó pacientemente la queja. -Pareces Atenea sin Olimpo- le dijo a la recién llegada. -¿Qué dices?, siempre estás con cosas raras. -¿Te has fijado en la pequeña fuente presidida por una ninfa portadora de un cántaro? Hay dos pececillos de color rojo que reinan sobre su diminuto universo. Le insistí, para distraerla-.

-Caramba, cada día estás peor, leer tanto no debe ser muy bueno. Deberías salir más y ligarte a un tío, llévartelo a casa y como hacen ellos, ya sabes, usar y tirar. Ah, y que no manche nada, que luego hay que limpiar y mejor que se duche en su casa-.

Comprendí que ella estaba irritada y no hice caso de su comentario aunque ya comenzaba a cansarme de sus tonterías.

- ¿No te has enterado del nuevo reparto de la tarta?. Le van a subir el sueldo a un montón de gente, a los de siempre, y nosotras nos quedamos igual-. Tomé un sorbo de té y sin molestarme la miré fijamente a los ojos.- Es lo de siempre-, le dije, - pero nosotras no tenemos que hacer trabajitos extras, ¡ya está bien, disfruta de la vida!-. Pero continuó hablando sin parar de lamentarse hasta que regresamos y cada una ocupó su puesto.

María subió a lo que ella llamaba “su palomar”. Se escuchaba rabiosamente el ruido que producían los aparatos de aire acondicionado del edificio y la ventana que daba al patio interior vibraba. En aquel lado de la planta sólo trabajaba ella, aislada en un diminuto despacho sin luz exterior, pero no le importaba mucho, al menos disfrutaba de cierta tranquilidad. Había cierto trasiego, pues el personal subía a fumar a la terraza o al pasillo que conducía a ella. Se quejaban de que allí no llegaba el ascensor y llegaban jadeantes. En la terraza habían colocado una antena de telefonía móvil. La empresa recibía anualmente una cantidad irrisoria, pero había considerado adecuado instalarla, con ella podría pagar dos vinos de honor de los muchos que se celebraban. Algunas personas habían protestado, pero la mayoría se olvidó con rapidez. No existían todavía informes fidedignos de la peligrosidad de aquellos artefactos. La empresa se había negado a realizar un prueba para medir las radiaciones.

Le llegó el humo de quienes fumaban sin salir al exterior. No sabían que ella trabajaba allí, o les resultaba indiferente. Esto consiguió molestarla un poco y sin querer recordó otras extrañas actitudes. Realmente el personal de la empresa cada vez estaba más raro, ¿les estaría afectando la dichosa antena? Casi nadie saludaba a los demás, no sólo se había percatado ella, más personas lo constataban. Aunque habría que puntualizar que también existía el saludo selectivo. Esta situación era particularmente molesta cuando varias personas esperaban el ascensor y llegaba otra que saludaba a una en especial, haciendo singular énfasis al decir su nombre. Los demás... nadie decía nada. Otra curiosidad era la del lavado de señoras. Tenidas generalmente por más finas que los hombres, algunas empleadas de la empresa golpeaban con

violencia las puertas y salían sin lavarse las manos. Y todo continuaba igual... nadie decía nada. La situación del correo era ya desesperante e incluso peligrosa. No existía personal subalterno que realizara esta tarea y había que buscarse la vida. Habían ascendido.

Las jefaturas pululaban y resultaba cada vez más complicado saber quién era quién y qué hacía.

María llevaba muchos años en la empresa. Era una jefa de cuarta división por los menos. Eso sí, tenía mucha responsabilidad y funciones que realizar. Su principal fallo era no haber tenido nunca un mentor que la lanzara al éxito. Su segundo fallo era no ser del lugar. Su tercer fallo, no saber adular. Y así..., muchos fallos completaban su *curriculum* repleto de cursos y memorias de formación.

Hacía sólo unos días había leído un texto de Clara Campoamor en el que hablaba “del desprecio del hombre hacia la mujer, en cuanto no fueran íntimos esparcimientos o necesidades caseras, imprimía a las relaciones de los sexos”. Esto le había llevado a reflexionar una vez más en la situación contemporánea de la sociedad. Habían pasado muchos años desde que Clara Campoamor consiguiera el voto para la mujer y se quejara de la desigualdad existente. ¿Pero y en la actualidad?, ¿realmente se había avanzado tanto como se afirmaba por doquier, como las mismas mujeres creían? María pensaba que no. Todavía quedaba mucho, mucho por hacer. Había que añadir una tercera actividad a la expresada por Clara Campoamor y era la de segundonas en el trabajo. Pocas mujeres ostentaban los primeros puestos de poder en las organizaciones de todo tipo. La inmensa mayoría continuaba desarrollando trabajos encaminados a ayudar a triunfar a los hombres, a allanarles el terreno de dificultades. Una horda in-

menza de mujeres subalternas llenaba las ciudades del mundo, dispuestas a satisfacer a los hombres en sus más mínimos caprichos, y esto en el siglo XXI. Nunca como hasta ahora se habían encontrado ellos tan a sus anchas, y sin embargo se quejaban en todos los foros del avance desmesurado, sin contemplaciones, de la mujer, que los dejaba atrás, que utilizaba sus mismas armas para atacarlos, que era enemiga de la propia mujer.

Ella no pudo evitar una sonrisa triste. La prostitución brillaba más que nunca, las ramerías se jactaban de serlo en los medios de comunicación, y era incluso un honor para sus familias que desempeñaran ese comercio. Las empleadas de hogar eran mujeres que tenían que ayudar a otras mujeres para que pudieran salir de sus casas y conseguir un dinero para poder vivir. En la educación, la sanidad, los servicios de todo tipo, las mujeres eran legión. Continuaban desempeñando los roles tradicionales de servicio a los demás. Debían continuar teniendo descendencia y ser bellas e ingeniosas para no aburrir a sus parejas. Cuando comenzaran a envejecer serían sustituidas por otras más jóvenes. No había problema, la situación era similar a la antigua esclavitud, siempre habría mujeres de reemplazo. Si en un determinado país no las hubiera, el abanico se abriría con las extranjeras, que eran más sumisas y condescendientes. Podían los hombres sin temor continuar escalando puestos, vivir embrutecidos por el disfrute inmediato de las cosas, sin reflexionar, sin valorar. Allí estarían ellas, las mujeres, eternamente dispuestas a satisfacerles en todo. Sólo había cambiado la imagen, la apariencia, la conciencia de las mismas esclavas de creerse libres.

Eloisa entró bruscamente en el despacho. Estaba a punto de llorar.- María no puedo más, voy a gastar el poco

dinero que tengo en operarme. Así, tan plana no puedo gustar a ningún hombre-.

Ella estalló ya de rabia. Así no había forma de trabajar. Se levantó y abrazó a Eloisa para intentar calmarla mientras se esforzaba para encontrar un argumento que pudiera entrar en aquella cabecita loca. Su compañera era anoréxica y estaba en los huesos. Hacía pocos meses había vislumbrado el túnel brillante. No confiaba en sí misma y no encontraba un camino en su vida. La superficialidad y la ambición más que la enfermedad la estaban matando. Rechazó los consejos y le espetó a la cara

-Claro, tú estás gorda, pero lo llevas con dignidad-. Enfadada se marchó y no le volvió a dirigir la palabra.

Me quedé sentada con mis sesenta kilos de gordura, mis fatigados ojos que ya habían sido operados pero que seguían siendo asediados por la pantalla del ordenador, mis canas y mis arrugas incipientes. Me acompañaban mis cuarenta y cinco años invisibles y mi 1'67 de altura que ya empezaba a doblarse por el dolor cervical y la tendinitis de los brazos por el tecleo de muchos años. Me quedé sola en “mi palomar” sin sufrir por el pago de la hipoteca y todo lo demás, por no tener ahorros, propiedades ni hombre con quien compartir el lecho. Vi ante mí al director cuando me dijo que valía mucho pero que le iban a dar un interesante puesto a una recién llegada, amante del presidente, mujer casada y del lugar, de una familia bien venida a menos a la que se debían favores. Prostitución chovinista, pensé en aquel momento. Me quedé sola en aquella “habitación sin vistas” que estaba llena de mi universo, donde yo era la señora del castillo y la corrupción y la tristeza quedaban una planta más abajo, porque allí, ya se sabe, no llega el ascensor.

Un día más, lleno de trabajo bien hecho, de encuentros y desencuentros. Al día siguiente en el café cotidiano me esperaba mi aromático té y mi amigo el libro. Y sonreí ya tranquila por haber conseguido que se alejaran los fantasmas y se desvanecieran las sombras. El techo de cristal era efímero y se podían ver las estrellas aunque ya hubieran muerto.

L A PROFESORA DE TAI-CHI

Ángela Izquierdo Zaragoza

A mi padre, porque desde su cielo me sigue enseñando.

*B*usqué esta habitación para huir de mi vida o, lo que es lo mismo, para cometer el último acto de ella, después del cual yo no existiría. Me encontraba vacío exhausto y sin lo necesario para seguir adelante: ganas de vivir.

Mis escasas energías las reservé para encontrar este lugar y para pedir un permiso sin sueldo en mi trabajo que me llevó algún tiempo conseguir. Desde aquella habitación, desde lo alto de aquel mirador quería pasar mis últimos días sin mayor esfuerzo que el de abrir las ventanas por las mañanas y cerrarlas al anochecer. Ignoraba cuántas veces cumpliría con ese rito.

Mi salud no era mala, era mi cabeza la que permitió que una tristeza extraña invadiera mi cuerpo hasta el punto de contagiar mi alma.

Sin ser muy consciente de ello fui decidiendo que ya no merecía la pena buscar porqués, y me alejé, sin explicar nada, de la familia y los amigos.

La poca claridad que me quedaba la reservé para recorrer la ciudad y escoger este lugar.

El piso era muy pequeño, pero sólo me interesaba la ventana del mirador. No tenía más deseo que el de dejar que mis ojos se entornaran y al abrirse no descubrieran restos de un pasado que me había dejado maltrecho.

Empaqueté unas pocas pertenencias y me mudé a finales del invierno.

Los días comenzaban a alargarse pero el frío y la humedad todavía se colaban por las juntas de las ventanas.

No había muebles, así que tuve que comprar un colchón que puse sobre mi alfombra turca en el suelo, cerca de la ventana.

Improvisé una cortina con una sábana de colores estridentes y cerca de ella coloqué el único elemento natural de aquel provisional espacio: un bonsái de minúsculas pero frondosas hojas verdes.

Del rastro conseguí una mesa y un par de sillas. Apilé parte de mis libros junto a la entrada de la habitación, en el salón comedor, y en el baño puse un par de baldas de madera apoyadas sobre un par de ladrillos y coloqué el resto. Las dos estancias quedaban inmensas a pesar de contar con reducidas dimensiones, al estar prácticamente vacías.

Decidí no comunicar a nadie mi nueva dirección porque en el fondo sabía que no estaría demasiado tiempo.

Todo está empañado ahora, sólo recuerdo que me sentía dispuesto a acabar con mi existencia.

Desde aquel mirador escribiría a mi familia y amigos

la última carta. ¡Qué Ironía! Años atrás me habían contratado como experto informático en correos para mejorar la gestión de archivos y distribución de todas las oficinas de la ciudad. Sabía perfectamente qué tumbos daría mi carta de despedida.

Conocía a los carteros que la depositarían en los buzones. Me imaginaba la cara de atónitos que pondrían mis superiores al enterarse de mi suicidio, pues no he dado pista alguna de mi angustia, no he faltado al trabajo, no he cambiado mis rutinas.

No, nadie imaginará al principio que se trata de un suicidio. Pero no tengo tanta prisa. Acabo de mudarme y siento que no puedo suicidarme todavía. Me quedan cabos sueltos que atar al respecto.

Mis maestras me animaron a dar estas clases. Ya estás preparada, me dijeron, debes continuar tu aprendizaje, pero enseñando lo que sabes.

Soy profesora de Taichí. Con los movimientos giro y siento girar el mundo.

Lentamente. En este centro el ambiente es muy agradable. Viene gente de todo tipo y a todos parece interesarles mis clases. Disfruto preparándolas, preparando la música para las sesiones. Me gusta ver cómo progresan lentamente los más gráciles y cómo salen de su estancamiento los más torpes.

Hay tanta rigidez involuntaria!. A veces las clases fluyen y nos invade a todos una agradable sensación de pertenencia; otras no es así. La tabla queda entrecortada y mis alumnos olvidan las posturas que originan cada giro y sin estos, sin los giros, el movimiento se interrumpe. La vida es toda movimiento.

Tengo un recuerdo antiguo. Un viaje familiar a Estambul. Una de las atracciones turísticas más enigmáticas resultó ser la de los derviches giróvagos con sus gorros de fieltro rojo y sus faldones blancos.

Podían estar girando durante horas, con música imperceptible de fondo, y ese constante girar, desafiante de la gravedad y de mi concepto de resistencia humana, requería algo más que habilidad. Requería disciplina de concentración y apoyo en el otro. Cuando un bailarín derviche comenzaba a sentir que perdía su punto de apoyo, buscaba con la mirada a otro bailarín y se establecía entre ellos una conexión mágica de equilibrio que recuperaba el eje del que iba a caer.

Observé este acto de comunicación íntimo varias veces durante el espectáculo que duró un par de horas. Sólo las notas de los laúdes que acompañaban cada giro experimentaba, a veces, pequeñas variaciones que los derviches parecían no atender. Los bailarines, medio monjes, vivían el movimiento de girar como el acto supremo de su danza, relajaban el cuello que ladeaba suavemente la cabeza y giraban sin parar. Dejando que los brazos sin peso siguieran a su ritmo el movimiento.

Desde donde estábamos, en el piso de arriba de una pequeña mezquita parecían libélulas voladoras de alas blancas, veloces girasoles persiguiendo a un sol travieso o estrellas fugaces confundidas en el firmamento, girando sobre su propio eje. Su movimiento era realmente como el de las peonzas que lanzábamos de niños.

Daba igual que estuvieran bailando en el espacioso centro de una mezquita o en el imaginario espacio de una maroma. Siempre que se estuvieran mirando para evitar la

caída esta no se produciría.

Hace muchos años que vi este baile, pero aún lo recuerdo.

Lo dejé en mi memoria sin saber que años más tarde yo podría servir de apoyo a quienes titubeaban con los movimientos en mis clases, a quienes estaban a punto de perder el equilibrio. Justo igual que mis maestras habían hecho conmigo.

Llevaba dos días instalado y no había salido del piso. Comenzaba a necesitar algunas cosas pero me aferraba a ese espacio como nos aferramos al útero materno antes de nacer.

Dormitaba. Hacía algún boceto de la vista desde aquel mirador y dejaba que mis ojos se perdieran entre los perfiles de los tejados de las casas de aquella barriada. Siempre me ha gustado pintar.

Si giraba los ojos a la izquierda veía un pequeño jardín de barrio con altos árboles que ahora, por ser invierno todavía, no lucían ninguna hoja.

El invierno es malo para los suicidas. Su gris parece invitarte a sospechar que no eres nadie y que en el fondo, ningún paisaje te echará en falta, nadie reclamará tu presencia.

Al tercer día los vi. Era domingo y la mañana tímidamente soleada. Medio dormido miré el reloj y recuerdo las once. Me fijé en que en el jardín se movían armoniosamente unas figuras, no más de siete, que parecían seguir una pauta lenta pero coordinada de movimientos. Movían sus brazos y las palmas de sus manos creando entre ellas figuras imaginarias, ahuecando los dedos para sostenerlas. Movían los pies lentamente, y a intervalos se quedaban en posiciones de equilibrio. Me quedé tras la cortina un buen rato, como hipnotizado por aquel baile extraño. Seguirles con la mirada me

dejó profundamente relajado. ¡Qué contraste! Yo que había vivido sumergido en el constante cambiar de pantallas parpadeantes de información, creando programas informáticos que hacen aparecer y desaparecer vertiginosamente datos de un monitor!

Me parece más completa la sesión cuando podemos hacer la clase de Taichí en un jardín. Entre árboles y pisando tierra, los ejercicios cobran mayor sentido. Aunque, claro, para los principiantes resulta más difícil y están siempre demasiado pendientes de su equilibrio. Es entonces cuando fijo mi mirada en el que intuyo que está a punto de perder su eje. Dirijo mis ojos a los suyos hasta que siento que recupera la confianza en sus movimientos.

Hay alguien que nos está mirando desde el ventanal de un edificio cercano.

Hasta hace poco creía que estaba vacío pero han puesto cortinas de colores y ahora se mueven. Creo que hay alguien detrás y nos está observando.

Forman un grupo y no parece que nadie tenga demasiada prisa por la lentitud de sus movimientos. Oigo el maullar de un gato muy cerca de mí y me giro. No sabía que ningún vecino lo tuviera. Quedó claro en la agencia a través de la que alquilé este piso, que la familia dueña de la finca no admitía animales domésticos.

Recuerdo por qué estoy aquí y me apremia saber qué paso debo dar. No quiero que corra más el tiempo. Debe ser pronto, tal vez hoy, tal vez ahora.

Las píldoras están preparadas, sólo tengo que abrir la caja en la que las escondí para que ella no las descubriera.

Cuando te dejan de amar, el golpe es duro. Es violenta la percepción de tu soledad, inmensa la sensación de vacío

punzante. De pronto se rompe el hilo que te unía al mundo porque quien te ayudaba a darle sentido te abandona. Te quedas solo, como la playa de un mar en calma cuando llueve, como un campo extenso desprovisto de árboles bajo un cielo sin nubes, como entrar solo en el cine una tarde en la que todo son parejas susurrándose deseos al oído.

Ahora. Va a ser ahora. Sigo oyendo maullar a un gato, pero cada vez más lejano y más lentamente.

Harán su efecto pronto. Las he tomado todas. El gato se está apagando. Suena el timbre y no lo reconozco. Sigue sonando y no puedo reaccionar. Todo me pesa, todo gira. Las náuseas suben desde los tobillos hasta las pestañas y no puedo despegar los labios. Creo que llega el momento que he estado buscando.

¡Abra la puerta! ¡Abra por favor! Y en medio de estas palabras maúlla un persistente gato cerca de mi oído. ¡Qué confusión!

¡Abra! La voz infantil me apremia pero no logro mover mis piernas. ¡Por favor déjeme entrar, mi gato ha saltado desde el piso de arriba y está en su balcón! La fuerza de esa pequeña voz me ayuda a encontrar un apoyo con el que levantarme, estiro el brazo, le abro por fin la puerta y me derrumbo con el rápido eco de sus inconexas palabras. Después ya no recuerdo. Creo que estaba todo oscuro.

Esta semana ha pasado volando, además ha cambiado el tiempo y el sol es algo más fuerte. Las tardes tienen más luz y la gente comienza a vestirse de colores. Mis alumnos ya se conocen bien la primera y la segunda tabla. Tengo proyectos para la primavera. Han ampliado mi horario en el centro y con lo que me pagan ahora ya voy más desahogada. Hacer

Taichí no me cuesta ningún esfuerzo, y sobretodo me relaja. Si los días son buenos comeré en el parque.

Mi nuevo horario me sigue dejando libre a las cinco y puedo recoger, como siempre a María del colegio.

Ya ha pasado una semana! Me siento todavía muy débil. Andrés baja a verme cada vez que se queda con su abuela, la auténtica dueña del gato. Está muy orgulloso de haberme salvado la vida. De momento no voy ha decepcionarle.

Su familia me mira con recelo, pero su abuela y él bajan a verme y me distraigo con sus visitas. Se trata de los únicos seres con los que mantengo alguna relación directa.

Bueno, luego está ella. La llevo observando desde hace unos días. No se quién es ni por qué me atrae tanto mirarla. Sólo sé que me siento bien viéndola moverse, viéndola girar y formar con los brazos figuras en el cielo. Su cuerpo pequeño se convierte en dueño del universo en cada gesto. Su expresión no cabe en ninguna palabra. Todos los días la espero, desde la ventana del mirador, y mis ojos reposan en su cuerpo que se mueve como si la armonía hubiera sido compañera inseparable de su ser desde siempre. Se mueve como si brazos y piernas latieran con el pausado ritmo de un corazón ingrátido y en paz. ¡Qué tranquilidad me aporta mirarla durante el tiempo que la ventana de ese aula está abierta! Inclina el cuerpo y lo hace surgir de nuevo como si fuera una sirena emergiendo del mar. Extiende los brazos con una expresión de manos que ninguna escultura hasta ahora ha mostrado a nadie. No veo sus ojos desde aquí y no voy a mirarla sino con los míos. No voy a utilizar ninguna lente ni ningún truco para acercar su cuerpo. Me fascina tal y como la veo, en esta distancia que me protege. Ansío cada día el momento en el que empieza su sesión. Descorro la cortina y me siento al borde

de mi colchón, con mi cuaderno y mi lápiz de grafito. Todavía no lo he conseguido pero persigo completar un dibujo que refleje la grandeza de su movimiento. Ella se ha convertido sin saberlo en el acontecimiento de mis días.

Las clases las damos con la ventana abierta porque somos bastantes y el aula se caldea enseguida. No puedo aceptar ni a un alumno nuevo más.

No estoy muy cómoda porque creo que quien nos miraba el otro día en el parque lleva ya unos días mirando también la clase. No se qué hacer al respecto. No hay nada ilícito en mirar pero también conviene saber qué hay detrás de ese interés. Tal vez después de la clase hoy me dirija a esta persona y la invite a participar directamente. Pero sospecho que no debo dar ese paso, que ese pequeño y absurdo gesto complicaría mi vida.

Haré algo al respecto mañana.

Me han encontrado; La abuela de Andrés ha ido poco a poco hasta que ha conseguido, mediante la agencia, información suficiente para dar con mi familia. Andrés celebró su cumpleaños ayer y me bajaron un poco de pastel. Fue entonces cuando Milagros me dijo que estaban a punto de llegar, que pensaban que yo estaba de vacaciones todo el mes. Mis padres le habían agradecido su interés y sin dilación habían cogido un taxi desde su casa hasta el piso del mirador. Ella sentía que no me podía dejar solo por si de nuevo volvía a repetir aquello. Lo de que Andrés bajara a por el gato fue una casualidad de las que pasan una vez a las mil. El gato lleva viviendo con ella diez años y nunca se había escapado a este balcón. No hay que tentar de nuevo al destino porque no hay una segunda vez para muchas cosas, me dijo. La buena de

Milagros y su nieto sin saberlo me habían abierto la puerta de lo mejor que me quedaba por vivir.

Recordaba mi propósito de ayer y acudí a la finca de enfrente del centro de yoga a preguntar a la persona del cuarto piso, el del mirador, si quería participar directamente en las clases de Taichí o si pensaba seguir observándolas desde su ventanal. Habría algo de dureza en el tono de mi voz. Llamé al timbre lo que me pareció un rato largo y no obtuve respuesta. Pero sí me contestó una señora que vivía en el quinto y que me dijo que habían venido sus padres y se lo habían llevado hasta que se encontrara más fuerte, después de lo del suicidio. Como imaginaba que yo era amiga debía saber que a Javier lo había salvado su nieto pero por pelos. En fin, que no sabía cuando volvería ni tampoco le había dejado dirección pero que intentaría averiguar donde vivían sus padres y me lo diría al día siguiente. Fue inútil hacerle comprender que no tenía intención de mezclarme en la historia complicada de ese extraño. Que sólo estaba allí porque... porque Javier me había estado buscando con la mirada perdida, porque había observado cada movimiento de mi cuerpo desde su ventana durante los últimos diez días y porque me debía una explicación que ahora sabía que no podía exigir. Di la vuelta e intenté olvidarme de aquella historia. Me centré en mis clases y dejé pasar el tiempo. El tiempo se despliega como las alas de los albatros, enérgicas y firmes para surcar miles de kilómetros sin descansar, instaladas en las corrientes de aire, en las capas de viento.. La historia de Javier quedó olvidada en algún rincón de mi memoria, planeando junto al vuelo de un albatros y llegó la primavera. Después el verano. Un largo otoño y de nuevo un insistente invierno.

Una tarde de lluvia cambió mi universo. Un alumno nuevo se incorporó a mi clase. Yo lo esperaba, y no puedo decir que gustosa. La dirección del centro me había explicado que tenía que admitirlo porque al matricularse había insistido en acudir a mis clases, a pesar de estar ya llenas. Era su condición y les pareció que con su interés pronto se pondría a la altura de mis alumnos, que llevaban más tiempo.

Cuando se dirigió a mí me dijo que deseaba aprender y tenía la mirada serena. Estuvo atento y percibía hasta el mínimo gesto de cada paso. Se esforzaba bastante en no perder el equilibrio y comencé a fijar mi mirada en la suya para sostenerlo. Me invadió una sensación curiosa. Era como si sus ojos y los míos se hubieran conocido antes, en otro lugar.

Perdí yo misma la noción del tiempo moviendo los brazos y los pies hasta formar figuras imaginarias que hasta entonces no me había atrevido a reproducir. Posiciones que sólo las maestras de maestros se permiten realizar en sesiones cerradas para conseguir la ancestral energía que te aportan. Todos mis alumnos me miraban respetuosos, alejándose de donde yo estaba para dejarme el espacio que requerían mis giros. Mis movimientos no respondían a los patrones que ellos conocían pero intuían que formaban parte de un legado antiguo y respetuosos: lo aprehendían.

Sólo quedó él, sin moverse, sosteniendo sus ojos en mis ojos, despidiéndose por fin de su antigua forma de mirar. Agradeciéndome como un niño, el sentirse finalmente en paz, el sentirse feliz.

La lluvia golpeaba los cristales y las lágrimas humedecieron nuestros rostros. Después no encontramos las

palabras, pero no dudamos de que fueron los pasos de un antiguo ritual olvidado en el fondo de la memoria los que nos hicieron sentir plenos y desde ahí empezar de nuevo a vivir la vida.

L A INDECISIÓ

Josefina Jordán Esteban

*E*stic asseguda a la meua cadira, esquena ben recta, tal i com recomanen els *fisios*. Tinc davant meu un full blanc lluminós. He decidit presentar-me al concurs de narrativa per a dones que convoca l'Ajuntament, però perdona, si encara no em coneixes estimada lectora, un error imperdonable, així com vaig a guanyar? Sóc Tonyi Pichón (fes el favor de no ser tan falsa, note com el teu somriure intenta amagar una riallada; per mi no et prives). Vull que tingues una imatge meua molt aproximada quan llegendes aquestes línies: 30 anys i __, cabell de color melassa un poc llarg i un tipus prou normal; ja sé que no és massa, però ... Últimament visc una intensa tendència intel·lectual i necessite escriure, donar-me a conèixer, ser reconeguda, demostrar que estic viva.

Des de fa dies vaig donant-li voltes als diferents temes sobre els quals podria escriure: segur que tu ja te'ls imagines.

Maltractament?, Assetjament sexual?, Infidelitat? Immigració...? Pense quan estic asseguda al meu seient, quan estic gitada al meu llit, i fins i tot, quan estic dempeus preparant el dinar.

- Mama – és la veu de la meua filla, Sònia, que acaba d'arribar de l'institut – Mama, ací fa una pudor a socarrat insuportable!

Efectivament, a la paella apareixen diferents verdures d'un negre antracita, totes elles inidentificables.

- Maleïdes verdures, maleïda cuina, maleït masclisme! Sempre em toca a mi.

.....

No et preocupis, amiga meua, no t'he abandonat. Només una estona en la qual res important ha succeït. Hem dinat i, per fi, he pogut quedar-me a soles en casa. Ara, mire el full blanc lluminós (el mateix que el del principi) i no puc escriure res, la meua ment està en un blanc, cap lluminós. Em recorde, de sobte, que els grans escriptors han fet la seua obra mestra en moments d'una malaltia de llarga durada (hepatitis, trencament de turmell) o en situacions especials (ebrietat, pèrdua de la son, inconsciència...). Sí dona, sí, ells diuen a aquest fenòmen “un tancament amb brillantor”. M'alce, agafe el rom que el meu home té al moble-bar, vaig al frigorífic a pel gel i, Merda, merda! M'adone que el nostre congelador porta tres mesos trencat. Una fuga de gas, diuen. Com si foren metges, els tècnics diagnostiquen el problema i, fredament, em donen dues solucions:

- O s'arrisca, vosté, a arranjar la fuga, no li assegure èxit en la intervenció; o es compra un frigorífic nou. Ah!, se m'oblidava, el diagnòstic val 15 euros.

- Com?

Què et pareix? Un robatori, veritat? Doncs, és igual. Estic capficada a escriure aquesta història i ho faré. Beuré ron a seques. Bec a glopets i, poc a poc, unes sensacions desconegudes, fins ara, recorren la meua columna de dalt a baix calfant el meu cos, calfant el meu cap. Però, i les idees Tonyi?

No sé, tal volta podria escriure sobre una jove que va patir el maltractament del seu nuvi... Sí, el principi del conflicte podria ser una discussió entre l'Elisenda i Toni. Un "te'n pots anar a pastar fang, ja n'estic farta". Una contestació del tipus, "a mi no m'alcis la veu davant de tothom!". Ella, "faig el que em dóna la gana, a mi no em manes, ni tu ni ningú.". Ell, "ah!, si? Doncs, mira!".

Li dóna un colp a la noia i cau d'esquena sobre un caixó de tomàquets vermells i madurs que...

A partir d'ara, ella queda immersa en un mar de confusions, de dubtes. Pensa que podria aguantar Toni, acceptar-lo tal com és o també, podria fugir o tal volta podria parlar amb els seus amics, són bons amics. No, no l'entendrien. No té arguments prou clars. Què els diria? Quin és el problema? Ni ella mateixa no ho entén, com es pot parlar del que no s'entén?

- Estimada Tonyi - és la veu de la meua consciència – aquesta història ja està contada.

- Sí, ja ho sé, no siguis fastigosa. Malgrat això, has de saber que Umberto Eco escriptor de "El nom de la rosa", va dir "en aquest llibre no n'hi ha cap paraula original". Què t'ha paregut, saberuda?

- Val, val, però

Sona el timbre de la porta i desperte alertada dels meus somnis.

- “Cariño”, què tenim per sopar? – és la veu del meu marit.

- Mmmmm!

Li confese tota la veritat: la meua il·lusió per aquest nou any que acaba de començar. Tanque els ulls disposada a rebre una nova bronca a les quals ja estic acostumada i note amb sorpresa que ell m’envolta amb els seus braços musculosos (sempre m’han agradat els seus músculs protectors), em besa i uf! em transmet una pudor insuportable a alcohol suficient per a desmaiar a una vaca.

- Escrius una història? – diu. Doncs, vaig a explicar-te una que m’han contat en el bar per si serveix pel teu treball: Un capità de l’exèrcit sospita que la seua dona és infidel i té un amant. Li diu a un soldat que vaja darrere d’ella a tots els llocs per saber què fa. Al cap d’un temps, el soldat li diu al capità que, efectivament, la seua dona té un amant i en aquests moments, romanen gitats a la seua casa. Van el capità i el soldat, entren a l’habitació i els troben plegats al llit. El marit trau la pistola i intenta disparar, però, malhauradament, no eix la bala. L’amant intenta anar-se i el soldat li diu al seu cap: amb les banyes, capità, amb les banyes, abans que fuja. Ha, ha, ha.

Estic segura que tu, si no t’has avorrit de llegir-me, i joensem el mateix: masclista de merda!

A qualsevol acudit l’anomenen història. Pot ser el text més llarg que hagen escoltat o llegit, haja sigut un acudit.

Continue enganxada al meu home. Per un moment, note que la marea em puja i fantasiege amb el frescor de la nit que ens permetrà tornar al tacte i a les carícies més lentes, sense suors. En un tres i no res, recorde una frase eròtica llegida en alguna revista del cor “ella puja al taxi. Està fent-se de nit i arriba la tardor. Al seient de darrere, l’amant li sugge-

reix: estàs massa vestida”. Malgrat al fred, quan es tracta de sexe, sempre és estiu per a mí.

Perill!!!, perill!!! – m’avisava la meua amiga interior. Desperte, i, com si no passara res, pose un somriure captivador mentre pense amb rapidesa què soparem aquesta nit.

Són les 12 de la nit. Tots dormen al llit. Vaig a l’estudi, sec a la cadira i amb el silenci d’aquesta hora màgica, torne a mirar el full que ja, en aquests moments, em pareix un poc negre. No em queda ni rastre del rom. Pense que potser tinga raó el meu inconscient, tal volta siga millor elegir un altre tema. Oh! Sí, el de la immigració que té ara tanta actualitat.

Podria contar-te la història d’un immigrant, Said. Escriure els motius del protagonista per a fugir del seu país: Està fart d’aquesta misèria i l’única forma que té d’eixir d’ella és marxar a l’estranger. No sent deixar el barri, els amics. Ells no li han donat res. Així doncs, tampoc deu res.

Podria reflectir els comentaris insolidaris que fa la gent al carrer. Escolteu:

- Ja ha arribat un altre – diu la dona que atenia el bar.

- No, si aquesta ciutat aviat pareixerà Melilla – observa un dels homes mentre beu un got de vi.

- Aquesta gent és una amenaça. Tots són lladres o trafiquen amb drogues. A més amés, ens furten el poquet treball que n’hi ha.

Podria equilibrar aquesta història amb veus intel·ligents que analitzen la situació des d’una altra mirada: criticar com els occidentals s’aprofiten dels seus recursos, inundant els seus mercats de tecnologia obsoleta.

El que donaria per saber què estàs pensant, estimada amiga. Però, he de confesar-te que jo he sentit una forta

emoció, he descobert la certesa que podria fer-se una bella història amb aquest tema. Em trobe temptada a fer-ho.

- Què dius, què dius? – la meua consciència ataca novament- Això seria un pamflet reivindicatiu, sociopolític i no té res a veure amb la narració literària que has de presentar, tal i com consta a les bases del concurs.

- És molt tard i tinc molta son.- li responc. Me'n vaig al llit. Demà continuarem amb el debat. Bona nit!

Ignore el temps que he passat dormint. Em desperta el sol arrapant la meua pell quan entra pels orificis de la persiana. Sola? Sola! Avui, podria ser un bon dia.

Vaig darrere de qualsevol tema que siga atractiu per a la novel·la que vull escriure. T'explique: m'he despertat aquesta nit amb un malson i després he passat una bona estona donant voltes al llit al mateix temps que donava voltes dins el meu cap a una idea novella. M'havia vingut a la ment un tema que podria valdre, és molt fort, però real.

Una xiqueta maltractada sexualment pel seu padrastre des del sisé any de la seua vida. Un padrastre que amenaça la xiqueta i aquesta ha de suportar successives violacions fins complir els setze anys. Una història que, malgrat la seua duresa, done missatges sobre la necessitat de trencar el silenci davant de les injustícies, de demanar ajuda, una i altra vegada fins que ens escolten! “Mai més” podrien ser les paraules de la jove protagonista, el seu crit de guerra que la fa enfrontar-se al seu violador i poder demostrar al món el maltractament que va patir durant molts anys.

No sé, no sé. Pense, lectora incansable, que si escriguera aquesta narració, després de la primera pàgina acabaria en la paperera – jo no, la meua narració-. Què vull, una

novel·la o una vida real? Però, la vida real no està plena de novel·les? No ho sé, et confese. Una altra vegada estic confosa

És molt tard, preparar el dinar, escurar, ja ho saps; tot allò que fem les dones i de les quals no podem lliurar-nos tant si treballem com si no. Mmmmm!

Aquesta vesprada no he tingut temps per a pensar en el concurs. A més a més, la meua filla Sònia ha eixit amb la seua amiga Andrea i no ha tornat encara. Són les 11 hores de la nit, Sònia no és a casa. Em decidisc a cridar la mare d'Andrea. Ella i el seu marit ja són al llit i s'han molestat prou. No sabia res de la meua filla i la seua ja feia estona que dormia. El meu home apaga la televisió, s'apropa on estic i l'únic que se li acudeix dir és:

- Això, no pot ser! Així, no pot ser de cap manera.

Són les 11:30 hores. Sònia entra en casa i ens conta que han anat al teatre i que el pare d'Andrea és una persona molt simpàtica i els ha invitat a sopar.

- Molt amable de la seua part – dic jo.

- Molt simpàtic, sí senyor! – diu el meu home.

De sobte, Sònia capta la ironia, muda la color i ens mira sorpresa.

- Hem trucat per telèfon a la casa de la teua amiga. Ella restava al llit. Vols prendre-nos el pèl?

- A vosaltres què us importa el què he fet i on he anat?

M'alce del sofà i li done una galtada. Exigeix que demane disculpes. Sònia apreta els punys i eix cap al seu refugi remugant “estic farta, no ho aguanté més”.

No, no t'ensurtes, amiga meua, escenes com aquestes tenim molt sovint, cada dia més. La Sònia s'està fent gran.

Però, m'ha de dir on ha anat; al cap i a la fi, no viu amb monstres, oi?

És massa tard, estic derrotada, no aconseguiré escriure cap text original. Em sent exiliada de la meua passió per escriure, exiliada, fins i tot de mi mateix. Prepare un café que al contacte amb els meus llavis, em torna el sabor a fracàs. Asseguda al costat de la finestra, el meu espai secret, la meua habitació amb vistes, xuple el bolígraf. Imatges vagues m'envolten: mans gelades als dies d'hivern calfades al davantal de la meua mare mentre em conta un conte meravellós, cossos amb suor a les nits d'estiu mentre ens amagaven entre els arbres i les plantes del frondós parc propet al nostre barri.

És molt forta la tendència que tinc a anar-me pels núvols. El cas és que intente inventar una ficció sobre conflictes i tinc sense resoldre més d'un, ací mateix, davant dels meus nassos, a la meua casa. Estic pensant, que tal volta acabe escrivint la meua biografia, últimament funcionen molt bé: hi ha mig món desitjant contar la seua vida i l'altre mig desitjant escoltar-la. I la veritat, perquè funcione no cal gens especial, només una dona normal, una de tantes, com jo, i la meua vida descrita amb minuciositat. Un best-seller!!

- Això, també s'ha fet ja – diu el meu capollet íntim.

- S'ha fet ja de tot, i què? – li conteste una mica agressiva.

Trobe al meu diari varietat d'opinions d'escriptors que diuen que no es pot escriure cap història nova. Et conte una: Henry James ironitzava que tenia una ment en estat pur; encara no l'havia tacada cap idea. Comence a animar-me. Taral·lege una cançó de Sabina *“hay mujeres veneno, mujeres imán, hay mujeres consuelo, mujeres puñal, hay mujeres*

de fuego, hay mujeres de hielo, mujeres fataaal, mujeres fataaal.”

Sí, estic convençuda, aquesta història no podrà amb mi. Agafe el boli i t'escric al meu full enlluernador:
Estic asseguda a la meua cadira, esquena...

ESTRELLA DEL MEDITERRÁNEO

M. Isabel Lozano Martínez

Subí al tren por la puerta delantera del vagón 006, era el furgón de cola.

Me gusta montar en el último y atravesar todos hasta llegar a mi sitio. ¿Que es una manía? Puede, pero así, además de tomar contacto con las personas que viajarán conmigo, me quedo con las peculiaridades de algunas de ellas. Si no lo hago, cuando la velocidad nos arrastra y miro fijamente por la ventanilla, es como si fuera sola a través del paisaje en un tren fantasma que sólo se mueve para mí.

Bueno, pues retomando la historia. Desde el 006 avancé por el pasillo, lentamente, había tiempo de sobra, aún faltaban quince minutos para la salida y tenía mis cosas colocadas. Miré a los pasajeros:

Un niño sentado, supongo que junto a su madre, dibujaba apoyado en la bandeja la silueta de un tren que echaba humo, los vagones cuadrados recordaban a los de antes. Me

sonrió y a través de sus ojos vi los míos a su edad, cuando jugar con mis hermanos a los trenes era lo mejor.

Seguí adelante, la gente al llegar colocaba maletas y bolsas en la repisa superior. Una señora muy elegante, parecía confusa al encontrar, el que creía su asiento ya ocupado. Por encima del hombro vi que llevaba un billete de clase preferente y nos encontrábamos en turista, solo era un error de vagón, se disculpó por la torpeza de sus 84 años, mas en la voz se adivinaba que nunca seria una anciana.

En el vagón de fumadores aun se podía respirar, no había mucha gente, pero siempre va lleno. Como hoy está mal visto fumar, parece el “furgón de los marginados” y que pongamos juntos a todos los viciosos y suicidas que van de viaje. Atrás queda la época en que el cine nos vendía imágenes en blanco y negro de mujeres y hombres fumando por elegancia.

En fin, no hay por qué aguantar los malos humos de nadie.

Se notaba ambiente de vacaciones, las familias con abultados equipajes, se instalaban apresuradamente por miedo a quedar en tierra. ¿Qué llevan en esas maletas tan grandes? ¿Se puede tener tanta ropa? Seguro que luego no les da tiempo a ponerse todo. Cuando salimos de casa es como si no pensáramos volver y por si acaso cargamos hasta con lo que nunca usamos.

Al pasar por la cafetería, los empleados andaban afa-nados terminando de colocar cada cosa en su sitio. Parece imposible que en un espacio tan reducido quepa todo lo que nos ofrecen en la carta y sobre todo, que sean capaces de llenar vasos y tazas sin derramar el contenido.

Mas adelante, encontré a un grupo de jóvenes que iniciaban su viaje de fin de curso. Las risas resonaban en el vagón, se les veía excitados ante la perspectiva de pasar unos días juntos fuera de clase y sin familias. Se picaban entre ellos a ver quién tenía la cámara digital con más funciones. Yo sin embargo miraba quien se pisaba más el bajo de los pantalones, no sólo son mis hijos los que quieren llevarlos arrastrando por el suelo. Pero eso era lo de menos, su ilusión y frescura eran capaces de mover aquel tren.

Unos asientos por delante, una joven distraída con su ordenador portátil, parecía ajena a cuanto le rodeaba, la ventana del PC le interesaba más que la del tren. Deseé que al menos por un rato pudiera disfrutar del placer de viajar. Al otro lado del pasillo un hombre de edad mediana, no había podido esperar a que arrancáramos y daba buena cuenta de un apetitoso bocadillo. Parecía disfrutar. El tren desata apetitos.

Así llegué ante a la puerta de acceso a la máquina, una voz nasal anunciaba por megafonía la próxima salida, saqué las llaves y la abrí; soy la maquinista del 774, su nombre: “El Estrella del Mediterráneo”, motor diesel, ingeniería alemana, velocidad máxima 160 k/h y mi segunda casa.

Haciendo un paréntesis me presentaré, soy Marina, una enamorada de los trenes y en esta cabina paso muchas horas recorriendo kilómetros de vía. Ese día el convoy llevaba 6 vagones, pero en otras ocasiones puede ser de 9 ó 10 e incluso algún coche cama. Sensación a la vez grata y responsable, la de saber que hay personas que duermen tranquilas mientras las llevo a su destino. Pienso que son compañeros de viaje. Por eso procuro echar un vistazo al pasaje y ponerle rostro. Es un seguro para humanizar el trabajo y no convertirme en un engranaje más de esta gran máquina. Cuando de

pequeña veía pasar los trenes se me antojaban seres con vida propia y al descubrir que los conducía un hombre, supe que yo también podría hacerlo.

¿Existe la vocación ferroviaria? Creo que sí, cuando nos juntamos colegas del gremio se aprecia un mismo interés por este mundo. Si los astronautas con sus naves, son los conquistadores del espacio, nosotros con nuestras maquinas, desde hace siglos, hemos conquistado la tierra.

Como estos trenes modernos van prácticamente solos, es fácil que la velocidad y el paisaje te absorban haciendo volar la imaginación. Por eso, tenemos un dispositivo que cada cierto tiempo debemos pulsar, así en la central de tráfico de trenes saben que no perdemos la atención. Le llamamos familiarmente “el chivato”.

Cuántas horas de aprendizaje y estudios hasta obtener las cualificaciones necesarias para llegar hasta aquí. No fue fácil pero ha merecido la pena, me siento orgullosa, mi marido y mis hijos también.

El viaje que estoy describiendo discurrió con normalidad. El camino de hierro se desplegaba ante mí dando paso en cada kilómetro, a un paisaje ya familiar. A mitad del trayecto nos detuvimos en una estación donde la parada es de cinco minutos. Me sorprendieron unos golpecitos en la puerta que da al vagón, abrí y allí estaba el pequeño pasajero que dibujaba trenes. Me miraba indeciso, supe lo que buscaba y le invité a pasar. Puso unos ojos muy redondos mirando el panel de mandos lleno de luces, lo aupé para que trepara a la butaca y le indiqué como tocar el silbato, cuando lo pulsó, el sonido retumbó en la estación. Los viajeros todavía en el andén empezaron a correr creyendo que nos íbamos. Los dos nos miramos cómplices y nos echamos a reír. Su madre llegó alterada, disculpándose, lo agarró de la mano y se lo llevó.

Reanudé la marcha y por un momento pensé en el chaval, quién sabe dónde lo llevaría la vida, pero intuí en él un posible colega o un gran viajero.

Creo que el misterioso atractivo que ejerce el tren seguirá existiendo por mucho que se modernice.

Siempre será el símbolo de algo que no hay que dejar escapar...

EL SECRETO DE LA FELICIDAD

Rocío Macho Ronco

La espera agradable es la que se aguanta sin esfuerzo, pero se hace lenta por las ganas de que termine. Te sientes relajada porque sabes que la espera conduce al lugar deseado, y que éste llegará tarde o temprano. Sin prisa, esperas, esperas el tren que te llevará donde tú quieres, y esta vez no piensas perderlo. Por eso has llegado a la estación con tiempo de sobra y esperas, y no te importa.

El chico de los ojos extraños sentado en la mesa de enfrente te observa. Él también espera, quizás, que tus ojos se fijen en los suyos; pero tú no buscas su mirada, aunque sabes que si le miraras te sonreiría, y eso es demasiada responsabilidad. Para no encontrarte con sus ojos al levantar la vista de tu café, repartes la mirada en derredor, observas a los grupos de jóvenes que se despiden o saludan... Disimulas, al fin y al cabo, porque te ponen nerviosa las miradas de los desconocidos atractivos. Y si son jóvenes, más. Tienes miedo al “qué

dirán”, a lo que piensen de ti los desconocidos veinteañeros con los que coqueteas por sistema en las cafeterías. Pensarán: “pobre mujer, qué sola se siente”, o “ahí va otra burguesa buscando un chaval en quien gastarse su fortuna”, o quizás “mi madre es más joven que esa señora”. No lo sabes pero tampoco puedes evitar dejar caer tus ojos, de vez en cuando, en sus ojos, sus labios, su juventud.

Un divorcio a los cincuenta te deja fuera de contexto. De repente dejas de ser tú, pero sigues siendo tú en un cuerpo que no te gusta, obligada a lucir una ropa y unas maneras que tampoco te gustan. Las maneras que se esperan de una señora de cincuenta años porque, lo quieras o no, eso es lo que eres y no hay vuelta de hoja.

Te encantaría plantarte unos vaqueros desgastados con los bajos carcomidos por los talones de unas zapatillas de deporte sucias, y una camiseta ajustada de colores estridentes que resaltara la flacidez de tu vida. Como va tu hija, sólo que a ella le sienta bien. Ojalá fueses capaz de quemar en una plaza todos esos trajes sastre oscuros, inertes, que tu marido te hacía llevar cuando le acompañabas a las comidas de empresa, cuando fingíais una felicidad de telecomedia americana y tú practicabas esa educación tan fina que te caracteriza. Pero ya no quieres ser fina nunca más, quieres beberte un litro de cerveza y fumarte un par de canutos en el río, por saber qué se siente, nada más, y por sentir que tu vida no ha hecho más que empezar; aunque todo el mundo te recuerde que tienes cincuenta, y que tu marido te ha dejado.

Huyes a un sitio nuevo en el que no te puedan juzgar, donde sólo seas tú la dueña de tu vida. Quizás compraste la casa precipitadamente, podrías haber mirado más; pero querías marcharte cuanto antes para que no te persiguiera el

recuerdo de la que eras y no quieres volver a ser. Huyes regalando sonrisas a quienes crees te revelarán el secreto mejor guardado de la felicidad.

Como aquella vez que hiciste el amor -en tu época se decía así, y tú lo sigues diciendo- en la playa con ese camiónero de brazos fuertes. Fue el día que firmaste el divorcio, te agarraste una buena cogorza con Pili, que sigue siendo la más puta del pueblo. Si ya se lo decías tú de joven: “la que nace puta, puta se queda”; sin embargo tú no, tú naciste beata y así te quedaste hasta que un hombre zafio te dio a conocer el sexo a cuatro patas con las rodillas clavadas en la arena. Sin apenas mediar palabra te descubrió un mundo, a tu edad, y ya no puedes pararlo.

Deseas que tu tren llegue cuanto antes para no acabar acercándote a la mesa del chico y escurrir un papel con tu teléfono en su bolsillo. No, hasta que no dejes la ciudad; no, que aquí te conocen; no, que a ver si va a ser amigo de tu hija; no, que...

Pili te dice que hagas lo que te plazca, que te lo mereces, que pareces más joven de lo que eres y que con el dinero que tienes podrías parecerlo más; pero a ti te da vergüenza llevar meses como una quinceañera de colegio de monjas, como una Lolita entrada en años y carnes que ha interpretado la novela de Nabokov al revés. Y es que el mundo podría ser al revés, así todo sería más fácil y no te sentirías como una ridícula vieja premenopáusica.

El chico de los ojos extraños ya no está en su mesa cuando tu vista regresa de revisar el panel de salidas, giras la cabeza hacia el otro lado por si aún puedes verle salir y te encuentras con sus pantalones caídos hasta casi mostrar la pelvis. Metida en tus elucubraciones calenturientas ni si-

quiera te has dado cuenta de que te está hablando, porque los desconocidos atractivos además hablan.

- ¿Sabe que tiene un aire a Catherine Deneuve? La conoce ¿no?, es una actriz francesa...

- Me encanta el cine francés.

El chico de los ojos extraños se llama Mario y estudia árabe. Le gustan el cine francés, ruso y oriental; escucha clásicos de los sesenta y te recuerda a David Bowie de joven. Tú a él le recuerdas a Catherine Deneuve, uno de sus mitos eróticos. Con esto ha bastado para haber salido juntos dos veces por semana en el último mes, y para que tú, con algunas reservas, combines chaquetas sastre con vaqueros desgastados. No está mal para una recién divorciada de cincuenta años.

Mario quiere que le lleves a la casa de la playa y tú te imaginas, divertida, follándotelo en el mismo lugar donde aprendiste que a hacer el amor ahora se le llama «follar», y te gusta decirlo recreándote en la palabra como si tuvieses cinco orgasmos por cada letra: F-O-L-L-A-R, seis letras. Cinco por seis, treinta, como los treinta años que estuviste casada. Por primera vez no te arrepientes de haber perdido un tren.

EL SABOTAJE INTERNO

Cristina Martínez Alarcón

*T*e miro y me parece imposible
que no sucumba el mundo entero
a esa mirada tuya de miel y espigas.

Martina se enamoró con toda la fuerza de la primera juventud. No tenía ojos más que para su enamorado. Él era el centro de todas sus acciones. Él, el destino de todos sus pasos. Su pasión era tal que, como suele ocurrir, la incapacitó para hacer un análisis realista de la situación. Proyectó en ese amor todas sus ilusiones y se convenció de que había dado con la única persona capaz de hacerla feliz.

[IDEALIZACIÓN]

Sin ti no soy nada.

Olvidó sus propios sueños y desvirtuó sus objetivos. Le ofreció su apoyo sin condiciones, acomodando todos los aspectos de su vida a aquel impulso amoroso que la absorbía.

[DEPENDENCIA]

*Te busco en cada mirada,
Te anhele cada minuto
Te deseo en cada susurro.*

Si no estaba a su lado se sentía languidecer. El momento presente no era vida si no era junto a él. Las horas se le hacían eternas. Siempre esperando el momento del reencuentro.

[OBSESIÓN]

Enlázame, respírame, transfórmame...

Martina, que nunca antes se había sentido hermosa, a la sombra de su amado empezó a menguar. Tan alto él, tan guapo él. Nunca un elogio asomó a su boca dedicado a Martina, nunca un requiebro deslizó a sus oídos, ni un aplauso dedicó a aquella que le adoraba.

[BAJA AUTOESTIMA]

Somos uno y somos todos.

Se encerró en aquella relación descuidando familia y amigos. Instalada en su pequeño mundo se parapetó tras una barrera de supuesta felicidad. Sólo anhelaba su proximidad. Sin él le faltaba el aire. Quería sentirlo tan suyo como ella lo era de él.

[RELACIÓN EXCLUSIVA Y PARASITARIA]

Sírvete de mí porque soy tuya.

Colocó en primer lugar las necesidades de su pareja y se dedicó en cuerpo y alma a favorecer sus intereses. Se encargó de todo el trabajo doméstico para que él no perdiera el tiempo en “nimiedades” que le importunaran en su vital desarrollo profesional. Sin darse cuenta, se convirtió en víctima de ese machismo soterrado que a lo largo de tanto tiempo ha hecho que la sobrevaloración de un polo se complemente a la perfección con la minusvaloración del otro, que ha equipado a las niñas de tantas generaciones, para que fueran objetos deseables y vivieran para el otro.

La felicidad es una puerta que se abre hacia fuera.

[AUTOANULACIÓN]

Sólo vivo para merecer tu amor.

Ella, que había crecido entre reproches, críticas y estrictas directrices que amordazaron su voluntad, siempre dócil, se acostumbró a complacer, canjeando amor por servilismo.

[NECESIDAD DE AFECTO. CARENCIAS AFECTIVAS EN LA INFANCIA. PÉRDIDA DE CRITERIOS PERSONALES]

LA INTENSIDAD DE LA ADICCIÓN AL AMOR

ESTÁ EN CONEXIÓN CON LOS AFECTOS HERIDOS EN LA INFANCIA. HERIDA DE APARIENCIA POCO LLAMATIVA, PERO QUE TRANSPORTA A LOS BRAZOS DE LA COADICCIÓN ENFERMIZA EN EL AMOR. AMANTES QUE SE ENTREGAN A UN ESTRECHO ABRAZO CEGADOS POR LA ALUCINACIÓN DE QUE SU AMOR PUEDE SOLUCIONAR TODOS SUS MIEDOS.

*He soñado que me dejabas,
que seguías otros caminos lejos de mí,
y sentí que enloquecía.
Nada soy lejos de ti.
Todo está impregnado de tu esencia.*

Pero Martina vivía con angustia su amor. Se medía con todas las mujeres. Había desarrollado un tremendo miedo al abandono, lo que iba convirtiéndola en una persona posesiva y celosa. En la creencia de que tal dedicación merecía contraprestaciones, se creía con derecho a controlar todas las actividades de su amado. Lo cierto era que no confiaba en él. Constantemente trataba de influirle, supervisando y diciéndole lo que tenía que hacer. Sus manipulaciones tenían por objeto retenerle. Aquello era egoísmo disfrazado de pasión. Y pensaba que aquella penosa autodestrucción era un acto de amor.

[PÁNICO A LA PÉRDIDA]

*Amores que son como laberintos.
Amores que por agotamiento se rompen.*

Las peores pesadillas de Martina se cumplieron y un buen día se encontró sola y abandonada. Sus días se anegaron de un llanto que no podía reprimir.

Intentó volver con él en dos ocasiones pero con penosos resultados. A Martina le resultaba muy difícil arrancárselo del corazón.

Pisoteada y humillada, quedó Martina ansiándole.

[PRIVACIÓN]

Se te olvidó explicarme cómo puedo olvidarte.

¿Qué debía haber dicho o hecho y no hizo para evitar perderle?

¿Por qué había abusado así de su buena voluntad?!

¡¿Cómo seguiría adelante sola?!!

[INACCESIBILIDAD AL OBJETO DE LA ADICCIÓN]

SI PODEMOS HABLAR DE INTOXICACIÓN AMOROSA O DE POSOLOGÍA DEL AMOR, UNA SOBREDOSIS ES TAN PERJUDICIAL PARA LA SALUD COMO CUALQUIER OTRA SUSTANCIA DE LA QUE ABUSEMOS.

COMO CUALQUIER OTRA DROGA, LLEGA UN MOMENTO EN QUE YA NO SATISFACE, Y SÓLO SE ES CONSCIENTE DE LA DEPENDENCIA. ASÍ, SI POR

AGOTAMIENTO, SE ROMPE EL LAZO, LOS AMANTES SUFREN AGUDOS SIGNOS DE PRIVACIÓN. AL IGUAL QUE EN LAS ADICCIONES A SUSTANCIAS QUÍMICAS, PUEDEN MANIFESTAR SÍNTOMAS PSÍQUICOS (ANGUSTIA, INSOMNIO, DESESPERACIÓN) Y FÍSICOS.

Mi corazón está lleno de rabia.

¿Cómo pude pensar en darlo todo por ti alguna vez?

¿Cómo pude anteponer tu vida a la mía propia?

¿Cómo pudiste destrozar mi corazón con tal crueldad?

La medida entre el amor y el odio es un trago intenso pero breve.

Del amor desmesurado poco a poco, haciendo balance de ofensas y abusos, se encaminó hacia la rabia y el desamor.

TRAS UN DESENGAÑO AMOROSO, CUANDO SE CONSIGUE RECUPERAR LA AUTOESTIMA, SE INCREMENTA AUTOMÁTICAMENTE LA DESVINCULACIÓN Y DE ESTA FORMA SE POTENCIA EL RENCOR Y EL DESPRECIO.

PERO, SI MARTINA SE QUEDA CON ESTO, LLEVARÁ UNA VIDA DE INFELICIDAD Y AMARGURA. SÓLO SERÁ CAPAZ DE REPONERSE SI CONSIGUE COMPRENDER LA MAGNITUD DEL CASTIGO QUE ELLA MISMA SE HA ESTADO INFLIGIENDO.

AMAR NO ES PERDER LA PROPIA IDENTIDAD.

AMAR ES DAR LIBERTAD.
DEJAR ESPACIO SUFICIENTE:
PARA CRECER...
PARA QUE TENGA SENTIDO REGRESAR...

SÓLO SUPERANDO SU ADICCIÓN AL AMOR, A
ESTE QUE HA PERDIDO Y A CUALQUIER OTRO QUE
SE CRUCE EN SU CAMINO, LOGRARÁ SOBREPONER-
SE Y ESTARÁ EN DISPOSICIÓN DE COMPRENDER LA
ENVERGADURA DEL SABOTAJE INTERNO AL QUE
ELLA MISMA SE HA SOMETIDO.

*Menos mártir
y más Martina...*

I NOCENTES

Purificación Martorell Ortells

Subió al escenario desplegando un aire arrogante, andando de puntillas con tal de añadir unas pulgadas a su más que generosa estatura. Muy erguido, con la barbilla levantada, desafiante, la sonrisa amplia y bobalicona que delataba, mejor que cualquier otro gesto, su condición de disminuido psíquico. Estiraba los brazos con tal de separar del cuerpo el estandarte que portaba, mostrándolo al público con el gesto orgulloso del que sabe que está cumpliendo bien su cometido.

La gente le aplaudía con brío, divertida, incitándolo a que iniciara uno de sus habituales arrebatos de protagonismo que le hacía ondear la bandera con enérgicos movimientos de brazos, para acabar hincando la rodilla en el suelo e inclinando el asta hasta que el trapo rozaba el suelo, esperaba que alguien del público se levantara y besara el satinado extremo del pendón. Acto seguido se dirigía al pedestal que le servía

de soporte y, con gestos lentos y amanerados, colocaba allí su preciosa carga. Luego se sacaba el arnés que le facilitaba el pesado transporte y, haciendo una profunda reverencia, se dirigía ufano, estirando los pliegues de la chaqueta de su uniforme galoneada con profusión de cintas y jarreteras, al lugar que le tenían reservado en la sala hasta que acabara el acto y tuviera que cargar, de nuevo, con el emblema y, precediendo a la banda de música, devolverlo al local social de la entidad patrocinadora.

No había grupo cultural o recreativo que no contara con el tonto del pueblo como portaestandartes. Nadie se planteaba si era humillante para la familia del joven observar las payasadas que, serio y muy en su papel, protagonizaba aquel pobre individuo. Todo el mundo lo jaleaba en los desfiles cuando marcaba el paso y balanceaba con marcialidad el brazo libre, procurando, sin conseguirlo, mostrarse circunspecto. De tanto en tanto, su amplia sonrisa mostraba la amarillenta e irregular dentadura que una nula ortodoncia había hecho campara a su aire, amontonándose unos encima de otros los incisivos y mostrando los huecos dejados por los caninos que la caries se había llevado por delante.

Alfredo era un disminuido psíquico no demasiado profundo. Se valía bien por sí mismo, aunque era incapaz de mantener una conversación por completo coherente. Tal vez si en lugar de dejarlo aislado en su casa, desde pequeño, sin hacer ningún intento por escolarizarlo le hubieran obligado a permanecer en contacto con otros niños, se hubiera conseguido que fuera más o menos capaz de integrarse en una sociedad como la de su pueblo, socarrona, tolerante y en absoluto elitista a ningún nivel.

Seguro que sus padres consideraron un esfuerzo superfluo escolarizarlo y lo dejaron vagar a su aire. No esperaban de él gran cosa, solo que pudiera valerse por sí mismo, conseguirle una pensión por minusvalía psíquica que, junto con lo que aportaban sus funciones de abanderado y otras menudencias, le permitirían sobrevivir con dignidad aun cuando ellos desaparecieran.

En cuanto a su físico presentaba un aspecto desproporcionado. Era un joven de piernas largas y cuerpo corto; cabellos negros, largos e hirsutos, siempre peinados hacia atrás, pegando con una excesiva cantidad de gomina los rebeldes mechones que se le escapaban, en un atisbo de presunción que se delataba también cuando alisaba sus desgastadas, y no demasiado limpias, ropas en un gesto imperioso y altanero. Su tez rubicunda enmarcaba un rostro poco agraciado de rasgos asimétricos, ojos pequeños, labios siempre entreabiertos en una permanente sonrisa que dejaba al descubierto la maltratada dentadura de la que ya le faltaban varias piezas.

Si a él, que casi rozaba la normalidad, habían sido incapaces de integrarlo en el mundo laboral, aun podía esperarse menos de Camilo -el otro deficiente emblemático de la población-. Aunque sus padres no habían seguido ningún tipo de seguimiento con tal de diagnosticar su deficiencia, este joven presentaba las características típicas de un autista, impermeable a cualquier tipo de contacto lúcido.

Lo único que tenían en común ambos jóvenes era el que, desde que sus piernas pudieran sostenerlos, sus respectivos progenitores no evitaron que camparan a su libre albedrío, sin estar siempre pendientes de sus entradas y salidas. Así pues, cada cual a su manera, se hizo notar en el entorno local. Las gentes se acostumbraron a su aparición en cual-

quier momento y la toleraron con la socarronería que caracteriza a las gentes de los pueblos. Incluso, de alguna forma, les encontraron el lugar en donde pudieran encajar. Como fuera que solo Alfredo era capaz de desarrollar alguna actividad, le asignaron el título de abanderado oficial.

Ufano él con su protagonismo y mimetizando a los jóvenes de su edad, había conseguido encontrar pareja. Se trataba de una chica con síndrome de Down que frecuentaba el local social del Ateneo Musical. Alfredo, como cualquier músico integrado en la banda, acudía a todos los ensayos con tal de adiestrarse en el comportamiento que requería su función de abanderado. Después del ensayo bajaba con todos al bar para tomar un refresco. Era la diversión más adecuada que podía permitirse y la disfrutaba sintiéndose uno más del grupo. Por ello esperaba ansioso los días de ensayo y se arreglaba con esmero para acudir a ellos. El colmo de su buena suerte fue encontrar a aquella chica que le parecía destinada.

Formaban una singular pareja: ella era tan bajita que acentuaba, aun más si cabe, el contraste que ofrecían los novios. Los padres de la chica andaban de cabeza ante las posibles implicaciones que la simplicidad de la pareja pudiera conllevar. Alfredo, muy formal y en su papel, había presentado sus respetos a los futuros suegros junto con la promesa de querer, respetar y cuidar de su niña.

La especialidad de Camilo consistía en aparecer en cualquier casa en la que hubiera un difunto. Por incomprensible que pudiera parecer en una población que ya superaba los veinticinco mil habitantes, Camilo encontraba la casa aun antes de que le hubieran amortajado. Tal vez sus escasas luces no le impedían que su instinto fuera capaz de interpretar, a su manera, el toque de difuntos con que las campanas anuncia-

ban a las gentes que uno de sus vecinos les había dejado. Lo cierto es que la primera visita con la que topaban los atribulados familiares era la mugrienta y rechoncha figura de Camilo, que se plantaba osco delante del ataúd y, con la mirada perdida de aquel que es incapaz de fijar su atención en nada, permanecía allí, quieto durante unos minutos. Luego salía a la calle, daba vueltas al trote por el vecindario golpeándose la cabeza con el puño izquierdo a la par que emitía unos agudos sonidos de baja intensidad.

Todo el mundo aceptaba como un detalle más que imponía el mal augurio de la muerte, la presencia de aquel disminuido que, Dios sabe por qué, lo único capaz de atraer su atención era el espectáculo que ofrecía el difunto yacente en su ataúd.

Mientras Camilo vegetaba inmerso en su intrigante ausencia, Alfredo se sentía feliz integrado, de lleno, como un miembro más en la comunidad que lo acogía sin aspavientos. Así pues, y como cualquier joven con pareja, después de cortejar formalmente a su chica, se empecinó en hacer planes de boda. Por mucho que los padres de la joven -más conscientes y responsables que los del muchacho- se empeñaban en darle largas al asunto, como fuera que Alfredo se mostraba cada vez más inquieto y agresivo frente a las evasivas de sus suegros, tuvieron que plantearse el modo de hacer frente a la situación. ¿Cómo iban a vivir y afrontar las responsabilidades de la más que probable paternidad, aquellos inocentes?

La chica, más dócil que Alfredo, parecía languidecer entre los apremios de su amado y las reticencias de sus padres. Lo que en un principio se creyó debido a la reacción de un ser débil sometido a presiones contrapuestas, acabó desvelándose como un grave problema de salud. Una anemia per-

niciosa fue el primer indicio de la leucemia que se declararía en poco tiempo y acabó por llevarse a Rosario.

No había forma de arrancar a Alfredo del lecho de dolor de su amada. Sentado junto a ella, taciturno y sin soltarla de la mano, parecía un fiel perro guardián que gruñía a todo aquel que pretendiera alejarlo de allí. Incluso el médico no era bien recibido por aquel joven que no entendía cómo nadie podía hacer nada por devolverle la alegría a su amada. Había algo en su expresión que hacía que nadie se atreviera a llevarle la contraria. Se acabaron para él los ensayos, los desfiles, sus alegres y escandalosos paseos por el pueblo saludando a todo el mundo. Incluso tuvieron que acomodar, junto al lecho de la chica, un cómodo sillón en el que pudiera velar el sueño de Rosario.

Solo cuando ocurrió el fatal desenlace, Alfredo salió de la estancia cabizbajo y, sin dirigir a nadie la palabra, desapareció para regresar apenas pasada media hora con una gran caja bajo el brazo. Entró en el dormitorio en donde ya estaban amortajando a la chica, hizo salir a todo el mundo y, encerrándose con ella acabó la tarea.

Cuando abrió de nuevo la puerta del dormitorio Rosario yacía en la cama ataviada con un vestido de novia.

La sorpresa inmovilizó a todo el mundo. El empleado de la funeraria fue el primero en reaccionar y continuó con su tarea pidiendo a Alfredo que le ayudara a meter a su chica en el féretro. Con sumo cuidado, entre los dos acabaron la tarea y todo quedó dispuesto para presentar a la difunta hermosa en su último adiós.

Nadie podía sospechar la tragedia que se iniciaba con el velatorio. Alfredo cogió una silla y se dispuso a hacer la guardia junto a su amada. Apenas se había sentado, Camilo

hizo acto de presencia. Los familiares le dejaron paso casi sin reparar en él, que, como siempre, se detuvo frente al ataúd en silencio.

Puede que, en esta ocasión, llamara la atención del imprevisible Camilo lo insólito de la indumentaria de la difunta. Con toda seguridad jamás había observado un atavío tan regio cuando lo normal es que la muerte haga de la sobriedad su atributo. Por ello, y contra lo que era habitual en su tranquila enajenación, se acercó al ataúd y, con un gesto brusco, levantó las amplias faldas del vestido buscando, quizás, el oscuro sudario que se suponía debía de lucir el cadáver. Fue tan enérgico su gesto que el frágil montaje, calculado para soportar unas horas un peso inerte, se tambaleó y acabó volcando.

El estruendo que restalló en el silencio del velatorio, sacó a Alfredo de su ensimismamiento y, al ver a su amada por los suelos, embistió con furia al causante de aquel desaguisado que cayó golpeándose en la sien con el afilado canto del trípode que soportaba el catafalco. Enarbolando uno de los hachones que ambientaban el escenario, golpeó con fuerza al intruso que yacía inerte junto a la difunta.

Todo ocurrió tan rápido que nadie pudo evitar tan fatal desenlace y, en un instante, el pueblo perdió a tres de sus inocentes vecinos.

Ironías de la vida: Alfredo que suplicaba desaparecer con su amada, se le concedió el tiempo necesario para ver cómo la encerraban en el nicho vecino al que recibiría los despojos de Camilo, mientras él estaba destinado a acabar recluido en un centro especializado en el que jamás volvería a desplegar su inocente alegría de vivir.

EN VIDA AJENA

M. José Miguel Quilis

Elvira deseó de pronto aquel cuaderno. Lo deseó intensamente, sorprendiéndose a sí misma en una actitud tan caprichosa. A sus cincuenta años Elvira poseía una de esas bellezas duras y tristes, vestigio de unos encantos pasados que habían ido ganando en intensidad y dramatismo. Sin embargo, sentía cercano el momento en el que todo está a punto de marchitarse, el último tramo ascendente antes del final. Rodeada de aquellos objetos inútiles, carentes de cualquier tipo de valor o interés, una adolescente sostenía un cuadernito ajado entre las manos. Medía apenas un palmo de alto y en su cubierta se apreciaban ilustraciones un tanto exóticas, una flor roja y ocre sobre un fondo oscuro. Una ave extraña, negra y dorada, sobresalía en relieve, amenazante. Como si sus deseos se hubieran introducido de algún modo en aquella chica, ésta dejó caer el cuaderno con un gesto de desinterés y Elvira se apresuró a cogerlo. Lo abrió al azar y vio que esta-

ba en blanco. Se le antojó un perfecto diario, lo compró y lo introdujo en el bolsillo de su abrigo junto a la postal de Chott El Jerid, que había comprado nada más entrar en el rastro. Minutos antes, al contemplar la fotografía de aquel inmenso desierto de sal que se extiende a lo largo de cuatrocientos kilómetros en el centro de Túnez, se había apoderado de ella una mezcla de emoción y presagio, parecida a aquella fascinación mágica que sintió cuando lo cruzó con Luis hacía ya más de cinco años. Últimamente, el futuro le parecía igual de desolador, pero sin un ápice de esa salvaje belleza. La sensación se abrió paso en su estómago, un vértigo centrifugado que Elvira intentó obviar centrándose en los objetos expuestos en tierra sobre los retales de sábanas. No podía dejar de preguntarse qué hacía allí, haciendo extensiva esa pregunta a su propia vida, a su propio espacio en el mundo.

En el reverso de la postal tunecina, una caligrafía tortuosa y rebuscada le había obligado a concentrarse y a fruncir la frente. La letra era tan pequeña que le había irritado no poder descifrarla sin gafas, así que había decidido comprar la postal y leerla tranquilamente en casa. Pocos minutos antes de encontrar el cuaderno, con la postal de Túnez ya en el bolsillo, Elvira se había sentido ya más animada, inmersa en el devenir de la mañana. Curiosear y vagabundear, vivir, respirar, volvían a cobrar sentido.

Ni siquiera eran las doce del mediodía cuando regresó. Había tiempo de sobra para preparar la comida del domingo, algo especial para reunir a sus hijos, para llenarlos de familia y de nostalgia. El deseo de que hicieran su vida, el orgullo por sus éxitos, se amalgamaba de un modo extraño y vergonzoso con la soledad y la rabia que la mordisqueaban por dentro. Nuria acababa de irse de casa y ésta había sido

una elección incomprensible y ofensiva para Elvira. Al fin y al cabo Jorge se había casado, su marcha era parte del curso natural de las cosas, pero Nuria se había ido sola, a un piso frío, feo y alquilado.

Nuria y Jorge vinieron, comieron y se excusaron rápido. Un reproche crecía en el interior de Elvira cada vez que sus hijos se marchaban pronto de esas escasas visitas. Toda una vida dedicada a esas mismas personas que ahora se reunían con ella por compromiso. Era una sensación muy amarga y silenciosa, porque Elvira no estaba acostumbrada a vivir si no era para los demás. Así que volvió a quedarse sola, encendió la televisión de la cocina y limpió los platos mientras una película sin interés llenaba el silencio. Mientras el café estaba en el fuego llamó a Luis, pero éste se disculpó en voz baja, informándole que estaba comiendo con el resto de ponentes del congreso al que había sido invitado ese fin de semana.

Al colgar, apagó la televisión de la cocina y se sentó en el sofá. El café se fue enfriando entre sus manos, mientras ella permanecía inmóvil. Sentía cosas que nunca antes había sentido. Y no tenía nombre para ninguna de ellas. Poco a poco la luz fue menguando y al cabo de un tiempo que no pudo precisar, la noche le sobresaltó. El café estaba helado entre sus manos, con un poso harinoso y amargo, pero aun así se lo bebió. Encendió la lámpara de leer, cogió las gafas y rebuscó la postal del rastro en los bolsillos de su abrigo.

Querido Mario,

Sé que no apruebas mis actos, aunque eres tan bueno... Gracias por firmar la autorización para que yo haya podido viajar a Túnez con mi hermana y mi cuñado. Túnez.

es un país maravilloso, estar lejos de casa hace que una se sienta todo lo libre que necesita sentirse. Bajo otro cielo la boca explota en sensaciones, la piel oscurece bajo una nueva libertad. Todo el frío que estaba dentro ha desaparecido, en su lugar hay algo cálido y manejable.

Hoy hemos bajado desde Tozeur hasta la puerta del Sáhara, a través de una intensísima salina blanca y roja. A nuestro alrededor, sin ninguna forma de vida, todo rebosaba de belleza y plenitud. No sé si puedes comprenderlo.

Querido Mario, los dos sabemos que no volveré. Gracias por dejarme ser.

Ana.

La postal estaba fechada en 1955 y provocó en Elvira otra de esas emociones extrañas para las que no tenía nombre. Aquella mujer había escapado de una vida predeterminada con unas agallas que Elvira, en plena democracia, nunca habría encontrado. Parecía enormemente fácil deshacerse de esas dependencias y hacer lo que a uno le diera la gana, pero Elvira nunca se había planteado que tuviera derecho a dejar de dedicar su vida a los demás. Ahora los demás se habían ido y todo había perdido sentido. Lejos de animarla, la postal le hundió en un estado de ánimo tan desagradable que optó por acostarse. Cuando Luis entró en plena madrugada silenciando los pasos, Elvira cerró los ojos y disimuló. No pudo dormir en toda la noche.

A la mañana siguiente el despertador sonó sobre los ojos abiertos de Elvira. Lo silenció y preparó con suma desgana un desayuno para dos. El café, el pan tostado, la mantequilla, olían a rancio y a viejo, pensó. Luis desayunó muy deprisa, le dio un beso en la frente y se fue al hospital. Qué

suerte tienes de quedarte en casa, dijo antes de salir. Elvira no contestó. Parecía que toda aquella actividad, todo aquel vitalismo que siempre la había acompañado se había agotado de golpe, como si lo hubiera malgastado y ya no quedara nada. Aún de pie en la cocina, frente a los objetos que siempre habían representado una agradable rutina para ella, esperó. Miró a su alrededor y vio la ropa por planchar. La alacena estaba pidiendo a gritos una reorganización y el frigorífico una limpieza a fondo. Elvira sintió un asco muy grande que la engulló.

Sin saber muy bien por qué, rebuscó en los bolsillos de su chaqueta, sacó el diario y se dejó caer en el sofá. Estaba dispuesta a comenzar a escribir en él. La sorpresa fue mayúscula cuando lo abrió y lo descubrió usado. Se dio cuenta entonces que en el rastro lo había abierto al revés, por la última página, pues ambas cubiertas tenían ilustraciones similares y era fácil confundirlas. La sensación de irrealidad aumentó al reconocer en él la peculiar escritura de Ana, la mujer de la postal.

Absorta en la lectura, el día cruzó de una pared a otra con violencia. Cuando escaseó la luz para seguir leyendo, Elvira se avergonzó de haber faltado a todas sus rutinas cotidianas, así que se levantó e hizo en dos horas el trabajo de todo un día, o al menos a la llegada de Luis eso aparentaba.

Para Luis fue toda una sorpresa que su mujer se girara en medio de la noche y suavemente, con mimo, le llevara a la erección. Tanto que él apenas se movió, y eyaculó entre sus dedos en unos pocos segundos. Tras esto, se levantó un tanto azorado y fue a lavarse al cuarto de baño. Al regresar, mientras buscaba a tientas la cama, Elvira le pidió que le hiciera lo mismo a ella. Nunca antes le había escuchado Luis disfru-

tar como en aquellos minutos que siguieron. Esta vez fue él quien no consiguió dormir en toda la noche. Sentía el cuerpo de Elvira muy caliente, junto a él. Nada de los habituales pies fríos y la postura encogida. Elvira estaba tumbada con todo el cuerpo desplegado, boca arriba, desnuda.

A la mañana siguiente seguían los cambios. Elvira pidió a Luis que se encargara él mismo de su desayuno mientras ella dormía un poco más. Luis obedeció, quemó sus tostadas y se fue al hospital renegando.

Elvira, por el contrario, se levantó de un humor exultante. Estaba tan deseosa de sumergirse en el diario que decidió aplazar su lectura. Hizo las tareas habituales mientras la presencia del diario se hacía inmensa sobre la mesita del comedor. Verlo allí le daba una especie de energía nueva. En el fondo, Elvira sabía que cosas tan buenas es conveniente dosificarlas. Así que ya por la tarde, cuando hubo despachado lo imprescindible, se preparó el habitual café y se sentó a leer.

Se había quedado de piedra cuando Ana, el día anterior, contaba con todo lujo de detalles la experiencia juvenil tenida junto a otra mujer. Pese a su naturaleza conservadora, Elvira no había sentido rechazo por el relato, sino más bien una curiosidad liberadora. En un viaje a Grenoble, donde estudiaba un primo suyo, Ana había sido presentada a una amiga. En la celebración de fin de año, cuando ya todos dormían, Ana contaba cómo se había acercado a esa amiga y como ambas habían tenido una de las experiencias más exóticas y excitantes de sus vidas, con los cuerpos helados en el jardín nevado y oscuro. La sombra nocturna de un árbol enorme se proyectaba sobre ellas y la nieve. El frío, en lugar de apagar, acrecentó el deseo.

Elvira leyó el pasaje una y otra vez. A cada pasada, encontraba más belleza y más libertad en él. Comprobó que el relato continuaba más y más intenso, no tanto a nivel sexual como a nivel energético. Ana relataba tantas aventuras que a Elvira le parecía increíble que una persona pudiera tener tanta vitalidad. Pasaba de unos amigos a otros como si de vasos comunicantes se tratara, en actos de sociabilidad brillantísimos. En apenas quince días había estado en Grenoble, París, St. Malo, Toulouse, Dijon, con una pequeña estancia en Friburgo. Sin rumbo fijo, en todos los sentidos. Por primera vez, esa frase, sin rumbo fijo, le pareció a Elvira algo positivo. Elvira escuchó el sonido de las llaves en la puerta cuando el relato había virado bruscamente de tono. Ana, de la noche a la mañana, se había sumido en una tristeza tan profunda como brillante había sido la anterior felicidad, su caligrafía se había vuelto irritable y dolorosa al relatar la maraña de oscuros pensamientos que comenzaban a asediarse. Había vuelto del viaje y el mundo perdía de pronto el sentido, no encontraba ningún placer en su vuelta a la normalidad. Una irritación muy profunda atravesó a Elvira cuando hubo de levantarse de golpe y dejar el diario justo en ese pasaje. Corriendo, encendió las luces y se metió en la cocina simulando estar preparando algo, mientras Luis se acercaba por el pasillo. Por primera vez se sintió incómoda, no tanto por haber faltado a sus supuestos deberes caseros, como por temer una vez más la reprobación de su marido. Él se le acercó por la espalda, pero Elvira le rechazó con brusquedad. Estaba enfadada con ella misma por no ser más valiente, por no atreverse a contarle que se había pasado la tarde leyendo. Esa noche no hubo caricias bajo las mantas.

Así pasaron varias semanas, viviendo al compás de Ana. Pese a los cambios de humor, Elvira se sentía inmersa en un devenir con sentido, sentía que fluía, y Luis acabó acostumbrándose a los vaivenes. Al fin y al cabo a menudo Elvira se mostraba tan vital y sensual como nunca antes lo había estado, y esto provocaba que él mismo también se sintiera vivo.

El diario era extensísimo, una letra minúscula y apretada había compactado media vida en él. Elvira se imaginó a Ana escribiendo en sus páginas, colocándolo cuidadosamente en la maleta en todos y cada uno de los destinos que había decidido explorar. La espiral dolorosa de Ana había durado mucho. Una España negra y absoluta se pincelaba en sus palabras, grandes monstruos totalitarios reprimían su sexualidad, sus ideas, su ímpetu. Sin embargo, Elvira no hizo ninguna atribución de culpa, no pensó que esa negritud fuera un precio muy alto por la alegría vivida. Y esta nueva actitud era un cambio, una sorpresa, pues Elvira había aprendido muy bien la lección de la culpa. Sin saberlo, sin quererlo, a veces se sentía culpable hasta por respirar. Fiel a su carácter, Ana había conseguido abandonar España y se había labrado un futuro impresionante en Francia. Había estudiado derecho y ejercido de abogada combativa, apasionada, en puntos hasta febril. Hacia el final del diario aparecía Mario, del que Ana se enamoró y por el que volvió a España, hasta que un viaje a Túnez volvió a sembrar en ella las ganas de libertad. Lo que más fascinaba a Elvira de Ana, es que ésta no tenía ningún miedo, ningún remordimiento, ningún sentimiento de culpa. Para una mujer como Elvira, andar por la vida sin un lastre como éste era casi como no ser una mujer, al menos así se lo habían enseñado. Calla, aguanta, disimula, no pidas mucho.

Estas máximas aprendidas contrastaban mucho con la dulce alegría de vivir de Ana.

Pero un día el diario se acabó. Y a partir de ese momento las cosas cambiaron para Elvira, si bien es cierto que los primeros días todo se mantuvo en suspenso. Elvira volvió al rastro, en busca de nuevos vestigios de Ana. Al fin y al cabo, si había encontrado tan fácilmente dos objetos relacionados con ella, la posibilidad de encontrar nuevas pertenencias en el mismo puesto no era remota. Pero el caso es que, tras un par de semanas de infructuosa búsqueda por el rastro, se desanimó. El proceso que había iniciado a los cincuenta, se retomó como si nada hubiera pasado, en un lento descenso, apático y triste. Sin ninguna vida ajena de la que ocuparse, el vacío se instaló de nuevo en su cotidianidad.

Un mes más tarde, en otro fin de semana solitario debido a una guardia de Luis, Elvira compró un periódico y se sentó en la terraza de un bar a leerlo, aprovechando el insospechado buen tiempo. A su lado, un hombre de unos cuarenta años hablaba por su teléfono móvil y hojeaba asimismo un periódico. Su nuca, fuerte y bien recortada, atrajo a Elvira. Se puso a fantasear sobre su hipotética ocupación, algo relativo al sector inmobiliario a juzgar por el contenido de la conversación telefónica. El hombre terminó la llamada y dejó unas monedas junto al periódico, antes de levantarse. Durante unos minutos nadie vino a cobrar el café que se había tomado y justo cuando Elvira pensaba que alguien se llevaría el dinero disimuladamente, una ráfaga de viento arrastró el periódico y lo deshojó en el suelo, dejando al descubierto una abultada agenda de piel sobre la mesa. En un impulso repentino, Elvira se abalanzó sobre ella, la cogió y se alejó rápidamente del

bar. El corazón le latía con tanta fuerza en el pecho que tuvo que meterse en un callejón a respirar.

Volvieron de pronto los días felices. Había tanto que mirar, tantas anotaciones que sintetizar, que Elvira se sintió de nuevo hinchada de una energía liberadora. El propietario de la agenda se llamaba Carlos Ronda Prieto, planeaba comprar *El antropólogo inocente* y *Una breve teoría de las emociones*, así como asistir al estreno de *La Bohème*. Elvira asistió a aquella representación con las entradas de ese tal Carlos, junto a un atónito Luis que se sentía entre herido y agasajado por ser invitado por su mujer, y se leyó ambos libros de un tirón. Luis empezó a acostumbrarse a los nuevos hábitos de Elvira, a sus nuevas lecturas, y sobre todo, a la pasión nocturna que acompañaba a esas oleadas de actividad. Durante un mes, se reanudaron los despertares bajo las sábanas, cada vez más imaginativos, y Luis parecía decidido a no pensar, a no preguntar. Pero al cabo de cinco semanas, Elvira había consumido el contenido de la agenda por completo. Carlos Ronda Prieto no tenía nada más que ofrecer, nada más que dar, Elvira ya no podía perderse dentro de él, dentro de su vida.

Las siguientes semanas estuvieron llenas de cubos y de lejía. Una fuerza ya conocida la impulsaba a limpiar noche y día, a ordenar, a cocinar. Luis la observaba sin comprender, temiendo que estuviera volviéndose loca. Rebuscando en los cajones, había encontrado algunos indicios de que su mujer hacía cosas extrañas, entre ellas un diario con apuntes de historias a las que en un principio no había dado importancia hasta que descubrió la agenda de Carlos y comprendió que no eran ficción. Luis era un hombre de pocas palabras, un hombre de acción. No sabiendo cómo actuar, permaneció a la espera. Al regresar del hospital, esperaba unos minutos delante

de la puerta de entrada antes de abrirla, preguntándose en qué estado encontraría la casa. Generalmente la cena estaba hecha y el resto de la casa recogida, pero siempre había alguna cosa que no estaba en su sitio, algo con lo que Elvira había lidiado durante todo el día. Unos días era la gran librería, que aparecía vacía, como un esqueleto desnudo y avergonzado frente a la limpieza de cada uno de los libros que tan orgullosamente había protegido, otros días era el armario, desgajado de par en par frente a las pilas ordenadas de ropa organizadas de forma más eficiente, más perfecta. Y así durante dos meses. Sin parar. Lo peor de todo es que Elvira, a través de estos profundos rituales de evitación, no consiguió sentirse mejor. Detrás de aquellos armarios, bajo aquellas estanterías, siempre acababa encontrando la pavorosa imagen de sí misma.

Aquel año las Pascuas llegaron muy tarde, prácticamente a finales de abril. Pilar, la vecina de enfrente, le dejó las llaves a Elvira para que le regara las plantas mientras ella se iba de vacaciones. El primer día, Elvira, estaba pletórica de felicidad. Si un diario o una agenda le habían deparado tanto placer, se le antojaba que una casa entera sería una fuente inagotable de olvido. Pero últimamente había observado que el deseo, la necesidad de adentrarse en vidas ajenas para soslayar la suya propia era cada vez mayor, mientras que el placer obtenido disminuía cada vez más rápidamente. A mayor necesidad, menos disfrute. A Elvira no se le pasaba por alto el tinte compulsivo de esta situación.

Los primeros días consiguió engañarse por completo. La forma en la que Pilar ordenaba la ropa le despertaba algunas preguntas; se preguntaba por qué así y no de otra manera. Pilar poseía una enorme colección de películas en versión original y Elvira visionó muchas de ellas con curiosidad y

con dificultad, debido a los subtítulos. Una de ellas trataba de una historia de amor coreana entre dos ladrones de casas afincionados al golf. Su belleza no la dejó dormir en toda la noche. Al cuarto día comenzó a crecer la ansiedad y desapareció el bienestar. Había tanto que ver y el tiempo se agotaba tan deprisa. Pilar volvería en un par de días y Elvira no habría podido ver ni la cuarta parte de las películas. La prisa acabó por estropearlo todo y no pudo disfrutar ya de ninguno de los descubrimientos que iba haciendo. Cuidadosamente iba anotando todo aquello que descubría, los retales de vida que robaba imperceptiblemente a Pilar, al igual que había ido haciendo con sus impresiones sobre el diario de Ana y la agenda de Carlos. Los lugares, los momentos, los objetos, las lecturas, eran meticulosamente anotadas en la parte trasera de aquel cuaderno del rastro, que escondía en su mesita de noche bajo la ropa interior. Junto a las listas escribía también sus impresiones, sus reflexiones, que parecían estar más centradas en otros que en ella. Elvira nunca conseguía ser la protagonista de su propia vida.

Pilar, evidentemente, volvió. Y Elvira se encontró peor que nunca en toda su vida. Luis había cambiado de actitud últimamente, se mostraba receloso e incluso preocupado. No hacía más que preguntar a Elvira dónde había pasado el día, qué había hecho. Escuchaba sus mentiras con incredulidad, pero sin delatarse.

Elvira abrió un día la puerta para salir a hacer unos recados y encontró un paquete sin remite y sin franqueo apoyado en el rellano. Con curiosidad volvió a entrar en casa y lo abrió. Durante cinco minutos pareció que el mundo giraba sobre ella a una velocidad vertiginosa. El contenido del paquete estaba sobre su regazo, extraño, potente. Un cuaderno

negro ilustrado con una flor roja y dorada y una ave exótica. No se atrevió a abrirlo, prefirió ir a su mesita de noche para tratar de convencerse de que era una casualidad. Pero allí, bajo su ropa interior, no había nada. Intentó hacer memoria, recordar si en un momento de descuido había dejado olvidado el diario en algún lugar delator. Pero la certeza le decía que no lo había vuelto a tocar desde que Pilar había regresado de sus vacaciones. Recordaba el momento perfectamente, hacía apenas un par de semanas, pues había anotado algunas frases rabiosas y lo había guardado con la decisión de no escribir nunca más en él.

Con una sensación de ingravidez se acercó hacia el sofá y cogió el diario. Lo abrió y constató que no se trataba de una casualidad. En la parte delantera se desgranaba la historia de Ana, y en la trasera se multiplicaban sus propias anotaciones. Tenía una idea precisa de quién era el autor del envío, y esto la llenaba de rabia y de vergüenza. En un intento de tranquilizarse, comenzó a leer sus anotaciones imaginando que era Luis quién las leía, intentando encontrar vaguedades poco deladoras en aquellas impresiones escritas a trompicones. Sin darse cuenta, Elvira comenzó a perderse en las líneas de su propia historia, leyéndola como si se tratara de la vida de otra persona. Le pareció un relato original e interesante, en el que tras los registros y las anotaciones de vidas ajenas, se entreveía la personalidad contradictoria de la escritora. Horas después, al terminar, se dio cuenta de su buen estado de ánimo y se fue a duchar. No fue hasta más tarde cuando descubrió que, por primera vez, Elvira se había interesado por Elvira. Se preguntó por qué no comenzar a partir de ese momento a vivir su propia vida. No sintió ya ningún miedo ante esta idea. Respecto a Luis, ambos sabían lo que sabían.

I NVISIBLE

Laura Moullor Sánchez

Qualsevol altre dia hauries girat el rostre cap a ell i li hagueres respost «maleducat» o «grosser» o potser altre qualificatiu paregut que t'haguera sorgit espontani, alhora que la teua mirada lo hagués tornat gosada el pronunciament despectiu, qualsevol cosa menys romandre callada vorera endavant i aconseguir aquest menyspreu de caire xenòfob cap a la teua persona, tan lluny de la terra a la lluna de com respongueres a hores d'ara, amb el rostre tot ajupit, como si anares a un enterrament i amb la sordesa sobtada d'una melangia inconfessa.

Malgrat tot, no és cap a un cementeri on vas ni és sordesa allò que t'afecta, sinó més bé un pes a l'ànima impossible de suportar, perquè aquest dia cendrós i de pluja esmorteïda no és un dia qualsevol, no, i tu ho saps millor que ningú, per això continues caminant como si res no passara, apurant fins al límit permés la vorera per on els teus peus s'obrin pas

sense un rumb prefixat, fugint de les mirades que s'aixequen cap a tu i del ressò d'aquestes paraules improcedents tenyides de ràbia animal, les quals un vianant t'acaba d'escopir com a guardó, un vianant qualsevol entre un oceà qualsevol de vianants que omplin en aquesta hora qualsevol d'un dia qualsevol els carrers, les avingudes, els passos de zebra i el semàfors, i al qual no has tingut temps ni tan sols de veure quina cara posava.

«Ni falta que fa!»

Dius per a tu. Un vianant que no coneixes més enllà dels pocs mots racistes que ressonen encara ara amb eco cadavèric dins del teu cervell. Malauradament el teu cap està massa castigat pels esdeveniments d'aquest dia marró, sense data que recordar, com per a presentar batalla, ho reconeixes. Estàs cansada d'escoltar els comentaris enlaire que fan referència al teu estat de color, massa farta de les mirades que t'exploren i et persegueixen de carrer a carrer, d'estança a estança, de racó a racó.

Estàs angoixada d'aguantar les cues a l'atur per demanar un treball d'almoïna que existeix al teu passaport d'estrangera, d'estar totes les setmanes d'ací cap allà i d'allà cap ací voletejant per tal de sol·licitar certificats i documentació inversemblant que regularitze el teu permís de residència, cansada d'arrossegar la mirada per terra quan veus un grup sospitosos d'ésser caps rapats, cansada dels comentaris despectius a tothora i fora de lloc, cansada de l'examen de desaprovació d'algunes mirades potser més minucioses que et dediquen alguns ciutadans barons i respectables, gronxant-se de dalt a baix i de baix a dalt, amb xiulits inclosos, sense gaire complexos o vergonyes a l'hora d'efectuar cadascuna de les parades obligades en el contorn del teu cos. Tanmateix

el més preocupant, més enllà de tot açò ja per si preocupant, és la diferència de la gent, d'aquesta gent que no et mira, com si veritablement no existires, como si fores invisible, un esperit mancat d'ombra, i aquesta mancança et condemnarà per sempre la ésser la peça d'un trencaclosques impossible de lligar.

Et recordes que duus quasi dos mesos sense contracte laboral ni cap mena d'ingrés, des que els nebots de la dona major que tenies cura, dia i nit, nit i dia, sense més descans que una vesprada lliure a la setmana, han trobat altra fórmula més adient per dur endavant els comptes de la seua tia multimilionària.

—S'ha acabat.

—Com diu?

—Ja em sents, bonica, s'ha acabat. M'estic referint al treball. Ja no necessitem els teus serveis.

—No entenc el motiu... Potser he fet alguna cosa mal?

—No et calfes la *tòtina*, dona, no és res personal, saps, senzillament que no precisem de tu, res més.

—Però... la senyora Encarna està delicada i necessita d'algú que li tinga cura...

—Ja ens ocupem nosaltres. A partir d'ara deixa d'importar-te el que puguem fer o no fer amb ella, negreta.

I amb aquest mot descarnat i mancat de tot sentiment pensares que donava per conclosa la conversa, però la teua orella hagué d'aguantar amb parsimònia un últim reguitzell d'improperis abans del comiat oficial.

—Res més, “carinyet”, cal fer-se a la idea. Camí amunt i més sort al teu país que ací ja som prou per ocupar-nos dels de fora.

Clar que a la setmana següent descobrires pels teus propis ulls les raons veritables per les quals estaves al carrer sense pena ni glòria, i no era altra que una xicoteta equatoriana que marxava al pas de tortuga de la senyora Encarna, intuïes que amb quelcom menys que un contracte laboral signat mitjançant un llit oxidat, un plat de calent al dia i els diners ben comptats i insuficients per tal de pal·liar les necessitats bàsiques d'un munt de familiars: pares, germans o fills orfes i malalts de fam, misèries i altres penes d'escarni, que quasi amb total seguretat esperaven, igual que el teus, l'almoina des de l'altra banda de les aigües tempestuoses, confinats en alguna aldea perduda al record, a la consciència, crítica i denúncia dels telediaris pels països desenvolupats i capdavanters en tecnologia i progrés.

«És sorprenent», pensares en aquell just moment de l'aparició fortuïta de l'equatoriana, i mentre lluitaves amb el teu subconscient tel·lúric, «és sorprenent com de fàcil pot néixer el sentiment racista en una persona com jo, que pateix en la seua pròpia carn aquest fenomen degradant anomenat racisme», perquè mai fins ara t'havies considerat racista i fins i tot donaries la teua vida a l'instant...

«Ara mateix!!!»

...per un altre món lluny de tants prejudicis, lluny de tantes diferències socials, polítiques i econòmiques, per tal de fer desaparèixer de cop les fronteres nord i sud, les senyeres amb tots aquells colors diferenciadors, i amb elles també les guerres absurdes, els exèrcits militars i mercenaris, i fins i tot aquells que diuen viatgen a l'estranger per mantenir una pau efímera...

«a Afganistan, a l'Iraq, a Haití, a Angola o al Txad»

...aquesta pau plena de gom a gom de matisos i

d'interessos propis i es resumeix al capdavall d'ésser altra gran mentira al servei dels grans oligarques que ho volen controlar tot.

«I quin dubte cap que a poc a poc, ho estan aconseguint!»

Si per tu fóra no hi hauria més d'aquestes guerres destructores de vides innocents, que fan posible aquest odi que alimenta l'ésser humà des de fa segles, mil·lenis, desenes de mil·lenis d'anys potser, ancorat potser ben bé fort en el gens que heretem generació rere generació, aquest odi aliat del rancor, o de la venjança, de l'enveja i d'altres rivalitats absurdes, que ens identifica com a blancs o negres, com a pobres o rics, homes o dones i el qual ens fa oblidar sovint que tots compartim un mateix món i formem part d'una mateixa unitat, universal i indivisible com és la raça humana.

Després d'aquests pesaments aclaparadors, una llàgrima aterrà en la mànega, nascuda d'aquest presagi no gaire nou que et condemna avui i sempre, des del dia que nasqueres i fins aquest present d'angoixa, a viure endinsada a l'esterilitat d'un desert erm sense més eixida que un sol abrasador que cau en picat sobre una ciutat letàrgica construïda no amb felicitat i respect, sinó amb ciment i quitrà.

En un moment donat, passes junt a una paret d'un solar qualsevol, una de tantes parets perdudes en la immensitat de la ciutat dàrsena, sense poder evitar desviar la mirada cap aquell rètol serigrafiat amb lletra majúscula i totpoderosa, amb un blau quasi celestial. Un segon és suficient per desxifrar la frase maleïda sobre la pell de formigó, una frase afegida a les tantes altres frases i mots que prolen a hores d'ara l'espectre marcit d'asfalt i que fa al·lusió al teu color de pell i condició de dona. Qualsevol altre dia l'hagueres mi-

rat amb indignació i desaprovació, amb un pensament dirigit a aquella mà aliena i lletraferida de febres boges, la qual agità primer un pot d'esprai i després accionà el botó del suïcidi personal com a ésser humà, potser sense assabentar-se massa bé del que feia, pujat en les ínfules de rei blanc i sobirà. Activà el seu suïcidi com a ésser racional, tolerant i amb ment lliure i pensant, aquell autosuïcidi que l'allunya una miqueta més com a part solidària i indivisible d'un únic món, un món en perill d'extinció sota l'esquadra i el cartabò als plànols i a la lent del televisor, que ens fa creure en línies ínfimes, fragmentades i plenes d'interessos particulars.

Però aquest dia, como ja vinc dient, no és un dia qualsevol, com bé saps tu, com saps perfectament des d'aquest estereotip d'Immigrant, d'Estrangera i de Negra que t'han penjat al coll, com a soga d'ajusticiat, com a corretja de gos, com a terme fenial del dit acusador, com si en el teu lliure albir hagueres decidit aquest present de peixera i d'asfíxia per a tu i els teus fills hereus, com si el teu pensament al néixer hagués desitjat ser ciutadà de segon, tercer o quart ordre, per poder així obrir el ulls per primera vegada a l'Àfrica desterrada i gaudir només que d'una realitat immediata i segura composta per un ventall de malalties i penúries, sense més elecció que morir d'oblit i de pena o marxar a altres terres llunyanes, ubicades al nord irreconciliable darrere d'un desert inabastable d'arena, deixant la llar, deixant els amics, els familiars i les terres estimades, per arribar amb sort i amb desgràcia a un lloc estrany on el color blanc és signe de fortalesa i el color negre patix una manca de debat seriós a favor de moltes hores de futbol televisat via satèl·lit, de publicitat, pel·lícules de violència concentrada, plenes d'efectes extraplanetaris, i programes tafaners on el plat fort de les tertúlies de cada dia

t'acusen a tu, i al color de les teues arrels mil·lenàries, de tots els pecats i més, culpable de la degradació social i de la inseguretat ciutadana del món desenvolupat, de la falta de treball i expectatives pels joves, de l'elevat preu de l'habitatge, de la droga i delinqüència que regolfen als carrers i, ja de pas, de la crisi del sector audiovisual, ramader, turístic i automobilístic, com si l'explotació laboral i la seua dolenta qualitat i renumeració a quatre euros l'hora, la inaccessibilitat de l'habitatge i la pujada dels carburants i del menjar, entre altres temes en tensió, foren fruits d'aquesta pell teua i condició de haver nascut dona, i no d'altres totpoderoses raons responsables d'haver transformat a un bon munt de ciutadans de primer ordre en poc menys que pollastres teledirigits, obedients, presoners dins de granges d'explotació i control.

Lluny d'aquestes diatribes mentals, aquest dia, com ja us dic, com ja saps, no és un dia qualsevol per a tu. Avui és el dia en què la teua moral descendeix als inferns prohibits, a sota terra. Molt lluny queda ja el record dels dies d'alegria i de màxima esperança que et van fer saltar de la pastera i veure amb optimisme aquesta Europa lloada: l'Europa de les oportunitats, de la riquesa i del benestar ben administrat, un horitzó desconegut fins llavors i tanmateix poblat de somnis de felicitat infinita, suficient per tothom i més, de braços sempre oberts a l'hospitalitat. Dia a dia, hora a hora, minut a minut, el torrent de sensacions dolces i reconfortants anarem minvant fins que la llegenda d'*El dorado* va ser reemplaçada per un malson insuportable, un malson del qual no pots despertar encara avui per més que ho desitges. Tot just aquest dia sense data que recordar, arriba aquest somni impossible al fons més fons del teu esperit marcit. Sense treball, sense llar, sense més amic que aquell núvol passatger que s'aixeca dalt

de l'atmosfera carregada de pol·lució, dalt dels gegants de vidre i d'acer, dalt de les antenes parabòliques i dels repetidors, per sobre del soroll i l'olor tísic a jungla d'asfalt; aquest dia funest, aquest dia sense color ni forma, anòmal i mancat de tot, notes com marxa el teu últim alè d'esperança.

Asseguda en un banc qualsevol de l'estació del Nord, prompte perds la noció del temps, mentre observes el divagar cadenciós de les màquines sobre les vies i la gent al llarg de les andanes: vides paral·leles, testimoni silenciosos, que van i vénen al ritme de portes que s'obrin i tanquen amb rapidesa, al ritme de xiulits de vertigen, al ritme de veus enregistrades i cansades que recorden als passatgers les eixides immediates.

Malgrat el grapat d'hores que romans sense prendre cap mos, des del teu últim frugal entrepà, una vegada més desatens la petició i reclam del teu estómac, ja ronc de tant cridar, el qual canta des de fa estona una serenata molt particular.

«No és temps de menjar», et dius, ni tan sols de plorar la pèrdua de l'últim amic, l'amic el qual hagués pogut fer que les coses a hores d'ara foren diferents. Però és massa tard per a reconciliacions tedioses i avorrides, per fer retrocedir el temps i canviar els esdeveniments. «Massa tard per a tot!», esclates en un crit intern de ràbia alhora que acorones els teus cabells solts, els quals la teua posició d'arc els fan quasi tocar terra. Ell, l'Aluad, l'últim amic, mor definitivament a la teua vida, deixa d'existir per convertir-se en buit. Ell, que va creuar el mateix desert de pedres i arena infinita, que va viatjar en la mateixa pastera d'esglai, que va sortejar el mateix estret d'aigües tremoloses i fosques, on un oceà i un mar ombrívol amb nom propi esclataven en una lluita salvatge i ininterrompuda de bromera i d'ones. Ell, que va arribar al

teua costat amb voluntat d'amic i t'ajudà a fer llum en els moments de crisi. Ell, que fou home invisible també als ulls del desenvolupament. Ell, que ha sigut fins ahir mateix veu d'ànim i de coratge, punt d'auxili en alguns terratrèmols pastas, oasi en les dunes de la idea dantesca que et va fer qüestionar seriosament els teus principis fonamentals.

Ell, aquest dia sense data que recordar, ha traït tot allò construït al llarg dels últims tres anys, tot just quan més necessitaves de la seua mà reconciliadora. No et dol més l'acte ominós i cruel que el fet que vinga de la persona que més estimes, que més va merèixer de la teua confiança i aquell títol honorífic d'amic, per la qual hagueres vessat la teua sang fins no deixar gota si haguera sigut menester.

«Sense debutar-ho ni un segon!!!»

Tanmateix, l'Aluard l'amic, l'Aluard la veu tranquil·litzadora, l'Aluard el guia del desert, l'Aluard l'amant clandestí durant les nits atapeïdes d'estreles, ha marxat a altra galàxia desconeguda, des d'aquest mateix matí i ja per sempre, quan el seu remolí furiós i voluntat ominosa han volgut veure't convertida en esclava per sempre sota la seua concepció de dona pública.

—Perquè la pell negra està molt ben valorada en aquest mercat de carn i goig —va dir ell encara no fa ni vint-i-quatre hores.

Tot seguit tu li respongueres, amb confiança, recolzada sobre la seua abraçada musculosa, ambdós gitats sobre el llit de llençols revolts i olor fresc i trébol de sexe.

—De què parles ara si pot saber-se?

—De tu, de mi, de nosaltres dos, del futur, dels diners que junts podem fer si treballem en equip.

—No comprenc què vols dir, Aluard.

—Doncs això, que posem preu a la teua carn morena i saborosa de dona, però tu no patesques ara, estimada meua, que jo tindrè bona cura d'aquesta mercaderia —i et donà en aquell moment un pessic a la cuixa—. Els teus malucs poderosos, els teus pits generosos i aquest tresor que guarda el teu entrecuix passen tots des d'avui mateix a ser el meu millor negoci —i rigué l'Aluad, rigué com mai l'havies vist riure, amb una brillantor als ulls que t'obligà a separar-te sobtadament d'ell i alçar-te una mica del llit.

—Què... què et passa ara, nena? A què ve aqueixa cara de poma agra, negreta meua?

—No vull formar part d'aquest joc, no, ni pensar-ho —respongueres gosada, sense saber molt bé quina força guiava les teues paraules. I fou en aquell instant de temps postís quan es llevà la seua careta de generositat i bondat infinita, per a deixar veure de l'altre costat per primera vegada la seua vertadera cara enfurida, de dimoni encès en flames. Maleí i després m'empentà amb una força titànica que et va fer caure del llit i estavellar-te a terra. Tu t'incorporares confosa, molesta, indignada...

—I com penses pagar-me tots els favor que em deus, tot allò que t'he dispensat durant aquestos anys? Què dius a açò, negreta dels collons? Què pensaves, potser, que tot el menjar, el sostre i els diners que t'he deixat queien debades del cel? —proferí l'Aluad amb celles arrufades i els ulls contagiats d'una brillantor sobtada.

Tu et quedares quieta durant uns minuts, sense saber molt bé què afegir o com reaccionar, i molt menys disposada a creure allò que els teus sentiments et deien de l'home que fins ara havia sigut font i arbre, sol i lluna, tot un símbol de fortaleza i resistència a la teua vida. Aques prototip d'home

universal de sobte passa a ésser no res, buit perenne al teu univers de somnis. Ell... que ho havia sigut tot.

«Tot, oh Déu meu!»

Per ell no t'havia importat malbaratar temps i tot tipus de favors, per veure'l content i satisfet, cedint a l'escolta de les seues converses masclites i egocèntriques o portser als seus desigs poc usuals d'amic protector.

-Què no tens llengua potser, negra envejosa? Respon d'una vegada, maleïda sigues! Com penses tornar-me tots el diners que em deus? —repetí ell aixecant la veu a dimensions astrals.

Tu respongueres amb un concís i trèmul fil de veu.

—No pense fer-ho, no, de cap manera, això mai!

Aleshores fou quan caigué tot el pes del seu guant de ferro sobre la feblesa de la teua cara, fen-te redolar d'un costat a l'altre del pis. La poca credibilitat que romania encara dins teu morí en aquell precís instant, mentre els teus dits acaraven la dolorida galta. Des de l'impacte del seu puny, el món caigué als teus peus sense possibilitat de resurrecció a una segona vida. L'últim llaç que et lligava a aquest món immisericorde, de la realitat i sentiments ficticis, es va fondre com floc de neu davant les flames voraces d'una foguera sobrealimentada.

Arribes al barri prohibit a l'hora prohibida. Les clavegueres i els racons dels portals veïns parlen el seu llenguatge místic de deixalles humanes, de fruita podrida, d'orina acumulada al llarg d'un èxode de nits de festa ininterrompuda i mancada de relлотge, que contagien amb el seu efluvi parets, voreres, cotxeres i portes obertes a la foscor de la nit penitent. Camines tremolosa pels carrers, amb la inconfusible sensació de xafar xicle sota les sabates, aquesta sensació bruta

que saps molt bé deixa com emprenta les mescles edultorades de l'alcohol, ja impossibles d'esborrar sobre el paviment d'antífores d'incendi. A més a més, aquestes parets monolítiques i de dimensions monstruoses transpiren el mateix condiment xenòfob que aquella altra recepta que has llegit aquest mateix matí en la pell de formigó d'una paret qualsevol d'un solar qualsevol de la ciutat dàrsena, però amb una concentració inusitada d'odi i de virulència, molt superior a aquella altra, sense un mínim espai lliure que no ocupe la lletra dolenta i acarnissada amb un mot, un color, un rictus característic que t'assenyala directament a tu com a víctima, i neix com a conseqüència de la creació i el lliure albir, allà en la nit dels temps, d'un Déu fascinant pels colors i formes, per crear contrastos dins d'un mateix cresol, capritxós a l'hora de modelar l'argila que defineix les alçàries, els estats intermedis entre la grossor i la feblesa extrema, la multiplicitat de textures de pells, els cabells més arrissats o llisos, més foscos o rosats, les mans més o menys fortes o rugoses, les mil formes existents de fixar un nas entre les galtes, de compondre orelles i ulls o de col·locar més tort o dret el dit menut del peu dret.

Et veuen creuar el carrer i ja des d'aquest primer instant sent totes les mirades caure sobre tu, amb un pes tan aclaparador que sols quelcom paregut a un miracle fa que no caigues de cop desmaiada a terra. T'observen, primer amb expressions incrèdules d'allò que defineixen els seus ulls depravadors com...

«una Negra captaire, com una Estrangera degradant, com una Immigrant invasora vinguda del tercer món subdesenvolupat, ple de deserts, cactus i pedres!!»

...quelcom diferent, i després alimentats més i més per una idea voraç i caní bal que no escapa a la teua percep-

ció, aquesta idea primitiva de saciar l'instint xuclador propi d'aquells que cruen una raça superior, destinada a l'epopeia. Venen cap a tu reient alguns acudits, assenyalant l'evidència del teu color prohibit per aquest contorns, la teua condició de dona, donant les gràcies també a un deu exigent i alhora extingit fa més de mig segle junt les flames de l'holocaust jueu.

«Gràcies per escoltar les nostres pregàries, oh Pare Suprem, per haver-nos manat un present tan valuós!!»

Llegeixes als seus ulls oberts de bat a bat un desig, una intenció. Però succeeix en el moment decisiu en què la teua figura va ser engolida per un remolí de cossos tot el procés quedà interromput. T'adones prompte del que està passant al teu voltant, de què cosa els ha detingut quan pareixia que no res tenia ja marxa enrere. No és la llàstima o la indulgència cap a tu el que els ha aturat. No, no és l'esperit humà que ha reviscolat en l'últim segon fent reflexionar les seues ments monstruoses, ancorades en la decadència d'un temps ominós...

«No»

...sinó la teua mirada encesa i decidida, la teua ànsia de recerca i disponibilitat d'acceptar de braços oberts el destí furibund. Açò i sols açò els fa dubtar del següent pas a donar, els fa mirar els uns als altres davall l'estupor i l'expressió bocabadada que els fa formular la pregunta inconfessa de "Què hi fem ara?", sense trobar motiu ni estímul suficient per a desfer-te a trossos i fer del teu cos aquell sàbat mundial que ens fa veure als plànols i per televisió, ple de fronteres traçades a base de guerres fictícies, esquadres i cartabons i altres línies inversemblants i infinites d'interessos privats, els quals

xoquen en un nuc de rivalitats i absurditats impossible ja de deslligar.

Així doncs, contra tot pronòstic, queda el joc d'escacs suspès en un punt en el qual cap dels jugadors es decideix a moure fitxa, ambdós per igualar perdedors i guanyadors, amb aquella por inconfessa de donar el següent pas que els durà més enllà d'aquest estat de neutralitat, on tot és possible, i farà conduir a u cap a la glòria i a l'altre cap a l'exili d'ombres. Observes com cap d'ells dóna una ordre, un crit de guerra, un senyal nímia que els puga fer llançar com a fires salvatges sobre el teu cos indefens que ha perdut la característica d'ésser invisible. Després d'uns minuts de mirar a un costat i a l'altre, d'observar de front l'oceà de rostres, t'adones que estàs rodejada per estàtics ninots de falla, de molins més que per gegants, d'escombraria al capdavall impossible de reciclar, la qual no passarà la línia que us separa, perquè no res succeirà d'ací un minut, ni de deu ni d'una dotznea d'hores per més que vulgues esperar.

Prompte comprens que aquest munt de personatges grotescos que et rodeja, que no s'atreveixen tan sols a sostenir més de dos segons seguits la teua mirada fosca com la nit, es una colla d'esperits pobres i covards, incapaços de fer no res sense una ordre vinguda de dat. Així doncs...

Així doncs, i sense més demora, pronuncies tu mateixa les paraules màgiques que et condemnen a l'oblit etern, a desaparèixer sota un huracà babilònic de braços rabiosos, de dents famolenques, d'ungles afilades, d'ulls injectats en sang, que no deixen de tu més que fragments indefinits d'un gran trenclaclosques impossible ja de recompondre. Cavalcant en un sospir de vent vas allunyan-te de les tenalles preses-

res que t'han fet romandre mitja vida en aquest món malalt d'egoisme i ceguesa col·lectiva...

«d'aquest món de blancs, aquest món d'HomeS i no de dones, aquest món CeC i malalttttt...!!!»

...rumb ascendent cap aquell tros de cel sense un ColoR a sobre d'altres, sense fronteres nord I sud, sense prejudicis i riValitats abSurdes, on tot és una mASSa contínuaa i infinita, sense divisions fetes a escairE i cartabÓ o mitjançant altres líiinies infinitesimals d'inter\$\$\$os, sense més realitat immediata i veritable que la que conforma les ones del mar, les *roques*, el vent o la *pluja* que rellisca des de la volta celeste i es precipita...

UN SECRETO ENTRE ELLA Y YO

Verónica Palomares Langa

Cuando la volví a ver, Verónica, estaba como siempre... Bueno, al mirarla atentamente se veía que los años tampoco habían pasado en balde para ella. Aunque, vestida con vaqueros ceñidos y botas altas, que por otra parte, era como esperaba verla vestida, me parecía un poco más rellenita.

Casi no podía ni andar, pues esas botas llevaban un tacón casi imposible, pero pisaba con la seguridad necesaria para que los trabajadores de la compañía del gas que andaban por allí le dijeran cuatro barbaridades.

Con la cara dura con la que yo la recordaba y la pseudo-seguridad que da la edad (andaba ya por los 45) se volvió y dijo “ ¿Me estáis diciendo a mí? Claro, más burradas y algún comentario simpático. Bueno, que la tía vuelve a pasar moviendo más el culo, saluda, y se sube al coche. Pendientes enormes de plata y unos anillos tan imposibles como los tacones de las botas.

Ese día fue mágico. Con el coche nuevo y un equipo de música potente cualquier mujer como Verónica se sentiría feliz. Escuchaba A Depeche–Mode y llegaban a su memoria un montón de recuerdos del último concierto que vio con su “ex” en Torre vieja cuando pasaron un par de días maravillosos con otros amigos más.

Sonreía acordándose de los intentos de Él en tararear las canciones del grupo, que no tenían absolutamente nada que ver con el sonido real y que, aunque sabía de qué canciones se trataba le pedía una y otra vez que las repitiera,

Yo me hubiera puesto a llorar. Llevaba más de un año llorando cada vez que algo me recordaba a mi novio y todo me lo recordaba, así que lloraba continuamente y casi siempre con lágrimas.

Me preguntaba como una persona en la situación en la que ella estaba, tenía ganas de perder el tiempo pensando qué sortijas le iban con el suéter, ¡Increíble!

Me dio envidia su aspecto. Yo, hacía tiempo que no me ponía algo ceñido. Engordé como ocho kilos en estos últimos años. ¿Un kilo por año de relación? ¡Que curioso! Bueno ¡Qué putada!

Ese rollo de “cada uno es como es” y tal, me había llevado a convencerme de que era de lo más natural engordar con los años y bajarse de los tacones, que ese look atractivo-sexy, de “ cómo me gusto y cómo miran todos “ ya no era para mí...

El lo era todo en mi vida. Todas las noches hablábamos durante mucho tiempo de los problemas diarios, de la convivencia con nuestros compañeros o empleados. Era para mí la base sólida en la que apoyarme

Toda mi vida había sido y es una continua sucesión de improvisaciones y no saber qué va a pasar.

La vida de una persona con empresa propia es una aventura multirriesgo que a veces arrastra a la pareja, aunque algunas veces proporciona un divertimento especial:

- “He cobrado lo de Ayuntamiento Este fin de semana nos vamos a comer a Denia.

- ¡Hola! Mañana no trabajo, así que esta noche me quedo aquí. Y me quitaba el abrigo y debajo no había ropa.

En realidad, me la quitaba en el ascensor, no era plan hacerse 30 Km desnuda.

Eso debía ser al principio, porque con el paso de los años, el desprecio hacia mi cuerpo gordito y asqueroso no me permitía ni siquiera pensar en este tipo de espectáculos

Verónica llevaba unas cejas preciosas, bueno, a mí me lo parecían.

Eran unas cejas estudiadas que a mí me gustaban y que seguramente costarían demasiado dinero de mantener, el pelo suelto le favorecía. Claro debe estar limpio y cuidado.

Yo debería ponerme mascarillas y no ser tan vaga, porque cambio mucho con el pelo suelto y el alisado me sienta muy bien.

No me extraña que Él rompiera la relación, seguro que a ella no la hubiera dejado.

Una amiga como Verónica me vendría muy bien, la veo alegre y divertida; aunque no lo entiendo porque está sola, y nadie le va a regalar ningún ramo el día de los enamorados, como a mí y no me hace ninguna gracia.

Me acercaba los 45 años y odiaba mis manos y mis rodillas. Estaba claro que así no podía seguir, necesito un plan personalizado. Plan Renovación Exhaustiva: tendría que ir al gimnasio.

Decidí acudir al gimnasio cercano a casa, donde hace años pasaba horas y horas de entrenamiento con unos compañeros estupendos que no hacían más que tirarme los trastos y que yo me empeñaba en rechazar.

Me agobiaba la idea de encontrarme con los antiguos conocidos y que vieran lo deteriorada que estaba. Además tendría que explicar que tenía algunas lesiones y que ciertos ejercicios no podía hacerlos. Empiezo a sentirme mal y a querer llorar.

Debería haber pensado mejor estas cosas antes de romper con Él. Hoy no voy a ir.

No hace mucho, le comenté a una amiga que pensaba que mi vida se había acabado, que nadie iba a volver a quererme y que los fines de semana a partir de ahora iban a ser una tortura.

No suena el teléfono, no hay mensajes nuevos. Antes me sentía sola, ahora estoy sola y no valgo una mierda.

Cuando entré en el gimnasio pasó algo que no esperaba. Allí estaba ella. Saludando a todo el mundo, comentando

alegremente cómo le habían llevado hasta allí sus michelines y dejándose adular como la vieja gloria que era.

Llevaba una camiseta de manga larga ajustada y un pantalón negro de licra ceñido con campana y anudado a la cintura una sudadera muy mona que según ella le servía para disimular el culo y marcar cintura. Le dijo al entrenador, que la conocía y tenía más o menos su edad, que le daba seis meses para hacer de ella una máquina sexual.

Yo, con las mallas y la camiseta grande sin hombrecas parecía un saco de patatas.

Cuando me vi reflejada en el espejo me di pena. La dieta debería empezar a funcionar.

Los fines de semana podrían ser peores, pero no se me ocurre cómo.

Por la mañana del sábado estaba lo de la limpieza de la casa y al mediodía comer en casa de mi madre, podría comer en mi casa, hacer la siesta, ver la película, otra película, cenar en casa, en casa de mi madre, ver la película, otra película...

Siempre podía ir a trabajar un rato, de cualquier modo, no hacía falta arreglarse mucho y eso es cómodo.

El domingo es mejor, porque se acerca el lunes. Puedo ir a pasear con mi madre, no ir y también puedo esperar en casa que suene el teléfono y que alguna amiga quiera salir un rato. No quiero llamar. Nadie quiere salir con alguien como yo. Iré a ver a mis sobrinos esta tarde. Creo que le empiezo a molestar a mi cuñado.

Ella se levantaba cuando quería. Lo más habitual era poner la música a tope (Depeche Mode) y poner la lavadora. La noche anterior había organizado una cena y la cocina daba pena. Sin embargo, y después de darse cuenta de que tenía que comer con su madre, decidió que los cacharros podían esperar y que se iba a llevar a su madre a un chino.

Lo pensó mejor y le dijo a su hermana que iba a comprar comida china y que iban madre e hija a comer con los neños. Llamó a su madre y le dijo que no hiciera comida porque se iban juntas a casa de Ana y cogió la plancha del pelo, para que después de comer le alisaran la melena. Todo esto en cinco minutos incluyendo los dos minutos en los que estuvo recordando lo que le molestaba a su exnovio su capacidad de cambiar de planes e improvisar la solución para cualquier situación, que por otra parte se había ocupado de crear, de forma gratuita.

Su familia, siempre recibía con agrado sus visitas, porque siempre tenía algo que contar o se le ocurría alguna actividad que realizar en común. Lo de la comida china era una tontería comparándolo con la comida mexicana del día de Reyes.

Disfrutaba de la compañía de su familia, hasta que alguna de las varias personas a las que había llamado para salir, le llamaba al móvil. Educadamente le preguntaba a su madre si la llevaba a casa y se marchaba con el pelo liso o rizado.

Yo por mi parte, siempre encontraba excusa para no acudir a las escasas invitaciones que me llegaban, porque pensaba que eran pura lástima, las de ella le llegaban por su buen humor y por una entrañable solidaridad por parte de

sus amistades, que había sabido fomentar y que sabían que a pesar de todo, pasaba por un momento difícil.

Cuando apareció el príncipe le pilló en un día “tipo A”. Con el pelo suelto, recién maquillada y vestida de negro y tacón alto, los hombres se volvían a mirarla. Además con esas gafas tan grandes y de marca, no se veían las patas de gallo. Estaba decidida a no quitárselas, aunque cayeran chuzos de punta.

¡Qué alegría volverte a ver! ¿Cómo estás? Estás guapísima!

Lo único que estaba claro es que él si que estaba guapo y que las gafas se iban a incrustar en la piel. Después pudo más la educación y se las quitó.

El príncipe pareció no asustarse mucho ante tal horror e insistió en quedar para charlar y tomar un café con más tiempo. Parecía increíble que una persona como él perdiera el tiempo en quedar con ella. Debía estar pasando por un mal momento y se agarraba a un clavo ardiendo.

Qué sensación tan maravillosa volverlo a ver. Cuando quedaron aquella tarde después de posponer la cita varias veces, por motivos de trabajo, llevaba la sonrisa de oreja a oreja.

Veinte años son muchos años y también pocos. Recordamos viejos tiempos obviando los temas que nos separaron y los que podían ser negativos si queríamos recuperar la amistad. Bueno, ahora podríamos considerarnos amigos, o eso pretendía yo; hace 20 años... no sabía lo que eran, pero le encantaba.

El trabajo me agobiaba. Últimamente nada parecía salir bien. La inseguridad que hay en mi interior se traslada al trabajo y también pongo excusas para abrir la persiana algún día.

Lo que más me desespera es no poderle contar a nadie mis problemas laborales. Antes hablaba con Él todos los días. Ahora no hablo con nadie.

Si por lo menos hubiera tenido hijos, ahora tendría de quién ocuparme, podría salir con otras personas en mi situación. Encontraría a algún separado que tuviera hijos y que quisiera cargar conmigo, supiera lo difícil que es estar solo y me necesitara.

Estaba en el limbo de los adultos, una extraña idiosincrasia que se caracterizaba por la independencia más absoluta y la libertad total, nadie me condicionaba ni me impedía hacer nada, no tenía que consultar ningún asunto con nadie y decidía siempre que hacer. Absolutamente patético.

Según yo, una persona que no tiene que explicarle a nadie dónde está a las once de la noche no vale nada. A veces me pregunto porque soy tan cruel conmigo misma.

Empecé a desarrollar mi teoría de establecer hábitos diarios, por ejemplo, llamar todos los días a alguien conocido con el fin de que alguien me echara de menos si me moría alguna noche. A pesar de mi baja autoestima, me preocupaba que mi cadáver estuviera descompuesto, cuando me encontraran, después de un mes .

Me encontrarían después de un mes, porque la única persona que podría tener interés en encontrarme sería mi empleada, para cobrar la nómina

Siempre estaba mi madre. Podría cenar todos los días con ella, pero, en ese caso, el plan de mejora integral se iría al traste, porque como mi madre está un poco depre, siempre acabo cocinando succulentos platos para hacer de lo cotidiano algo especial y de postre, naturalmente algo prohibido

Soy un chollo.

Mujer madura que se conserva bastante bien y mi trabajo me cuesta, profesional independiente, con horario variable, extensible y anulable; la reina de la improvisación, además no tengo hijos, con lo que mi disponibilidad es total.

Después de dar varias vueltas de reloj biológico, me he dado cuenta de algo: una mujer de mi edad que no ha tenido hijos, es porque no ha querido, o por lo menos ese es mi caso, creo yo. Entonces soy el paraíso de los solteros sin hijos, puesto que si no han tenido hijos es porque no han querido y seguro que piensan que es difícil encontrar una mujer que no quiera tenerlos con ellos. Se equivocan: estoy yo.

Otro sector: divorciados con hijos. Seguro que piensan que sólo pueden encontrar mujeres en su misma situación y lo difícil que resultará esa conciliación de los hijos de ambas partes y la posibilidad de que la nueva pareja quiera tener un nuevo hijo común. Complicaciones. Se equivocan: estoy yo.

La madrastra perfecta. Es mi papel. Soy la mejor tía para los hijos de ellos, aconsejo pero no interfiero, me encantan los niños, son lo mejor. Siempre he querido ser padre; Además, ser un personaje de cuento me encanta: “Es mi madrastra”. Soy un chollo

Es necesario venderse a una misma; venderse y comprarse, Me quedo con esta mujer, me gusta como es, todo lo que ha hecho en la vida. Algunas veces son cosas importantes otras veces cotidianas y simples. La mayoría repetitivas y sin trascendencia, pero llevan su impronta.

Estilo. El estilo de cada persona, su forma de hacer, de transmitir y dejar pasar la vida.

Estilo de sufrir, de aceptar, de trasformarse, de evolucionar.

Ayer me invadió una profunda tristeza, por circunstancias totalmente casuales, me encontré a las doce de la noche, saliendo de una reunión, conduciendo por una carretera que tardé algunos minutos en reconocer. Había cogido la dirección contraria y me dirigía hacia una pequeña población cercana a Valencia. Quería volver a casa después de un día problemático y el azar me llevó a recordar los tiempos no tan lejanos en los que, llena de impaciencia e ilusión, cogía esa carretera para dormir con Él.

Si fuera un niña hubiera empezado a hacer pucheros, cuando me di cuenta de por donde iba, sin embargo, tragué saliva e hice un gran esfuerzo por no llorar. No se qué, ni por qué, tenía que revivir esas sensaciones precisamente después de un día semejante

Pero en ese momento aprendí que el corazón es un poco cabrón o un gran maestro cuyos procedimientos para cicatrizar heridas son algo crueles.

Las llamadas de ayuda que lancé van surtiendo efecto. Mi teléfono suena y hay propuestas para el fin de semana. A veces las propuestas salen de mí. Maravilloso.

Una amiga me llamó para contarme que se separa y está hecha polvo. He quedado con ella para comer. Es una tía estupenda, todas la envidiábamos cuando estábamos en la facultad y creo que no había ningún tío al que no gustara.

Bien, aquí estamos las amigas, las personas, para escucharnos y dejar que la vida pase a pesar nuestro.

Me cuenta que se siente sola, que no esperaba tener que pasar por esto, que ya está mejor y yo le hago reír, le cuento que se abre una nueva vida delante de ella, que se cuide y que estoy disponible para cuando me necesite.

Yo, dando consejos y animándola. Le digo que está muy guapa con el pelo suelto, y que siempre ha llevado unos zapatos preciosos y que siga así, porque la veo algo descuidada... La autoestima por los suelos. Le explico lo del plan integral y le hace mucha gracia, porque nos estamos comiendo un tiramisú y una tarta de chocolate negro.

Empiezo a acordarme de la Verónica que yo admiro y me doy cuenta de que mi amiga era como ella. No es posible que una ruptura anule a las personas, las minimice, hay que recuperar la alegría, la ilusión, nuestro valor.

Tomar decisiones, hacerles frente. A lo hecho.. pecho. Que las tomas tú, estupendo, que las toman por ti, menos estupendo; que la vida te las impone, pues a ver que hacemos. Eso es lo que hay ..., así que veamos a quién queremos parecemos.

Yo de momento me gusto así, soy la persona que en-

vidio. A veces, cuando vuelvo a encontrarme triste, pienso en mi dualidad y acabo con la Verónica insegura y llorona que no soluciona nada y todo lo ve mal. Esa persona contagia pesimismo y tristeza, la otra se va recargando como la batería de los coches y da la sensación de que no se agota nunca.

La persona que tu envidias está dentro de ti, sólo tienes que buscarla y presentarla en sociedad.

Aquí estamos mi Verónica y yo: “te veo muy bien y más delgada” Además como ya no lloro, me han desaparecido las ojeras. Bueno, no es verdad, pero no estaría mal.

Mañana llamo a mi amiga a ver si puede dejar a los nenes y nos vamos al cine, si me llama mi príncipe tendré que elegir, aunque no creo que llame.

Si llama, puedo quedar para comer y voy por la noche al cine... aunque había quedado con mi madre para ir a la pelu... y por la tarde debería ir al gimnasio. Bueno ya veremos que pasa mañana, de momento voy a plancharme el traje de chaqueta que quiero llevar, porque quiero tener un aspecto envidiable. Mañana es el día de los enamorados y he planteado una quedada general de todas las colgadas que conozco para hacer el “novio invisible” de forma que nos regalamos cositas con una flor para reírnos de nosotras mismas. Me parece que si llama el príncipe no cogeré el teléfono.

La mujer que tu envidias, eres tú.

E BELIA

Magdalena Pecina Menéndez

Paquito me miraba fijamente. Sus ojos de color negro azabache parecían traspasarme. De nuevo formulaba su pregunta, y como siempre mi silencio por respuesta. ¿Cómo puedo contestar cuando todavía, después de treinta años de internamiento, no sé si estoy loco? Ellos dijeron que sí. Tres eminentes psiquiatras certificaron mi demencia y pasé de una cárcel de cuerdos a una de locos. He pasado interminables horas en la más absoluta oscuridad, preguntándome dónde está el límite de la cordura, dónde el de la locura. ¿Y si los locos estuvieran fuera? ¿Y si fuésemos nosotros los cuerdos? ¿Quién lo sabe? Paquito no deja de insistir, sigue impassible sentado frente a mí esperando que le conteste. Me gusta su constancia, su paciencia. Tiene veinte años, es alto, muy delgado, su pelo de color negro cae lánguidamente sobre su frente. Hace sólo tres meses que compartimos celda. Es tremendamente amable, cariñoso, confiado... Nos veíamos

en el comedor y no sé cómo empezó una sana amistad. Él me trata como si fuera su padre, en cambio yo intento no tratarlo de ninguna manera. Me sigue a todas partes. Le gusta que le cuente cosas, anécdotas de mi vida. Le hablo de mis tiempos como profesor, de mi asignatura favorita, las matemáticas... Amo los números, ellos son para mí el entretenimiento perfecto, nunca se acaban las combinaciones, puedes estar todo el día jugando con ellos y no terminas nunca. Disfruto con el desarrollo de la operación para llegar al resultado, sin embargo a otros sólo les interesa el resultado. Nunca olvidaré que fue precisamente la diferencia entre dos cifras lo que me condujo hasta aquí. El resultado no era el adecuado para la sociedad, esa sociedad que nos etiqueta a su conveniencia.

Paquito sigue insistiendo para que conteste a su pregunta. Con frecuencia me dice que todos están aquí porque han hecho algo malo. Tengo entendido que Paquito asesinó a su padre, aunque él dice que no lo recuerda y yo le creo. Cuando las experiencias son tan dramáticas, el dolor es tan intenso que para no sentirlo olvidas lo sucedido. Con frecuencia me comenta que se han debido equivocar, que él quería a su padre y de la forma que lo dice sé que es verdad. Lo qué pasó aquel fatídico día es algo que no me he molestado en preguntar, y por supuesto he evitado que alguno de los vigilantes me lo contara. La respuesta sólo la sabe Paquito y él ahora no recuerda nada, así que todo lo demás son conjeturas, conclusiones de especialistas que valoran la acción individual basándose en unos cánones que ellos mismos han diseñado para la globalidad. El tiempo, los años de reclusión, me han enseñado a no ver más allá de lo que tengo a cincuenta centímetros de mis ojos y lo que veo es un chaval asustado, que me acompaña para sentirse acompañado, que busca mi

cariño y probablemente, sin saberlo, mi perdón y con él el de la sociedad, pero Paquito todavía no sabe que la sociedad, esa jungla de ladrillos y asfalto, no perdona, nunca perdona.

-¿Y Ebelia? ¿Quién es Ebelia?-

No le di tiempo a más, enfurecido le increpé, - ¿qué sabes tú de Ebelia? ¿Quién te lo ha contado? – ¡Contesta, contesta!-

Hacía años que no perdía la calma. Desde aquel catorce de octubre no había vuelto a perder el control. Estaba tan irritado que temía que ocurriese lo mismo. Paquito intentaba tranquilizarme.

- Nadie me ha contado nada, créeme nadie me ha dicho nada.

- Entonces ¿cómo sabes su nombre? ¿Cómo lo sabes?- Le grité de nuevo.

- Lo dices en sueños. Cada noche repites ese nombre sin cesar.

- ¿Qué más sabes? ¿Has escuchado algo más?

- No. Sólo dices: Ebelia, Ebelia. Sólo eso.

Desde el día que recibí su carta en la cárcel no he vuelto a hablar de ella. Veintiocho años intentando por todos los medios no recordarla. El dolor es tan intenso que creo morir. Paquito seguía a mi lado esperando mi respuesta. Le miré, pensé que si le contaba la historia de Ebelia, mi historia, entendería el porqué de mi internamiento. Sabría entonces que yo también hice algo mal y dejaría de preguntarme si estoy

loco. Aunque es difícil de entender, porque lo único que hice fue amar. Amar con verdadera locura.

El primer día que la vi fue en la academia donde daba clases particulares. Corrían los años setenta. Venía acompañada de su padre, un hombre que pocos meses antes había enviudado. Ebelia tenía trece años. Su padre me explicó que debido a su situación Ebelia no podía ir al colegio, debía dedicarse a cuidar de sus hermanos y a los quehaceres de la casa, así que por las tardes acudiría a la academia para recibir clases durante un par de horas. Mario, el padre de Ebelia, me comentó que no tenía medios para pagar más horas, pero que su hija era muy inteligente y sabría aprovechar ese tiempo. Les hice pasar a mi despacho para rellenar la ficha con todos los datos de Ebelia. Le pregunté el nombre. Sin mirarme me contestó:

– Ebelia, me llamo Ebelia Sanjuán.

– Bonito nombre- le dije. Su silencio me hizo intuir que no pensaba lo mismo.

– Se llama como su abuela- me dijo Mario – pero a ella no le gusta, no es un nombre muy común, pero mi mujer, que en paz descansa, se empeñó y no pude hacerla cambiar de parecer.

Ebelia, sonrojada miraba a su padre de reojo, esperando que dejara de hablar de ella.

– ¿Cuál es tu asignatura preferida?.

– Matemáticas- contestó sin levantar la cabeza.

– Bien, tenemos algo en común.

Ebelia estaba muy incómoda. Su timidez le impedía levantar la cabeza y en ningún momento se atrevió a mirar-

me, así que terminé de hacerle las preguntas de rigor y no quise entretenerla más. Mario me dijo que su hija empezaría el día siguiente y que asistiría a clase de seis a ocho. Le comenté que me parecía un poco tarde – ya sabe – le dije- a esas horas es de noche y Ebelia todavía es muy jovencita-. Mario me dijo que no me preocupara que aunque tenía poca edad era una niña muy madura. -La enfermedad de su madre la ha hecho madurar antes de tiempo- asintió.

Recuerdo aquel primer día de clase como si fuera hoy. Había estado lloviendo y hacía frío. Ebelia fue puntual. Las clases se hacían en grupos de seis estudiantes para que resultaran más económicas. Se intentaba que el nivel de todos fuese similar, aunque por el horario que había elegido Mario para su hija, eso no fue posible. Ebelia debía estar con un grupo de chicos y chicas con edades comprendidas entre los dieciséis y dieciocho años. Teniendo en cuenta la timidez de Ebelia y la diferencia de edad entre sus compañeros era de esperar que tuviese alguna dificultad para adaptarse al grupo, como así fue.

Los primeros días de clase intenté que se sintiera cómoda dedicándole, por su edad, más atención. A pesar de ello notaba que Ebelia estaba más pendiente de lo que sus compañeros pudieran pensar de ella que de la clase. Cada vez que le preguntaba algo antes de responder miraba de reojo a todos y con frecuencia balbuceaba la respuesta.

Una semana más tarde Mario vino a comunicarme que su hija no volvería a clase.

- Mi hija no se siente cómoda. Dice que sus compañeros son mayores que ella y se siente fuera de lugar.

- Es muy complicado por el horario acoplar a Ebelia

en un grupo acorde a su edad y su nivel, sería más fácil si pudiese venir en otro horario.- Le dije a Mario-

- ¿Y si viniera de tres y cuarto a cinco menos cuarto?.

Es menos de dos horas pero así podrá dejar a sus hermanos en el colegio y podrá ir a recogerlos a la salida.

- Lo siento Mario pero no hay clases en ese horario.

- Yo también lo siento, especialmente por mi hija pero no puedo hacer otra cosa. De todos modos gracias.

Nos despedimos dándonos un apretón de manos pero antes de que Mario saliera de la academia impulsivamente le llamé

- ¡Mario! Espere por favor.-

- De acuerdo dígame a Ebelia que puede venir de tres y cuarto a cinco.

- No sabe cómo se lo agradezco, mi hija se pondrá muy contenta. Gracias, de verdad muchas gracias.

En aquel momento no me planteé las posibles consecuencias de mi decisión, ni siquiera que podía tener consecuencias. En lo único que pensé fue en Ebelia, era muy inteligente y me parecía injusto que no pudiera terminar sus estudios. Lo difícil fue convencer a mis socios. -Iba a utilizar las instalaciones de la academia durante dos horas para dar clase a una sola alumna-. Tuve que responder a un sinnúmero de preguntas pero al final accedieron, sobre todo después de explicarles la historia de Ebelia. Una niña que las circunstancias la habían convertido en mujer antes de tiempo.

Los primeros días fueron muy tensos para ambos. En el aula, ocupada como mínimo por cinco alumnos, sólo estábamos ella y yo. Su extremada timidez hacía que me

sintiera un poco incómodo pero me animaba comprobar que era mucho más inteligente de lo que su padre me había dicho. Era fácil enseñarle. Tuvieron que pasar algunos días para que Ebelia me mirara a los ojos. No siempre lo hacía pero era gratificante saber que iba perdiendo, aunque muy lentamente, esa timidez exagerada. No le bastaba con todos los trabajos que hacíamos en clase, siempre me pedía que le pusiera problemas para hacerlos en casa, -difíciles, por favor, póngamelos difíciles- decía. No se cansaba nunca de aprender. Cuando miraba el reloj y comprobaba que eran las cinco menos cuarto me miraba con cierta tristeza mientras decía – me tengo que ir-. Con el paso de los días las clases se iban haciendo más amenas y se nos hacían –pienso que a los dos- cortas, muy cortas.

Un par de meses después del comienzo de las clases Ebelia me sorprendió con un regalo.

- Le he traído un poco de bizcocho. Lo hice anoche, a mis hermanos les gusta. Le pregunté a mi padre si podía traerle un trozo y me dijo que sí.

- Gracias, no tenías que haberte molestado.

- No es molestia, me gusta cocinar, especialmente hacer dulces, será porque como me gusta comérmelos.-Sonrió-

Era la primera vez que la veía sonreír. La miré mientras le devolvía la sonrisa, no había reparado hasta ese momento que Ebelia era preciosa, se sonrojó y como en ella era habitual agachó la cabeza.

Las clases continuaban con total normalidad. Tan sólo un pensamiento me preocupaba, empezaba a mirar a Ebelia no como mi alumna sino como una mujer y eso me asustaba. Por mi edad podría ser su padre. Me sentía tan aturdido que les pedí a mis socios que me sustituyeran aduciendo que eran

demasiadas horas para mí y estaba un poco cansado. Su respuesta no pudo ser más rotunda.

- Este problema te lo has buscado tú solito, así que apáñate como puedas.

- Podías decirle a Ebelia que viniese en otro horario, o en vez de dos horas darle sólo una. Podría ser una solución. ¿Qué te parece? –Fue el comentario de Ramón-.

- No sé, lo pensaré.

Adopté la táctica de tratar a Ebelia con frialdad intentando que fuese para mí tan sólo lo que era: mi alumna. Era difícil conseguirlo, cada día que pasaba se hacía más mujer, a mí me parecía la persona más bella que jamás había visto. Ebelia no era muy alta no medía más de uno sesenta. Tenía el pelo largo, le llegaba hasta la cintura, de color negro, solía llevarlo casi siempre recogido por una diadema. Tenía un cutis perfecto, a veces parecía de porcelana, con un ligero color tostado. Los ojos color miel. Sus pómulos tenían la forma perfecta y su sonrisa, cómo no podía ser menos, estaba en total armonía con su rostro, pero lo mejor de Ebelia era su forma de ser; nunca la vi enfadada, nunca se quejaba de todo el trabajo que tenía que hacer o de la vida que le había tocado vivir. Ella siempre decía que las cosas suceden por algún motivo y que todo sucede para bien. Que a este mundo sólo venimos para aprender. Me imagino que esas ideas se las inculcó su padre que por lo que dicen era muy creyente. Yo no pensaba lo mismo pero evitaba decírselo para no influir en su forma de pensar. Ebelia era feliz así y eso era lo único importante.

-¿Está enfadado conmigo?- Me preguntó en medio de la explicación de un problema.

- No, que va. ¿Por qué lo preguntas?
- No sé, me trata de diferente manera. Es como si no fuese feliz enseñándome.
- No, no quiero que pienses eso, sólo estoy un poco cansado.
- Si quiere podemos dejarlo. Sé que por mi culpa tiene que trabajar más horas, pero he pensado que con todo lo que me ha enseñado y con los libros podría hacerlo yo sola en casa.
- No. Dije asustado-. No, no te preocupes, estoy bien.
- ¿De verdad?
- ¡Dios mío! Era todo una locura. Mi racionalidad me decía que debía terminar de dar clases a Ebelia, pero mi corazón me decía todo lo contrario. Sólo pensar en no verla me enfermaba.
- Si de verdad, estoy bien.
- Si quiere podemos dar sólo una hora, así tendría tiempo para descansar.
- No te preocupes Ebelia de verdad estoy bien.

Ebelia era realmente encantadora, de las personas que uno piensa que sólo existen en los cuentos. Ya no sólo sonreía y era capaz de mirarme a los ojos sin agachar la cabeza sino que de vez en cuando se reía de alguna que otra tontería que yo dijera o hiciese. Mi vida transcurría esperando que se hicieran las tres y cuarto y temiendo que las agujas marcaran las cinco menos cuarto, a veces tenía deseos de romper el reloj para alargar el tiempo y hacerlo interminable, pero Ebelia debía ir a recoger a sus hermanos. Después del hasta mañana

de rigor, a mí me quedaban veintiuna horas y treinta minutos de ausencia, solo dedicados a pensar en ella, en Ebelia.

El tiempo pasaba, las clases con Ebelia seguían siendo lo mejor del día. Intentaba por todos los medios ocultar mis sentimientos, aunque no sé si lo conseguía. A veces tenía la sensación de que todo el mundo sabía que estaba enamorado de ella, que era un secreto a voces. El día que Ebelia cumplía catorce años acudió a clase con una pequeña tarta preparada por ella.

- Ya soy casi una mujer, -dijo emocionada- hoy cumpla catorce años. He querido celebrarlo también con usted, no sé para mí es como de mi familia.

- Y yo te lo agradezco. ¿Has traído las velas para soplarlas?.

- No. Bueno, es que para las velas no tenía dinero, pero no importa, nos comemos la tarta y ya está.

- No te preocupes, encenderé el mechero y lo sujetare al lado de la tarta y cuando hayas pedido tu deseo soplas. ¿Te parece? Un cumpleaños en toda regla debe tener un deseo.

Estaba radiante, aquel día no llevaba puesta la diadema, Ebelia se afanaba en apartar su larga melena que insistentemente se deslizaba sobre su mejilla.

- Tenía que haberme puesto la diadema -decía excusándose- pero como es un día tan especial me apetecía llevar el pelo suelto.

- ¿Estás preparada?-Le preguntaba mientras encendía el mechero- ¿Has pensado el deseo?

- Sí. Sí ya lo he pensado.

Se acercó a la tarta, me miró, cerró los ojos y sopló con todas sus fuerzas.

- Espero que se cumpla.-Dijo con cierta resignación.-

- Todo lo que uno de desea con verdadero ahínco se cumple. Bueno o por lo menos eso creo. -Le dije para tranquilizarla-.

No sé en qué momento empezó a cambiar la actitud de Ebelia hacía mí, pero recuerdo que estaba nerviosa, podía percibir perfectamente su incomodidad cuando me acercaba a ella. Con frecuencia se le caía el bolígrafo. Cuando la miraba agachaba la cabeza y sin embargo podía sentir su mirada en mi espalda cuando escribía en la pizarra. No me atrevía a preguntarle qué le pasaba, pensaba que podían ser cosas de adolescentes y que no quisiera compartir conmigo, aunque realmente lo que temía es que me dijera que se había enamorado de algún amigo. No me reconocía. Yo, el serio Don Andrés, dominado en cuerpo y alma por el amor de una muchacha que podía ser mi hija, pero no lo era. Ebelia era todo y nada, el infierno y el paraíso, mi agonía y mi alegría, el motivo para continuar viviendo. No soportaba la idea de perder su presencia o quizá lo que no soportaba era perder la oportunidad de enamorarla. Tiempo, necesitaba tiempo para que ella creciera y yo la conquistara. Sin embargo ahora me sobra el tiempo. ¡Qué cruel puede ser el destino!, ahora que no quisiera vivir para no pensar en ella y en lo que pasó, ahora tengo demasiado tiempo.

Ebelia llegó una tarde muy nerviosa y me dijo que quería hablar conmigo, que necesitaba contarme lo que le pasaba. Me derrumbé, pensé que todo se había terminado,

- Puedes contarme lo que quieras Ebelia, te escucho.

- No quiero que se enfade por lo que le voy a decir,

pero hace mucho tiempo que me siento mal, apenas duermo, sé que lo que voy a decirle no está bien, de verdad que lo sé pero si no se lo digo creo que me moriré, por favor no quiero que se enfade...

Ebelia estaba realmente nerviosa, casi no le salía la voz, me resultaba difícil entenderla, la animé a que continuara.

- No te preocupes no voy a enfadarme, no podría enfadarme nunca contigo.

- Yo.. Yo... Don Andrés... yo le quiero, pero... no le quiero como un padre, ¿me entiende?, le quiero como un hombre. No quería decírselo, pero ese sentimiento me ahoga tanto que a veces no puedo respirar, noto que me falta el aire...

Ebelia no podía contener las lágrimas, me sentía aturdido y al mismo tiempo asustado. No sé las veces que había soñado con ese momento y sin embargo empecé a temblar, no sé si de miedo o de emoción, la abracé intentando consolarla, no hacía más que pedir perdón, Ebelia me pedía perdón por amarme. Nadie debería pedir perdón por algo tan maravilloso e incontrolable. Es el amor el que nos controla a nosotros, él el que decide a quién amar, no somos dueños somos títeres en sus manos... Después de tranquilizarse un poco Ebelia continuó diciendo,

- Sé que soy muy joven para usted, pero sé hacer todas las cosas de la casa y si usted tiene paciencia podría esperar a que fuese un poco mayor, creo que cuando cumpla dieciséis años mi padre no se enfadará si le digo que estoy enamorada de usted, además usted está solo y creo que sería una buena esposa, bueno a lo mejor a usted no le gusto para ser su mujer... Don Andrés, ¿me esperará?...

- Tengo que pensar en todo esto. Las cosas no son tan fáciles como puedes estar pensando, yo soy muy mayor para ti y tu tienes toda la vida por delante, puedes cambiar de opinión o conocer a algún chico de tu edad...

No era eso lo que quería decirle pero era lo que debía decir, aún a costa de perder la oportunidad de empezar una vida juntos.

Ebelia me abrazó con fuerza mientras me pedía llorando -que por favor la esperara, que sólo serían un par de años-, en ese preciso instante entró Antonio, mi socio.

- ¡Andrés!, Andrés ¿cómo has podido?.

- No es lo que te imaginas, Antonio escucha por favor déjame explicarte.

Antonio salió de la clase. Le dije a Ebelia que esperará allí mientras seguía a Antonio intentando explicarle que no era como se imaginaba. No hubo forma de que entrara en razones. Me invitó a marcharme de la academia,

- Has ensuciado nuestra reputación, nadie querrá que sus hijos asistan a nuestras clases si continuas con nosotros, además tengo la obligación de comunicar lo que he visto al padre de Ebelia y denunciarte por abuso de menores. Ya nos extrañó a todos que tuvieras tanto interés en darle clases a ella sola y en un horario en el que no había nadie.

- ¿Qué estás diciendo Antonio? Estás loco, ya te he dicho lo que ha pasado, te juro que es la verdad, yo no he tocado a Ebelia, te lo juro Antonio. Si no lo haces por mí hazlo por ella, le destrozará la vida, es una niña..., esto es un pueblo..., Antonio por lo que más quieras no me denuncies, me iré, diré que estoy cansado haré lo que tu quieras, Antonio por favor...

Mis súplicas no sirvieron de nada. Aquella tarde vino la Guardia Civil a mi casa, me condujeron al cuartel esposado como si fuese un asesino. La declaración de Ebelia no evitó que me encarcelaran, decían que podía tenerla amenazada y por tanto no era creíble, debía esperar al juicio para que se aclarara todo.

.../...

El juicio se producía dos meses después de mi encarcelamiento. Suponía cuál sería el veredicto antes de producirse, mi padre en las muchas visitas a la cárcel me comentaba lo que se estaba diciendo sobre mí, auténticas barbaridades de personas que hasta ese momento consideraba amigos, buitres que esperan que tropieces para destrozarte. Aún con todo en contra mantenía la esperanza de que el juez fuera ecuánime y saliera absuelto de esta pesadilla y absolver con mi inocencia a Ebelia que según lo que me decía mi padre no salía para nada de casa por lo avergonzada que le hacían sentirse las miradas e insultos que algunos del pueblo le proferían. Y es que en estos casos, el pueblo dice que yo soy culpable por abusar, y la niña – que no es tan niña dicen con retintín- lo es por permitirlo.

El juicio fue como lo esperaba, no había ninguna prueba que pudiera demostrar que yo abusé de Ebelia, sólo comentarios, conjeturas sin fundamento de los que eran mis amigos. En mi declaración volví a decir lo mismo que le dije a la Guardia Civil, la verdad, que no pasó nada y que sólo la abracé para consolarla. Lo angustioso fue ver a Ebelia decir entre sollozos,

- Don Andrés no me hizo nada, no me tocó, la culpa de todo esto la tengo yo... fui yo la que le dije que le quería... él lo único que hizo fue abrazarme porque estaba llorando...

él es muy bueno, no me haría nunca nada malo... por favor debe creerme... Sr. Juez es la verdad... se lo juro.

Hubiera dado mi vida por no verla sufrir y admitir sus sentimientos delante de todos, nadie le perdonaría haberse enamorado de mí. Mientras esperaba el veredicto, convencido de que el juez admitiría mi inocencia, pensé en hablar con su padre y decirle que amaba a su hija y que estaba dispuesto a esperar que tuviese unos años más para pedirla en matrimonio. El fallo no pudo ser peor: “Se le condena a dos años de cárcel por tocamientos e intento de violación a...”, no podía creerlo, estaba viviendo una autentica pesadilla. Ebelia no dejaba de llorar y de decir que era por su culpa, yo la miraba y con la cabeza le decía que no, que no era culpa suya. Cuando estaba saliendo de la sala Ebelia se hizo paso a trompicones entre la gente que me abucheaba para darme un papel, en el que decía:

“Si me quiere, dígamelo con la cabeza y yo le esperaré, por favor míreme y dígame sí”

Las esposas no me permitieron abrir el papel con rapidez, cuando me di la vuelta para decirle sí, no la veía, Ebelia había desaparecido entre la gente; no podía verla, grite su nombre una y otra vez diciendo: - ¡Sí!, ¡Ebelia sí!-. Sin permitirme que me despidiera de mi padre me condujeron a prisión, mantenía la esperanza de que por lo menos Ebelia me hubiera escuchado.

Cuando vino mi padre a verme le pregunté por Ebelia y me dijo que estaba bien, lo noté muy triste pero no le di mayor importancia, era lo normal, para un padre no es agradable ver a su hijo en prisión. Fui acostumbrándome a aquella situación e incluso viéndole el lado positivo, cuando terminase mi condena –pensaba- Ebelia tendría casi diecisiete años y

podríamos comprometernos, sólo pensaba en ella y en cómo estaría.

Mi padre volvió a verme el catorce de octubre. Lo vi abatido. En aquel momento me sentí horriblemente mal por lo que le estaba afectando mi situación, pero no era ese el motivo de su abatimiento, me dijo que tenía que decirme algo muy doloroso pero que antes debía leer una carta que Ebelia le entregó el día después de mi encarcelamiento.

- ¿Por qué no me la has dado antes?.

- Léela por favor, luego te explico.

Abrí la carta con emoción y sin embargo podía sentir un temor inexplicable.

Querido Don Andrés:

No quería irme sin decirle lo mucho que siento que por mi culpa usted esté en la cárcel. Durante mucho tiempo mientras asistí a sus clases mantuve la esperanza de que sus sentimientos hacia mí fueran igual que los míos. Por su forma de mirarme pensé que usted me quería y fue esa posibilidad lo que me empujó a confesarle mi amor. Ayer cuando le di la nota estuve esperando su mirada y con su gesto la confirmación de sus sentimientos, pero no fue así, usted no me miró y yo salí de allí destrozada. Pero las cosas suceden siempre por algo y quizá yo no soy la persona apropiada para usted y puede que encuentre una mujer maravillosa que le haga muy feliz, usted es bueno y se lo merece, yo de lo único que me arrepiento es de que usted esté ahí por mi

mala cabeza. Pero nada ni nadie podrá cambiar el amor que le tengo. Le amo Don Andrés y le amaré siempre.

Si puede perdoneme.

Ebelia.

- ¿Dónde se ha ido?, ¿Papá dónde se ha ido? Contéstame por favor.

- Lo siento, no sé cómo decírtelo... lo siento Andrés pero... Ebelia se suicidó poco después de entregarme la carta, no me atrevía a decírtelo... lo siento hijo... de verdad que lo siento.

Realmente no sé muy bien que pasó después de leer la carta, dicen que enloquecí, rompí muebles, cristales, atacué y herí a dos guardias e intenté matarme. Después de estar dos meses casi en estado vegetativo me recluyeron en este psiquiátrico. Los primeros tres años estuve sin hablar con nadie y sin salir de mi celda, si intentaban obligarme a salir me volvía loco y atacaba a quien quisiera forzarme a ello.

Paquito seguía atento toda mi historia, mi cruel y terrible historia. Se incorporó para darme ánimos mientras cariñosamente me tocaba el hombro.

- Pero usted podría estar libre, entonces ¿por qué no está en la calle?

- Cada vez que me han comunicado que puedo salir,

he cometido algún acto de locura para que ellos me mantengan aquí, como agredir a algún vigilante o destrozar todo lo que se me pone por delante. Ahora no necesito hacer nada, ya se han dado cuenta que no quiero irme y no intentan liberarme. De todos modos soy muy viejo, ¿dónde iría?.

- Pero, ¿No lo entiendo? ¿Por qué no quiere salir? Ya nadie se acordará de aquello, podría disfrutar de ir a la playa o de caminar por el campo, qué sé yo, hay tantas cosas...

- Para disfrutar de todo eso hay que estar vivo y aunque creas lo contrario no lo estoy. Vivo una muerte lenta y prolongada desde aquel día. Unas esposas impuestas basadas en mentiras y calumnias no me permitieron evitar la muerte del ser más maravilloso que jamás haya existido, y lo que es peor, el griterío de tantos verdugos como acudieron al juicio ahogó mi voz, y mi niña no pudo escucharme cuando a gritos le decía que sí, que la amaba, que la amo.

EL TREN DE LA MATERNIDAD

Julia M. Pérez Villegas

A sus treinta años, Inés esperaba sentada en el andén de la vida que llegara el tren de la maternidad. Era una mujer sensata y reflexiva, que pocas veces se había dejado llevar por sus impulsos. Cada tren importante que había cogido a lo largo de su existencia llevaba implícita una decisión meditada.

Un fuerte pitido se oyó a lo lejos, e Inés alzó la vista para divisar el tren que se acercaba. Sintió que un escalofrío recorría su grácil cuerpo, y pensó en cuántas veces en estos años había visto ese mismo tren sin prestarle la menor atención, sin sentir ni la más remota curiosidad, ni el más mínimo ápice del llamado instinto maternal: ese gran desconocido.

Por megafonía comenzaba a anunciarse la llegada del tren, y en la mente de Inés se agolpaban al unísono certezas e interrogantes:

¿Estaré haciendo lo correcto? ¿Verdaderamente es el mejor momento? ¿Estaré preparada?

Sí, Inés, llevas meses meditándolo. Llegó la hora. Por una vez en tu vida no pienses más y actúa; se repitió.

Y, de un salto, subió al primer vagón.

Una vez dentro, decidió relajarse y apaciguar ese hormigueo que invadía su estómago. Miró a su alrededor y trató de adivinar los pensamientos de sus compañeras de viaje, mientras les dedicaba una sonrisa. Inmersa en esa tarea, notó cómo el tren aminoraba la marcha y en la pantalla de su vagón con letras rojas se podía leer:

PRÓXIMA PARADA: EMBARAZO

El tren se detuvo e Inés bajó apresurada y recorrió la estación en un suspiro. Los primeros meses de su estancia en **EMBARAZO** Inés aún no era consciente de lo que ocurría en su interior, salvo por el emocionante momento en que escuchó latir con fuerza el corazoncillo de aquel pequeño píxel que aparecía en la pantalla del ecógrafo, no notaba nada diferente. Se encontraba bien, saludable, sin molestias.

A medida que su abdomen se abultaba, su mente despertaba a la percepción de sensaciones. Comenzó a notar los movimientos de su criatura, cada vez más intensos y emocionantes. Tomó conciencia de su estado, y decidió disfrutar al máximo de esa nueva etapa. Se veía bella ante el espejo y lucía ropa ajustada para mostrar su redondeada barriga. Al acercarse la fecha probable de parto, acudió a la estación para subirse de nuevo al tren de la maternidad.

Ya en el vagón, se percató de que estaba mucho más calmada que cuando decidió emprender el viaje, 40 semanas

atrás. Le parecía sorprendente pero así era. Probablemente la revolución hormonal que se estaba desencadenando dentro de su cuerpo era la responsable de su estado de relajación. Esta vez veía a sus compañeras de viaje, pero no las observaba, sus cinco sentidos estaban puestos en las señales de su cuerpo y de su bebé. Las contracciones iban en aumento, pero eran fácilmente soportables. La pantalla del vagón volvió a iluminarse:

PRÓXIMA PARADA: PARTO

En la estación-hospital **PARTO**, todo estaba preparado: matronas, enfermeras, sueros, enemas, potros y todo tipo de utensilios médicos y quirúrgicos se veían por todas partes. Esa imagen intimidó sobremanera a Inés, le dieron ganas de volver al tren y parir en el vagón que acababa de abandonar. Una matrona se le acercó para examinarla y rápidamente gritó:

- ¡Preparad el paritorio! Está de 8 centímetros. ¿Es tu segundo hijo Inés?; le preguntó.

- No, es mi primera hija; contestó Inés.

- Muy bien. Ojalá todas vinieran tan dilatadas como tú; le dijo.

Inés esbozó una mueca a modo de sonrisa, no tenía ganas de cháchara, sólo quería concentrarse en las contracciones cada vez más intensas.

Su pareja apareció en la sala y le acarició suavemente el pelo. Su sola presencia entre tanto desconocido la reconfortó. Sintió, por fin, que ella podía abandonarse a sus instin-

tos y él se encargaría de lidiar con el mundo real, tal y como lo habían planeado. Y así fue.

Cuando en la última contracción sintió cómo su pequeña salía de su cuerpo y la posaban sobre su abdomen, respiró profundamente empapándose de la magia del momento. El colocón hormonal era tan intenso que no podía ni llorar. En su cabeza resonaba una misma frase: el milagro de la vida.

Su recuperación fue rápida, y en un día y medio ya estaba sentada de nuevo en el vagón del tren de la maternidad. Las letras rojas parpadearon:

PRÓXIMA PARADA: PUERPERIO

Bajó despacio con su criatura en brazos, sin dejar de mirarla. Sin duda, estaba bajo el influjo de algún hechizo de enamoramiento instintivo que esos tres kg. de ser humano habían ejercido sobre ella. Pero la estación **PUERPERIO** la estaba esperando para dilapidar su antiguo yo, y obsequiarle con un viaje en la mayor montaña rusa hormonal que existe. Algunos momentos: arriba, feliz, pletórica. Otros: abajo, triste, cansada. Su mundo girando al mismo ritmo y ella sin poder, ni querer, girar con él.

Ansiaba recuperar la antigua cuarentena, esa en la que criatura y madre permanecían en una burbuja de amor y relación, donde no había que preocuparse de visitas que atender, ni comidas que cocinar, ni casas que limpiar. Su pareja trataba de regalársela, ocupándose de todo para salvaguardar la diada, pero en ocasiones también se veía desbordado por la nueva situación.

Inés sentía que su instinto mamífero brotaba con fuerza. Quería regalarse a su criatura, sentirla piel con piel,

amamantarla, y saciar su hambre de pan y de consuelo. Sin intromisiones, ni estúpidos consejos políticamente correctos que intentaban mellar la confianza en su propia naturaleza.

Encontró entonces la fuerza que necesitaba en los momentos de flaqueza en un grupo de mujeres que, al igual que ella, habían pasado por la misma experiencia. Mujeres que supieron reforzar sus cimientos, escuchar sus dudas, compartir su risa, y su llanto.

Pasados aproximadamente dos meses en la estación **PUERPERIO**, Inés se sintió preparada para subir de nuevo al tren de la maternidad y continuar el fascinante viaje que había emprendido.

De nuevo en el vagón, echó la vista atrás y se alegró de la decisión tomada. No pensaba en lo que había perdido, que podría recuperar con el tiempo, sino en todo lo que había ganado, y lo que ganaría a partir de entonces. Para ella su maternidad no era un sacrificio, sino un disfrute. Sumergida en el embriagador aroma del empoderamiento, con su criatura unida al pecho, Inés alzó la vista hacia la pantalla del vagón esperando que las letras rojas aparecieran indicándole su

PRÓXIMA PARADA...

UN EXTRAÑO PAQUETE

Rosario Real Salcedo

*C*aminaba cansinamente; parecía que sus extremidades se negaban ya a sostener su diminuta y enjuta osamenta.

Desdeñaba con profunda indiferencia todo cuanto le rodeaba. La gente que pasaba a su lado sin apercibirse de su presencia, sumidos en sus prisas, ignorándolo. Los jóvenes que se burlaban de su maltrecho aspecto, escarneciéndolo las más de las veces. Hasta en los niños percibía un rechazo de temor contenido, que eso sí, le desgarraba por dentro. Así que procuraba aislarse de todo y de todos.

Hacía relativamente poco que había llegado a aquella ciudad, no importaba si grande o pequeña, tan solo una más en su errático caminar en busca de un algo perdido en el tiempo.

En su habitual deambular descubrió aquel parque, con un gran estanque central, frondosos árboles y acogedores

parterres. Todo ello cubría sobradamente sus necesidades durante el día, porque en las noches había encontrado un buen refugio en una caseta abandonada junto a la estación de ferrocarril, bien es cierto que las más de las veces compartida a su pesar. Cuando la primera luz del día se filtraba por el resquicio de la desvencijada puerta, desentumecía lentamente su quebrantado cuerpo y emprendía su marcha en busca de algo con qué llenar el vacío estómago, lo cual también resultaba en ocasiones hartamente complicado.

Después solía dirigirse a su parque, así lo catalogaba en su interior, y le gustaba recorrerlo con la mirada perdida en quién sabe cuantas cosas, para al fin detenerse siempre junto al mismo banco, que por estar bastante desvencijado no era muy concurrido, lo que le permitía una tranquilidad relativa que aprovechaba para sumirse en largas meditaciones, a veces prolongadas casi hasta el anochecer; entonces, dando un profundo suspiro reemprendía la marcha otra vez, lenta, cansadamente, como si todo el peso del mundo cayera sobre sus estrechas espaldas.

Últimamente había coincidido alguna tarde con una anciana, tan enjuta como él, de porte distinguido y señorial, a pesar de su raída vestimenta. En su actitud también se apreciaba que desdeñaba cuanto la rodeaba, pero al contrario que le ocurría con los demás, nunca le rechazó, aunque fingiera ignorarle. En realidad ambos se sentían aislados del resto y aquella proximidad había creado un cierto grado de empatía que se cuidaban de no exteriorizar, pero que inconscientemente les unía. Ni tan siquiera se habían dirigido nunca la mirada, pero cada cual sabía que el otro se encontraba allí y mientras, permanecían silenciosos, inmutables, sumidos en sus más recónditos pensamientos, en su propia soledad.

Luego, cuando los últimos rayos del sol jugueteaban entre el ramaje de los árboles y los pajarillos, bulliciosos e inquietos, buscaban ya su refugio en ellos, la anciana se levantaba lentamente y apoyándose en su bastón emprendía la marcha con paso monótono, y en ocasiones vacilante, hacia el vacío, hacia la nada. Al rato él hacía lo propio y sacudiendo su desgachado cuerpecillo retomaba también su camino, sin principio ni fin. Alguna vez tuvo la curiosidad de seguirla, pero desistió, sumido en su sempiterna indolencia.

Aquel día, bien fuera por el cansancio o el hambre (llevaba varios entreteniéndose su estómago con unos mendrugos que más bien parecían piedras) se quedó en un duermevela y no se enteró de que la mujer se marchaba, así que al despertar se desperezó levemente, dio su consabido suspiro y se incorporó para reemprender aquel su caminar sin rumbo; pero de pronto su mirada se quedó clavada en el banco.

Allí había una bolsa de plástico, de esas de supermercado, con algo dentro, que debía haber dejado olvidada la mujer. Su primer impulso fue desentenderse, se alejó unos pasos, pero... después lo pensó mejor, la curiosidad pudo más y se acercó. La bolsa dejaba entrever en su interior un extraño paquete, envuelto en un llamativo papel plateado, del cual emanaba un inquietante olorcillo que le parecía familiar aunque muy remoto, perdido en el túnel de sus recuerdos. Trató de hacer memoria, pero le resultaba difícil establecer paralelismos y desistió; ahora lo verdaderamente importante era restituir aquello a su dueña.

¡Cómo le pesaba no haberse dejado guiar por aquel instinto que en los últimos tiempos le animaba a seguirla! Renegó interiormente de su apatía, de su desidia. Pero había llegado el momento de actuar y a pesar de las dificultades...,

tenía que intentarlo; así que trató de orientarse, de recordar hacia donde se dirigía la mujer, y cogiendo con sumo cuidado la bolsa que contenía el paquete emprendió la marcha, sus cinco sentidos en tensión; no podía fallar, al fin y al cabo aquella anciana, compañera ignorada de tantas tardes no podía resultarle del todo indiferente, era la única persona que en mucho tiempo, al menos había tolerado su presencia.

Cruzó el parque. El cielo se había encapotado y los primeros copos de nieve comenzaban a caer. Pasó sin prestar atención junto a un gran árbol de Navidad en el que brillaban miles de lucecitas. Atravesó la avenida, sorteando los coches que a esas horas parecían más desenfrenados que nunca, para llegar hasta la zona del casco antiguo y adentrarse por sus estrechas callejas. Se paró más de una vez, dubitativo, para enseguida reiniciar la marcha y así, fue a desembocar en una plaza, en medio de la cual una fuente dejaba fluir un melodioso hilo de agua.

Las casas tenían ya sus puertas cerradas, puesto que era entrada la noche, pero alguna de ellas dejaba entrever un halo de luz por las ventanas y más de una lucía vistosas guirnaldas con parpadeantes luces de colores. Tan solo una permanecía con los postigos echados y hacia ella se encaminó.

Su aspecto exterior denotaba una cierta dejadez; las paredes un tanto desconchadas, la puerta ajada por el paso y el peso del tiempo. Como el timbre estaba muy alto y además no funcionaba, lo cual tampoco importaba mucho dadas las circunstancias, no quedaba más remedio que llamar la atención, y a fuerza de constancia bien que lo consiguió, porque armó tal revuelo que los vecinos comenzaron a asomarse a las ventanas, unos preguntando qué era aquello, otros protestando y los más llamando a su vecina, que al fin abrió la

puerta y se asomó a la calle, sorprendida de tanto alboroto. Tardó unos segundos en reaccionar; allí estaba su compañero del parque, que intentaba aparecer impávido, aunque no era difícil percibir que un leve gusanillo sacudía por dentro su enjuto cuerpecillo. Sus ojos brillaban con un extraño fulgor, queriéndole transmitir los pensamientos que se agolpaban en su mente, mientras permanecía sin soltar la bolsa con el preciado y misterioso paquete. Fue en ese momento cuando sus miradas se cruzaron por primera vez, y se dieron cuenta al hacerlo que sus días de vacíos y soledades habían terminado.

La anciana lo invitó a entrar y una vez en el interior, por cierto bastante desmantelado de muebles y enseres, ¡por fin!, pudo entregar aquello que tanto trabajo le había costado llevar hasta allí. Un imperceptible temblor recorría su cuerpo mientras observaba como ella sacaba el paquete de la bolsa y esbozando una leve sonrisa, desgarraba el plateado papel y abría, con sumo cuidado, el recipiente que éste envolvía. Ante sus atónitos ojos apareció un succulento pollo asado, manjar que solo de tarde en tarde y en días especiales entraba en aquella casa. ¡Aquel era el olor, ya por tan lejano olvidado, que lo transportaba a otros tiempos!, tiempos en que también había conocido un hogar como éste, con gentes que le prestaban atención, cuidados, cariño. Veleidades y sinrazones de la vida le habían llevado a convertirse en un trotamundos sin techo, sin afectos, sin nada; ahora sentía que todo iba a volver a la normalidad. Así que ante un gesto de la buena mujer se aprestó a compartir aquel banquete, con la certeza de que sus días de dura hambruna y fría soledad habían llegado a su fin.

Una vez terminado el festín, ella le preparó una cama junto a la chimenea y él se arrebujó en la vieja manta, observando el chisporrotear de los rescoldos y percibiendo un

reconfortante calorcillo que le invadía interiormente, produciéndole una agradable modorra. Entonces la anciana se acercó, le acarició suavemente y musitó palabras que parecían surgir de las profundidades de sus sueños. El contacto de aquella mano le hizo estremecerse de placer, y quiso expresar su agradecimiento, sellando su compromiso de justa correspondencia de la única forma que sabía..., con un tímido lametón...; y en lo más profundo de su ser, dio las gracias al buen Dios de los perros, que como ahora, también se ocupaba de los humanos de vez en cuando.

NUESTRO SECRETO

M. Isabel Romero Soler

*D*on Anselmo entró impetuosamente en la cocina y María palideció.

—¿Dónde está la niña?

—La mandé a la estación a mirar la hora, señor.

—¿A mirar la hora? ¿Es que en casa no hay relojes?

—Sí señor, pero a ella le hace tanta ilusión...

—A ella sí, pero a mí no —interrumpió el Sr. Cifuentes con brusquedad.

María bajó la mirada y un intenso calor comenzó a golpear sus mejillas.

Al mismo tiempo, en el otro lado de la casa, una voz alegre y juguetona se dejaba oír por el salón mientras decía a gritos: “¡la pequeña en el doce y la grande en el tres!”.

.....

Había anochecido en el pequeño pueblo de La Gineta. Era invierno. Lucía se dirigió a sus abuelos para darles las

buenas noches. Don Anselmo y doña Felisa la besaron cariñosamente en la frente. Después se acercó a su madre, Celia, que bordaba incansablemente pañuelos bajo la tenue luz de una lamparilla.

— Buenas noches mamá.

— Hasta mañana hija, que descanses.

María la esperaba para acompañarla al dormitorio. La niña salió corriendo por el amplio pasillo de la casa en un gesto provocador de sobra conocido para la criada. Era el ritual de cada noche. La joven sirvienta corría tras ella hasta capturarla y le hacía cosquillas por todo el cuerpo, hasta que ambas terminaban tiradas en el suelo, vencidas por la risa. Una vez acabado el juego entraron al dormitorio. María ayudó a la niña a ponerse el grueso camisón de franela y a rezar sus oraciones. Levantó las encrespadas sábanas de su cama y cogió el calentador, que previamente había preparado para acomodar el lecho, pasándolo con destreza por las telas. Cuando la pequeña se acostó, el lienzo estaba tan caliente que se quemó el trasero y arqueó su cuerpo como un contorsionista mientras emitía sonoros alaridos.

— Te quejas de todo —le recriminó la criada—, peor sería morirte de frío.

Permaneció junto a Lucía hasta que estuvo completamente segura de que dormía. Sólo en ese momento se atrevió a acariciar el pelo de la niña y la besó con dulzura.

Don Anselmo Cifuentes era el médico del pueblo, una persona querida y respetada por todos sus vecinos. Casado con Felisa, habían tenido dos hijos: Anselmo, que vivía en Madrid dedicado a la judicatura, y Celia, la hija menor del matrimonio, que convivía con ellos junto a su pequeña hija Lucía.

El Dr. Cifuentes había sido trasladado al pequeño pueblo de la provincia de Albacete un año antes de la guerra, procedente de la capital.

Vivían en una bonita casa junto a la estación del ferrocarril, pintada de blanco, con alegres flores que salpicaban de color cada una de las ventanas y balcones.

María entró al servicio de la familia el primer día que los señores se instalaron en el pueblo, por lo que ya llevaba diez años en la casa. Conocía a la perfección sus secretos, sus inquietudes, sus problemas, todos los entresijos de una distinguida familia que, por su lealtad y sobre todo por el enorme cariño que profesaba a la pequeña Lucía, no iba a revelar nunca a nadie.

Transcurría el año 1945. Pese a haber pasado ya seis años desde el final de la contienda, en las gentes, en la economía y en el propio sentimiento del pueblo todavía se vislumbraban las secuelas de la guerra civil. Familias desmembradas, despensas medio vacías y cada vez más personas que se veían obligadas a abandonar la tierra que las había visto nacer para probar suerte en otras provincias del país.

Los Cifuentes no eran de los más perjudicados, tanto don Anselmo como doña Felisa provenían de familias acaudaladas, que si bien habían visto reducido notablemente su patrimonio, contaban con el respeto y la distinción que envuelve a la gente de dinero, aunque haya dejado de tenerlo.

María se encontraba en la cocina y preparaba la merienda de la pequeña Lucía, unas buenas rebanadas de pan casero bañadas en vino y rebozadas en azúcar la esperarían en la mesa del comedor. Mientras, la niña, como tantas otras tardes al salir de la escuela, se encontraba jugando en la estación. Recorría incansable los andenes imitando el sonido del

tren, si tenía la suerte de que pasaba alguno saludaba alegremente a todos los pasajeros, se deslizaba por los improvisados toboganes que formaban los parachoques de la vía férrea. Era su particular mundo de juegos y diversión.

De momento, una Lucía visiblemente excitada apareció por el comedor, corrió escaleras arriba, se dirigió al salón principal y se detuvo ante su madre, que remataba unas rosas rojas en el centro de un mantel, sentada junto al amplio ventanal.

—¿Cómo se llama mi padre? —preguntó la niña jadeante y nerviosa.

Celia, sin levantar la vista de la costura, contestó impasible.

—Luis, te lo he dicho muchas veces.

—¿Y dónde está?

—En América, te lo he dicho muchas veces.

Con rostro impertérrito, Celia enhebró una nueva aguja con hilo verde y comenzó a bordar los tallos de cada una de las flores que adornaban el mantel.

—¡Los niños mayores se ríen de mí y dicen que ni siquiera tú sabes quién es mi padre!

En ese momento, don Anselmo entró en el salón. Ya había acabado de pasar consulta en el pequeño dispensario médico y de visitar a algunos enfermos en sus casas. Se sentó en su sillón favorito y pidió a María que le sirviera una taza de café con leche.

Aunque Lucía era pequeña, a sus nueve años sabía perfectamente qué cosas estaban prohibidas y no se podían hablar delante del abuelo, por lo que después de dar a éste un beso se marchó a su habitación. Celia continuó bordando sin decir palabra alguna.

Años más tarde, la pequeña de los Cifuentes comprendería que seguramente ella fue el delito y bordar fue la pena impuesta a su madre. Condenada a “trabajos bordados”. Toda una vida elaborando un ajuar interminable que nunca llegaría a usar, porque en la época que les había tocado vivir, nadie, absolutamente nadie, se iba a casar con una madre soltera.

El nacimiento de Lucía levantó ampollas en el pueblo. Cuando don Anselmo llegó desde Madrid con su familia, Celia no tenía novio, y tampoco en el vecindario se le había conocido nunca pretendiente alguno. Del mismo modo, nadie la vio embarazada. La muchacha salía poco, prácticamente sólo para ir a misa, y nunca dejó entrever lo abultado de su estado, hasta que cierto día apareció una niña recién nacida en la casa del médico. La sorpresa y confusión eran generalizadas entre los vecinos, que hacían todo tipo de conjeturas sobre el nacimiento de la criatura. “¿Quién se lo iba a imaginar! ¡La hija del médico!”. No hubo durante mucho tiempo otro tema de conversación, hasta que la exquisita discreción de los Cifuentes, que nunca se pronunciaron al respecto ni dieron explicaciones a nadie, consiguió acallar las voces y que los hechos fueran aceptados con la mayor naturalidad posible.

En América, ¿dónde estaba América? Lucía se sentía humillada como un animal enjaulado. Siempre que preguntaba a su madre contestaba lo mismo. Hubiese preferido oír que su padre estaba en el cielo. Los niños entendían mucho del cielo pero nada de América. Doña Filo, todos los días en la escuela hablaba del cielo, de lo hermoso y grande que era, de que allí nos encontraríamos con todos los seres queridos, viviendo en paz y armonía, un lugar donde sólo existía la felicidad, pero paradójicamente no había que tener prisa en

ir y además no era gratuito, había que pagar un tributo, el de ser bueno, obediente, trabajador y portarse bien toda la vida. Pero de América nunca les había contado nada. La pequeña estaba confundida. La burla de los demás niños la hacían sentirse como un bicho raro. Eran constantes comentarios que ni siquiera se atrevía a contar a su madre, sólo lo hacía cuando su enfado había llegado a proporciones desmedidas.

María llamó a la puerta de la habitación y entró sin esperar respuesta. Llevaba una bandeja con la merienda que había preparado a la pequeña. La colocó encima de la cómoda, se sentó junto a ella en la cama y le dijo:

—¿No piensas comer nada?, no te harás mayor.

—No quiero ser mayor, quiero ser siempre niña.

María le pasó el brazo izquierdo por los hombros y estrechó su cuerpo contra ella.

—Sufres demasiado muchachita, no mereces sufrir tanto. Para ser siempre niña debes estar permanentemente feliz y ahora no lo estás.

Lucía miró a la fiel sirvienta y sonrió para demostrarle que se equivocaba, pidiéndole a continuación que le contara un cuento. María tuvo que convencerla de que lo haría más tarde, doña Felisa ya la buscaba para preparar la cena. Salió del cuarto de la niña y cuando cerró la puerta sintió que se le había encogido mucho el corazón.

El día 12 de enero de 1946 quedó grabado a fuego en la vida de los Cifuentes. Lucía no había ido a la escuela. La maestra llevaba tres días enferma y no había sustituto para doña Filo. Se despertó sobre las nueve de la mañana y oyó a su abuela llorar desconsoladamente. Repetía una y otra vez: “¡se ha vuelto loca!, ¡se ha vuelto loca!”. Saltó de la cama y se asomó por la barandilla de la escalera desde el piso alto.

Vio en el recibidor a dos parejas de la guardia civil. Uno de los agentes tomaba notas en un cuaderno. Doña Felisa lloraba sin parar, el abuelo fumaba nervioso y María corría de lado a lado de la casa con las manos sobre el rostro. ¡Celia había desaparecido!

El sargento de la guardia civil intentaba tranquilizarlos.

—Las primeras cuarenta y ocho horas son decisivas —les decía—. Pero tengan en cuenta que no hablamos de una niña, se trata de una mujer de treinta años. Todo apunta a que se ha fugado con algún hombre y puede estar escondida en cualquier agujero —oyó literalmente Lucía.

La señora Cifuentes no dejaba de llorar. Su esposo le pidió calma, recordándole que Celia ya había demostrado años atrás no ser precisamente un angelito. Doña Felisa no quería entender ni de ángeles ni de demonios, sólo sabía que se trataba de su hija, su única hija, y que desconocía si se encontraba bien, si tenía hambre o frío. Lucía corrió hacia el salón del piso alto, donde su madre se sentaba habitualmente a bordar. Cuando abrió la puerta se encontró el suelo tapizado de manteles, juegos de cama, servilletas, pañuelos. Parecía que había vuelto la primavera. Rosas, tulipanes, margaritas y todo tipo de florecillas silvestres aparentaban cobrar vida entre las telas desparramadas por el piso. Lucía sabía que su madre se había ido a América, o así prefirió creerlo, y por eso no sintió pena por su marcha, aceptándolo con resignación. Demasiados sucesos para un pueblo tan pequeño, parecían opinar los vecinos, que llegaron a especular que algún maleficio pesaba sobre la familia del doctor.

El tren iba deteniéndose lentamente y Lucía esperó a que estuviera completamente parado para acercarse y preguntar al maquinista: “¿este tren va a América?”.

El hombre la miró divertido y sólo le dio tiempo a esbozar una sonrisa antes de iniciar de nuevo la marcha.

La niña permaneció en el andén escuchando el traqueteo de los vagones que, uno tras otro, pasaban junto a ella. En ese mismo instante el jefe de estación se acercó a la pequeña y le dijo: “muchacha, tengo una cosa para ti, vino en el otro tren, el de las tres”. Alargó su mano y dejó a la vista un sobre amarillento donde podía leerse “Para Lucía”. La niña quedó paralizada. No sabía qué hacer, si tomar el sobre o salir corriendo. Finalmente, presa de los nervios, hizo ambas cosas, sin tan siquiera dar las gracias al portador de tan inesperado regalo.

Entró en casa como una exhalación y subió directamente a su cuarto. Cerró la puerta y pasó el cerrojo. Le temblaban las manos. Por fin rasgó el sobre y extrajo la carta. La letra era parecida a la de la maestra, también le recordaba la de su abuelo, al que había visto escribir algunas misivas. Leyó despacio, juntando muy bien las letras, una palabra tras otra, muy seguidito, para entender bien la lectura, así lo decía doña Filo.

“Mi querida hija:

Lo primero que te voy a decir es que te quiero mucho. Sé que debo darte explicaciones, pero todavía eres demasiado pequeña para entender ciertas cosas. Algún día lo sabrás todo y también comprenderás por qué tenemos que vivir separados. Ahora sólo te pido que no te preocupes por nada, que seas feliz. Un día, cuando menos te lo esperes, iré a buscarte y entonces estaremos juntos para siempre.

Una última cosa. Es preferible que no cuentes a nadie que has recibido esta carta, ni siquiera a tus abuelos, po-

drían enfadarse. Será nuestro secreto, nuestro gran secreto. Se despide de ti con un fuerte beso, tu padre”.

Cuando Lucía acabó de leer la carta sintió como si le hubieran arrancado una espina del corazón, aunque todavía le quedaban otras. Con el convencimiento de que su padre iría muy pronto a por ella creció y se convirtió en una mujer.

Celia no apareció nunca. A pesar de las investigaciones realizadas por las autoridades no se halló ningún rastro suyo. Una cosa estaba clara, había sido una marcha voluntaria y posiblemente planificada durante largo tiempo. Se llevó consigo algunas pertenencias, una fotografía de Lucía y todo el dinero que doña Felisa guardaba en una pequeña caja de caudales. Las autoridades sospecharon que podía haber salido del país. La Sra. Cifuentes nunca volvió a sonreír y ocupó el lugar de su joven hija junto al amplio ventanal del salón, donde comenzó a bordar una preciosa colcha para la cama de su nieta.

María no se encontraba bien. Llevaba ya varios días con una fuerte tos que ni siquiera los medicamentos que le había mandado don Anselmo conseguían aliviar. En su frágil situación, enferma y preocupada, sentía que tenía una cuenta pendiente. No estaba del todo en paz consigo misma. Hubiera dado su vida por la pequeña Lucía, no quería verla nunca triste, por eso lo hizo, pero ahora no sabía si decírselo. ¿Cómo decirle que la carta que había recibido de su padre cuando era una niña la había escrito ella? ¿Lo entendería o la odiaría para siempre? Entonces le pediría explicaciones. ¿Qué le podía decir? ¿Qué derecho tenía ella a hacer una cosa así? Su intención fue únicamente la de aportarle tranquilidad e ilusión, pero quizás Lucía podría sentirse engañada. Decidió final-

mente no decirle nada. No se encontraba con fuerzas para soportar un reproche de su querida niña.

Pasó el tiempo. Los abuelos, consumidos por los años y los sufrimientos, decidieron abandonar el pueblo que tan amablemente les había acogido y regresar a su Madrid natal, donde terminar el resto de sus días. Propusieron a María que les acompañara pero ésta se negó, no se sentía capaz de adaptarse a la vida de la capital. La criada, algo delicada de salud, se marchó a vivir con una hermana viuda y sus cuatro sobrinos. Y por último Lucía, la pequeña Lucía, ya convertida en una mujer, estableció su hogar en Alicante, donde la llevó el destino y un comerciante de alfombras que había conocido en la Feria de Albacete.

.....

Hoy, casi sesenta años después, Lucia pasea por la vieja estación de Crevillente junto a su nieto y piensa en su vida. Piensa en su padre y en que nunca fue a buscarla. ¿Quién escribió esa carta? ¿Quién era realmente su padre? ¿Tal vez el jefe de estación que se la entregó? ¿El maquinista? ¿Y esa letra? ¡Se parecía tanto a la del abuelo! La sacó del bolsillo y la leyó por enésima vez. ¿Y si su madre no era su madre? Podría ser hija de María, que siempre la trató con enorme cariño y dulzura. Cabían tantas posibilidades que temió volverse loca.

Toda una vida con la sensación de estar en deuda con alguien, de soportar una herida que no cicatrizaba nunca, la sensación de no poder encontrar la paz.

Sin duda le había tocado pagar el tributo de pertenecer a una generación, de haber nacido en una época intolerante y retorcida, marcada por absurdos principios de honor y

dignidad que nada tenían que ver con los sentimientos. Ahora las cosas eran distintas. Las mujeres decidían libre y responsablemente tener hijos, sin importar su estado civil. El nacimiento de un niño, cuando menos, era motivo de felicidad y en cualquier caso jamás constituía una vergüenza. Al mismo tiempo pensó en la cantidad de niños en el mundo que morían de hambre o frío, que eran maltratados, humillados o vendidos y no se creyó con derecho a lamentaciones.

Siguió caminando por el andén, mientras sujetaba al pequeño Luis para que no se aproximara demasiado a la vía. El jefe de estación salió a dar paso al cercanías Alicante-Murcia, que ni siquiera se detuvo. Lucía se sintió niña de nuevo y dio gracias al cielo por haberle concedido el privilegio de vivir. Volvió a pensar en sus abuelos, en su madre, en su padre, en María, en el secreto que todos se habían llevado a la tumba, y sintió pena por ellos, estaba convencida de que nunca habían sido felices.

Tomó al pequeño Luis en brazos y se sentó en el andén. El siguiente tren era el que debían tomar para regresar a casa.

L A CIUDAD DE LOS CÉSARES

M. Ángeles Salas Moneo

Cuando despertó tenía la lengua tan seca como el esparto. Carraspeó unas cuantas veces y sólo la saliva viscosa reblandeció un poco la cavidad bucal. Su cabeza estaba aún hecha un lío. Metió los dedos entre sus ensortijados mechones y zarandeo su cuero cabelludo como si fuera una noria.

Era lunes, veintidós de noviembre, y estaba alojado en un hostel de una de las calles más populosas de Madrid. Abrió la ducha y tan sólo unos hilos de agua caliente cayeron por su espalda. Profirió algún que otro insulto al dueño del lugar y terminó lavándose con agua fría, que esa si caía en su justa medida.

Después de arreglarse, dejó la llave en conserjería y salió dispuesto a comer algo en el bar de al lado. A los pocos minutos comenzó a llover. Era lluvia de esa que incluso se agradece porque salpimenta el ánimo cuando uno está apático. Aunque en poco tiempo se convirtió en una fuerte

tormenta eléctrica, que dejó oír sus atronadores estampidos por toda la ciudad. Cuando amainó un poco, Marcos decidió hacer tiempo hasta las cinco de la tarde, en una cafetería de la misma calle. Allí, sentado al lado de los amplios ventanales, miraba absorto como las gotas de lluvia, cada vez más escasas, explotaban en la acera.

Metió la mano en su chaqueta y de una cartera de cuero bastante gastada, sacó la fotografía de una hermosa niña. La miró con tanto amor que los ojos se le empañaron de añoranza. Era Nerea, su hija, que, con tan sólo seis años, ya llevaba sobre su espalda una pesada carga, que tan solo la inocencia propia de la edad conseguía hacer liviana. Miró el reloj y salió del establecimiento con paso raudo, mientras buscaba el autobús número veinte que recorría el centro de la capital. Volver a Madrid después de tanto tiempo no le estaba resultando nada fácil, pero había quedado con una mujer, una amiga a la que ni siquiera conocía físicamente, pero de la que sabía, además del nombre, que tenía un gran corazón.

Amanda le había ayudado en sus momentos más difíciles, ofreciéndole su desinteresada amistad ya que, por desgracia, comprendía mejor que nadie por todo lo que estaba pasando. Pero siempre había pospuesto toda clase de encuentros con él, aduciendo problemas dónde no los había, por eso Marcos temía que, en el último momento, no se presentara a la cita. Él vivía en Andalucía y ella en Madrid, y aunque su contacto, durante más de un año, se limitó tan solo a través de correos electrónicos, a Marcos ya se le hacía insostenible esa situación, por lo que había forzado el deseado encuentro, que ahora le estaba produciendo cierto nerviosismo. Cuando el autobús llegó a la parada, fue el último en subir, y después de preguntar al conductor sobre la estación más próxima al

Paseo de Recoletos, se sentó atrás, junto a la ventana, dejando volar su pensamiento.

Siempre le había gustado el mar, su color, su olor, ese vaivén suave en los días sin viento. Cuando Marcos nació, su padre estaba faenando en aguas marroquíes en busca de pulpo y calamar. Así que fue su madre la que le habló de su progenitor, bajito y al oído, mientras le amamantaba. Y aquel niño se hizo hombre entre barcos, como antes lo había hecho su padre. Tenía la piel curtida por el sol y con sólo ver el color rosado y lila del atardecer, sabía qué tiempo haría al día siguiente. Apenas había terminado sus estudios elementales, cuando se puso a trabajar como marinero en el puerto. Su sueldo hacía falta en casa, ya que su padre, por desgracia, había fallecido víctima de un ataque cardíaco, bajo la brillante luna del Atlántico.

Una tarde de verano mientras amarraba un barco a la cornamusa, la vio salir de uno de los veleros de bandera inglesa, que habían alquilado un punto de amarre para atracar. Llevaba un vestido blanco que se ajustaba al cuerpo como si fuese su propia piel, y tenía unos ojos tan verdes como la morera. Era exageradamente hermosa. Se llamaba Silvia y trabajaba como azafata en una compañía aérea. Gracias a que estaba pasando unas cortas vacaciones en el barco de sus amigos, Marcos empezó a hablar con ella. Primero del tiempo, luego del trabajo, y más tarde, incluso de los gustos y aficiones que los unían. Cada vez que la veía descender del barco al pantalán para tomarse algo en el chiringuito del muelle, y su trabajo se lo permitía, corría como una liebre en pleno campo para acercarse a ella y respirarla.

Cuando terminó el verano sobraron atraques para alquilar, como mesas vacías en el bar, y los marineros contratados para la época estival fueron despedidos. Sin embargo para Marcos empezaban sus vacaciones, y aunque estaba más alegre que de costumbre, la imagen de aquella hermosa azafata que llegó un día en aquel barco inglés y desapareció de su vida, le había robado el corazón y también el sosiego.

Decidió pasar la primera semana de vacaciones en Italia, concretamente en Roma, y ahora sentado en un sillón del aeropuerto, esperaba subir al avión en cuanto anunciaran por el altavoz su vuelo

—Viajeros con destino a Roma embarquen por la puerta seis— dijo de repente la voz monótona de una mujer. Cuando la aeronave despegó de la pista, cerró los ojos y se santiguó mentalmente. Al poco tiempo se quedó dormido con la cabeza inclinada hacia la ventanilla, y si no llega a ser porque alguien, cuya voz le resultó tremendamente familiar, le ofrecía un refresco, no hubiese sido capaz de darse la vuelta y abrir los ojos, ya que el cansancio de días anteriores le vencía. Pero cuando reconoció a Silvia, con ese uniforme azul y el pelo recogido formando un coqueto moño, sintió cómo el corazón empezó a latir demasiado deprisa.

Ella, que en un principio no le había reconocido, esbozó una gran sonrisa de complicidad cuando comprobó, que aquel muchacho de sonrisa cálida y rizos de color carbón, era Marcos, el marinero. Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Roma Fiumicino, ya habían quedado para cenar esa misma noche en un pequeño restaurante de la ciudad. Al acabar dieron un agradable paseo por la ciudad de los Césares, terminando en la romántica Fontana di Trevi, donde arrojaron, como hacían todos los turistas, un par de monedas

al estanque. El deseo firme de volver en un futuro próximo, se impregnó en aquellas dos piezas de metal.

Como eran jóvenes y la noche, además, lucía cuajada de luceros, decidieron disfrutarla al máximo. Silvia, sabedora del interés que despertaba en él, no se lo pensó dos veces y le invitó a tomar la última copa en su hotel, presintiendo que harían el amor hasta altas horas de la madrugada, como así fue.

Nunca había sentido aquella veneración en los dedos de un hombre, ni jamás nadie acarició su piel con tanta pleitesía, mientras alimentaban su boca con interminables besos. Y cuando Marcos la penetró, se estremeció tanto, que cientos de diminutos nervios se abrieron, como flor ante la abeja, y como en una danza marcada por el ritmo frenético de la pasión, Silvia movió su pelvis con tanta intensidad, que se llenó al momento de ardientes sentimientos. Al otro día, y aunque sus labios estaban doloridos de tanto besar, volvieron a anclarse en el deseo de sus genitales.

A partir de ese encuentro fueron tierra y arado, cielo y estrella, árbol y pájaro..., por lo que decidieron compartir su amor yéndose a vivir juntos. Marcos se trasladó hasta Madrid y encontró al poco tiempo trabajo como guardia jurado en una empresa. Ella, siguió paseándose por el firmamento.

Fue un año intenso y maravilloso que culminó con el embarazo de Silvia, razón por la que ambos decidieron casarse. Los nueve meses que precedieron al parto no fueron fáciles para Marcos, que veía como se iban produciendo alteraciones en el carácter de Silvia que le preocupaban. Tenía cambios repentinos de humor y de ansiedad, problemas para dormir y deseos de comer en todo momento, por la que había engordado mucho más de lo normal. El médico le aconse-

jó que tuviera paciencia con ella, que todo apuntaba a una pequeña depresión, motivada por los cambios hormonales de su embarazo, pero que luego, al nacer la criatura, todo desaparecería. No ocurrió así, por desgracia, sino que fue en aumento a pesar de que la pequeña Nerea ya había nacido. Cuando Marcos le comentaba la necesidad de ir al psiquiatra, Silvia reía a carcajadas, argumentando que ella no necesitaba consejos, sino tranquilidad.

El caso es que aquella mujer de porcelana y ojos de morera, dejó de preocuparse de su aspecto y de lo que aún era peor, del cuidado de su bebé. Hasta tal extremo llegó la situación, que Marcos tuvo que contratar a una persona de servicio para que estuviera en casa mientras él trabajaba. E incluso, a veces viéndola tan alterada, llegó a temer que en sus encuentros íntimos, ella le arrebatara también el alma, creándole una sumisión mayor de la que ya tenía, y que, posiblemente, le haría perderse a su lado en el laberinto de su tortuosa y castigada personalidad. Era tal la intensidad que ponía Silvia en cada acto físico, que parecía querer devorarlo con sus abrazos, ahogarlo con sus besos, penetrarle sus miedos con sus miradas, y todo eso...le asustaba.

Pese a que él la mimaba como el primer día, aunque hubiera engordado veinte kilos, y procuraba que nunca se enojase debido a sus cambiantes estados de ánimo, Silvia llegó a convertirse en una persona tremendamente celosa, que ante cualquier situación montaba en cólera, poniendo de manifiesto su cada vez más desarrollada paranoia.

Marcos estaba cansado de tener que defenderse de situaciones que sólo ocurrían en la cabeza de su mujer, y de oír, casi a diario, los insultos y amenazas que le profería. Comportamiento que ya estaban interfiriendo en la corta vida de

Nerea, que se despertaba muchas noches llorando, al escucharles gritar. Por eso también tomó la determinación de dormir separados y le dio un ultimátum, o cambiaba de actitud o pediría la separación, reclamando, claro está, la custodia de su hija.

Aquella noche, después de que hicieran el amor como dos estrellas errantes perdidas en el crepúsculo, y Silvia le jurase que cambiaría de forma de ser, Marcos durmió profundamente al abrigo de la esperanza. Mientras que ella, por el contrario, en cuanto notó el pesado sueño de su marido, fue hasta la cocina, abrió un armario, y saco de él una botella de gasolina, con la que roció lentamente la colcha bajo la que dormitaba su cuerpo. Luego, cuando fue a encender un trapo con el mechero y lanzárselo como un suspiro, Marcos, repentinamente, se despertó, dándose cuenta de inmediato de las intenciones de Silvia, con la que forcejeó para evitar que maniobrase el encendedor. Con tan mala fortuna que su mujer le propinó un tremendo golpe en la cabeza., que le hizo caer de bruces en la cama. Momento que, ella, aprovechó para prender la colcha. Marcos, aturdido por el golpe, sintió como el fuego iba a devorarlo y se tiró de la cama perdiendo el conocimiento al instante. Silvia entonces, cogió el extintor que tenía preparado y apagó el incendio. No quería matarlo, tan solo que supiera lo que podría llegar a ser capaz de hacerle si la traicionaba.

Nerea desde el umbral de la puerta, y muda por el espanto, había contemplado la dantesca escena, por lo que tuvo que ser ingresada en el hospital a causa de un fuerte shock. Mientras que su padre quedaba internado en la unidad de quemados, con un pronóstico poco tranquilizador. La po-

licía detuvo a Silvia que no opuso resistencia, y además dio muestras de una sorprendente tranquilidad.

Amanda, la mujer con la que se iba a encontrar en Madrid, había sido, sin duda, una de las razones fundamentales para que Marcos volviese a creer en el ser humano. Se descubrieron hacía algún tiempo en el foro de un periódico, de tirada nacional, que acababa de sacar una edición digitalizada por internet. Alguien preguntaba si las heridas del alma, alguna vez desaparecían de la memoria, y él, sin saber muy bien por qué, se atrevió a contestarle. A partir de esa respuesta siguieron muchas más preguntas para ser argumentadas, hasta que su amistad salió de los límites del foro y se hizo personal, llegando a mantener correspondencia todas las semanas. Pero nunca en todo ese tiempo se intercambiaron ninguna fotografía.

Ella sabía de su vida porque él se la contó. También estaba al tanto de sus operaciones, de su declarada invalidez, del traslado que hizo con su hija hacia tierras andaluzas después del terrible suceso, y de las horribles pesadillas que le acompañaban como un espantoso recuerdo.

Marcos, por su parte, también intentó ayudar a una Amanda triste y vapuleada por su destino. Donde el fuego y las altas temperaturas habían trastocado su vida, como hicieron con la de él. Aunque en su caso no hubo ninguna mano intencionada, sino la mala fortuna de que su padre fuese churrero de profesión, y ella le acompañase a todas las ferias ambulantes de la comarca. Una tarde, a punto de oscurecer, y cuando el aceite de las freidoras estaba en plena ebullición, un coche se empotró contra su pequeña caravana, vertiéndole la grasa hirviendo por todo su cuerpo. Nadie pudo evitar que

el viento del crepúsculo, se llevase entre sus dedos el olor de su carne quemada. De esta manera la lumbré de su juventud quedó apagada con media cara deformada, y unas cicatrices marcadas hasta en el alma.

Por eso cuando los dos supieron, después de algún tiempo, sus secretos y los compartieron, se sintieron más fuertes y seguros. Y se amaron en silencio, con deseo, y en la lejanía. Así era más fácil no llegar a sentir en el otro, el frío temblor de la repulsión en sus dedos. Pero desde que Marcos le propusiera el encuentro, Amanda estaba alterada, y el desasosiego que sentía le impedía conciliar el sueño. Tenía miedo de perder al único hombre que le había hecho sentirse mujer, aunque fuese en la distancia. Miró el reloj, faltaba media hora para su cita. Se acercó al espejo, se pasó el brillo por los labios, y después de echarse un perfume que olía a madreselva salió en busca de su destino.

Como queriendo ocultarlos de sus vergüenzas, la lluvia volvió a asomar su cara por entre las nubes, mandando suspiros grises para su encuentro. El café donde habían quedado no estaba lejos. «El Retablo de los dioses» era un sitio tranquilo, con música ambiental y camareras vestidas con uniforme negro y cofia blanca. Olía a siglo diecinueve. Marcos se sentó, después de dejar su mojado abrigo, colgado del perchero. Miró el reloj de pared y notó que le temblaba el cuerpo, y esta vez no era tan sólo por el frío. Se quitó las gafas y pasó la mano por el único ojo que tenía vida, luego se tocó el nudo de la corbata y extendió con los dedos su poblada barba, queriendo ocultar todas sus cicatrices. Carraspeó un par de veces, y de repente la vio..., sí, tenía que ser ella, lo intuía, seguro que aquella mujer era Amanda. Seguro.

Ella miró a su alrededor con timidez, como buscando

a alguien. Frágil como una pluma y con el pelo de color bronce, dejó el paraguas dentro del paraguero, y acompañada por un camarero tomó asiento en la mesa del rincón. Allí se quitó la gabardina, y sacando un pequeño espejo se miró. <<Sí, era ella>>, pensó Marcos con el pulso acelerado. Así que, sin dudarlo, se levantó de su asiento, y acercándose por detrás, con sigilo, le tocó el hombro llamándola por su nombre. Ella se volvió, lo miró, y al hacerlo, un puente tejido de estrellas unió para siempre sus corazones. Se contemplaron despacio, con rubor, con miedo al desencanto. Pronunciaron tímidas frases, rieron nerviosos..., y al final se fundieron en un largo y cálido abrazo.

Hablaron mucho y de tantas cosas que, cuando salieron de allí, ya eran cómplices del mismo destino. Y al rodear por los hombros a Amanda, la mujer que le había sacado de su destierro, Marcos sintió que era inmensamente feliz.

Tembloroso como si fuera la primera vez que estaba con una mujer, le apartó un mechón con el que cubría una deformidad en la frente, que besó con los labios entreabiertos, sintiendo como ella se estremecía. Cruzaron la avenida tan cerca el uno del otro, que cuando llegaron a casa de Amanda, se abrazaron con tanto amor, que ya sin ningún rubor, desnudaron su cuerpo, sus mentes y sus corazones, lamiéndose hasta el último recodo. Cuando el gallo cantó, se volvieron a amar acariciándose con dedos de aceite.

Amanda se sentía por vez primera, en muchos años, hermosa ante los ojos de un hombre, y había experimentado la pasión tatuada en los labios de Marcos, que sin asco, acariciaba las cicatrices de su cuerpo como si fueran de seda. Además, aquella misma noche, había decidido que se iría a vivir a

Andalucía, con él y con la pequeña Nerea, a la que daría todo su cariño. Cuando el amanecer golpeó en silencio las cortinas de la habitación, Amanda se levantó de la cama, y después de que el agua y el jabón deslizaran hacia el desagüe de la ducha los últimos vestigios de excitación, se arregló y salió de casa, no sin antes haberle besado con la mirada. Aún le dolía la piel de tanto amarse...

Miró el cielo azul de esa preciosa y fría mañana de domingo, y mientras caminaba en dirección a la panadería, para comprar un bizcocho de manzana con el que desayunarían. Respiró hondo, y dio gracias al cielo por sentirse tan dichosa. Ya no le importaban las cicatrices, ni las lágrimas vertidas por su pasado, porque tenía ante sí un futuro prometededor y una nueva familia.

Levantó la vista para contemplar su edificio, y en ese momento le vio asomado a la terraza. La estaba buscando con la mirada. Amanda movió su mano todo lo que pudo, y cuando sus dorsos se encontraron en el aire, como dos gaviotas en la lejanía, agitaron sus alas llenas de amor, escribiendo con tinta transparente, un ¡no tardes! y un ¡te quiero!.

Cuando el semáforo se puso en verde, Amanda, con paso seguro, empezó a cruzar la calle, mientras pensaba en aquellos maravillosos abrazos. Al mismo tiempo, alguien que no imaginaba lo mismo que ella, y que estaba al acecho, como los depredadores, sembró a propósito la tragedia, al empotrar su automóvil contra el cuerpo de la infortunada, tiñéndolo para siempre de color escarlata.

Unas carcajadas salieron del interior del coche asesino, las de una mujer que se daba a la fuga. Era Silvia, la ex mujer de Marcos, una paciente curada según los médicos

que le dieron el alta; pero que por esos celos enfermizos que sentía, hasta en las mismas entrañas, había carbonizado la esperanza de un hombre que había encontrado en Amanda toda su dicha.

A lo lejos se oyó el grito de Marcos que desgarró la atmósfera con su pena.

WHATEVER WILL BE, WILL BE

Eva M. Vázquez Mora

*F*eia un dia esplèndid, un d'aquells dies en els quals els rajos de sol s'esmunyeixen entre els llistons de la persiana i inunden tota l'habitació d'una llum acollidora que transmet sensacions d'alegria, de benestar i un desig irrefrenable d'eixir al carrer.

Vaig decidir apagar l'ordinador i anar a fer un tomb. Em faria bé. Des d'ahir a la vesprada que no havia afegit res de bo a la meua novel·la. Havia començat el mateix full un munt de vegades i sempre havia acabat estripat al fons de la paperera. Necessitava respirar una mica d'aire fresc, fer una passejada o tal vegada escriure un poc a l'estil dels escriptors de principis del segle XX, és a dir, res d'ordinador, a mà.

Agafí la llibreta de tapes blaves que tenia reservada per aquest tipus d'avinenteses i vaig eixir al carrer a la recerca d'una onada d'inspiració o senzillament d'uns moments de relaxació, asseguda prenent un tallat en una d'aqueixes

noves cafeteries concebudes des d'una perspectiva molt més femenina i que deixen de banda els antics bars d'ambient angoixant en els quals només entrar reps un baf de fum i suor que et deixa palplantada i elimina qualsevol intenció de gaudiment.

La vesprada era tan càlida que invitava a seure a l'aire lliure, per tant, vaig escollir una de les taules que donaven al parc. El cambrer, encara que no hi havia massa gent al local, trigà un poc a aparèixer. Estava xarrant efusivament amb una xica de cabells rossos i somriure plàcid.

Mentre esperava el meu tallat, no poguí deixar de cosat el meu ofici d'escriptora i sense pensar-hi estava observant i analitzant les persones del meu voltant. Aquest era un defecte o una virtut que des de ben xicoteta havia tingut, sempre estava imaginant històries. Els meus ulls s'aturaven davant qualsevol succés quotidià i viatjaven cap a móns inesperats. Senzillament una dona amb una bossa de la compra podia ser la font de tota una història de conspiracions i crims.

Aquesta vegada el meu esguard es va posar sobre una parella de xiquets d'uns cinc o sis anys asseguts en un banc del parc. Era notori i gratificant observar que no estaven custodiats per les seues mares, sinó pels pares que des del banc del costat els deixaven fer i de tant en tant els feien una ullada. Parlarien ells també d'aquells detalls ínfims que fan del teu fill un ésser tan especial per tu?

Els nens llepaven amb fruïció un gelat que els empenava no sols la boca, sinó també les mànigues, les galtes i fins i tot formava bassals menuts damunt dels seus pantalons. La nena se'l menjava de xocolata i amb el seu gest indicava que era el millor gelat del món. Ell, tanmateix, no n'estava tan convençut, el tenia de maduixa i estava bo, però el de Maria semblava molt millor.

De sobte, es miraren, intercanviaren el gelat i començaren a riure. El parc s'ompli de felicitat contagiosa. Els agradava estar junts. A Maria no li importava que el seu millor amic fóra un xic ni que li agradaren els cotxes o jugar a la pilota. De fet, a ella també li agradava jugar amb diferents tipus de vehicles o llançar la pilota encara que d'una altra manera a la de Jordi. Ell, gràcies a la seua amiga, havia après altres jocs on es requeria més imaginació que força. Sabia que Maria s'enutjava si l'espentava com feia amb l'Enric o altres companys de l'escola; no obstant això, de vegades, se li oblidava, perquè per a ell, ella era una més de la colla, fins i tot, era la més llesta. Sempre entenia el que deia la mestra i feia les fitxes d'allò més bé. Sort que estava ella al seu costat a la classe per donar-li un cop de mà quan li feia falta.

Després vindria l'institut i cadascun d'ells destacaria en assignatures diferents i continuarien donant-se suport, perquè la seua amistat seria ferma, una d'aquelles que vénen de la infantesa i no es perden mai, malgrat els comentaris, les males intencions o els rols socials. Tindrien altres amics i amigues; però, de tant en tant, encara s'asseurien una estona en aquell banquet del parc allunyats dels altres per contar-se com anaven les coses. Maria estaria enamoriscada del brètol atrotinat de la seua classe que duia totes les xiques de cap i Jordi, encara despistat en les coses de l'estimar, sentiria una coentor a dintre en sentir-la parlar d'aquell descarat que només feia que fatxendejar davant del sexe femení.

Més endavant vindria la universitat i es distanciarien una mica, perquè farien carreres diferents. Maria voldria ser metgessa i ell estudiar idiomes. Encara així, una vesprada lluminosa com aquesta, cansats d'estudiar eixirien a donar un volta i es trobarien de nou al parc com duts per un destí

impossible d'aturar que pretén que la seua vida gire al voltant d'aquell banquet que els va unir un dia per a compartir un gelat. Aleshores Maria es queixaria del sexe oposat que sempre fuig davant de les xiques llestes. Jordi, amb sentiments contradictoris, però amb el cap més aclarit, li contestaria que ell no s'espantava fàcilment i que de fet li agradaven les xiques intel·ligents i si ho eren més que ell, millor. Maria se'l miraria, de sobte, d'una altra manera.

A partir d'aquella vesprada, com si hagueren arribat a un acord tàcit, farien tots dos un descans a la mateixa hora, passejarien pel mateix lloc i asseurien al mateix banquet durant una bona estona, la millor de tot el dia. Maria començaria a posar-se neguitosa esperant aqueix moment del dia i Jordi començaria a mirar-li els llavis mentre parlaven fins que un dia irremeiablement es fondrien en un bes carregat d'estimar i comprensió. L'amistat donaria un pas cap endavant, un nou camí molt més difícil s'obriria davant d'ells: la relació de parella.

Tal vegada, el seu estimar seria prou fort per suportar tots els entrebancs als quals hauria de plantar cara, tal vegada serien capaços de donar-se tot el suport necessari per acceptar-se, per comprendre's, per enriquir-se i ajudar-se. Maria arribaria a ésser una pediatra amb una certa reputació i Jordi seria feliç ensenyant als més menuts anglés a l'escola i estant al seu costat. No li importaria ser conegut com l'home de la pediatra.

Passarien els anys i ells també portarien la seua filla a aquell parc perquè jugara amb els seus nous amics. Fins i tot, li comprarien un gelat de xocolata com aquells que li agradaven a sa mare.

El cambrer gargamellejà fort i em va fer tornar a la realitat de la cafeteria. “Ací té el seu tallat.” Em limití a donar-li les gràcies. Impossible explicar-li que haguera estat millor que trigara un poc més, perquè havia interromput una història fantàstica. Si li ho hagués dit, m’hauria mirat sorprès i li haguera dit a la xica de cabells rossos que estava anada. S’hagueren passat una bona estona mirant-me de reüll i mor-molant comentaris que millor no sentir.

Em posí el sucre dintre del got i mentre el remenava vaig mirar cap al parc altra vegada; però no vaig veure la Maria, ni el Jordi, ni els seus pares. Havien desaparegut com si mai hagueren estat al meu davant. En el banquet tan sols hi havia un mica de gelat de xocolata amb taques de maduixa que va fer que un somriure es dibuixara als meus llavis.

